

**Guiones para estudiantes
Wesley**

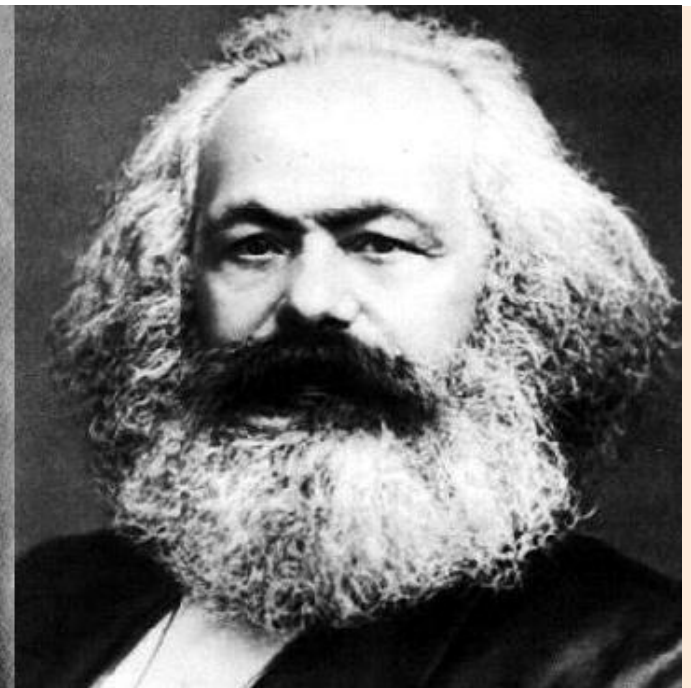
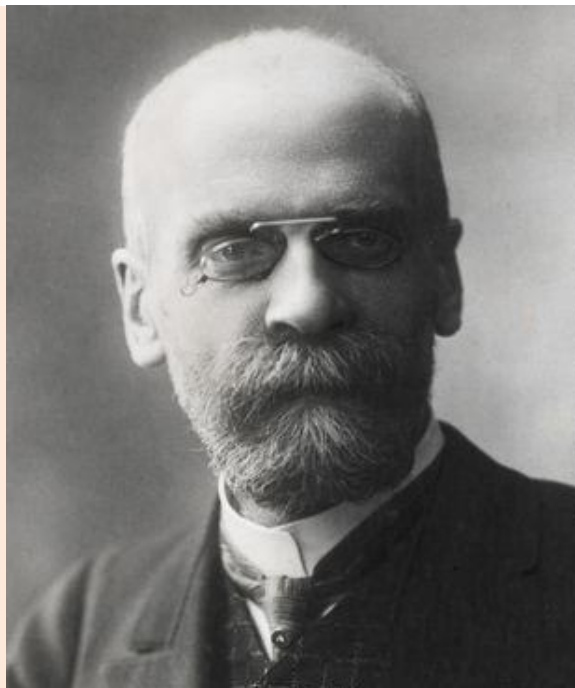
**INTRODUCCIÓN A LA
SOCIOLOGÍA**

Clase 1

sociología



psicología social
capitalismo
weber
universidad
dependencia
altruismo
marx
periferia
división social del trabajo
hábitus
curriculum
estructura social
aprendizaje
burguesía
proletariado
interacción
institución
modernidad
realidad
significados
propiedad de los medios de producción
campo
tecnología
espacio social
alumnos
clases sociales
padres
pequeños grupos
reciprocidad
relaciones sociales
sistema educativo
reciprocidad
educación
familias
enseñanza
ilustración
ser social
construcción
acción social
durkheim
solidaridad
construcción social
tipificación
clásicos
escuela
maestros
proceso
vida cotidiana
social
contenidos



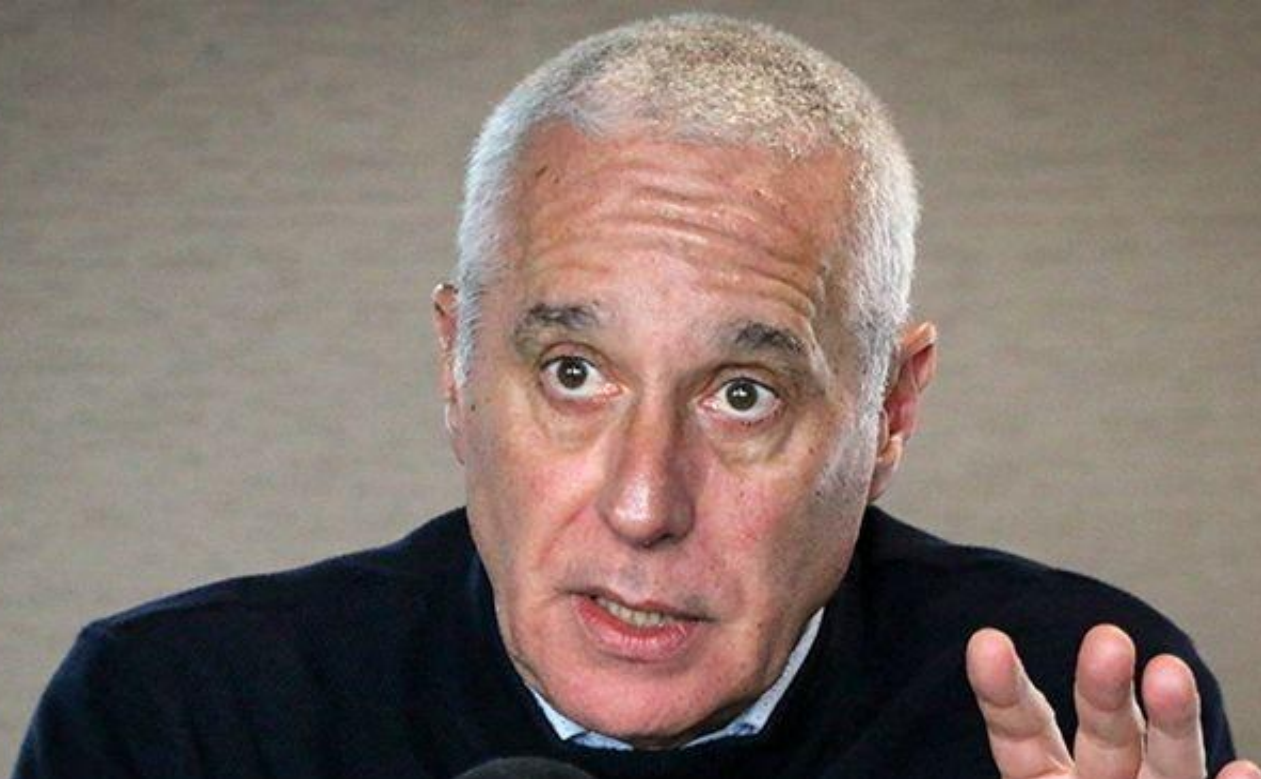
INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA

OBJETIVO DE LA SOCIOLOGÍA

La sociología no pretende transformar la sociedad sino sólo hacerla comprensible. En esto se diferencia de tantas ideologías y también, por supuesto, del cristianismo que busca poner al hombre en paz con Dios. El sociólogo debe despojarse, por tanto, de todo juicio previo y ponerse en el lugar de los demás o en el interior de determinadas circunstancias sociales. Quien no actúa así, no puede pretender que sus estudios y deducciones, sean verdaderamente sociológicos. Si la existencia del individuo es el reflejo de las múltiples experiencias vividas en sociedad, entonces la sociología se ocupa de estudiar al ser humano en tanto que éste se asocia, se une a otros, y crea así, instituciones sociales.

Textos tomados del libro: Sociología una desmitificación del Dr. Antonio Cruz.

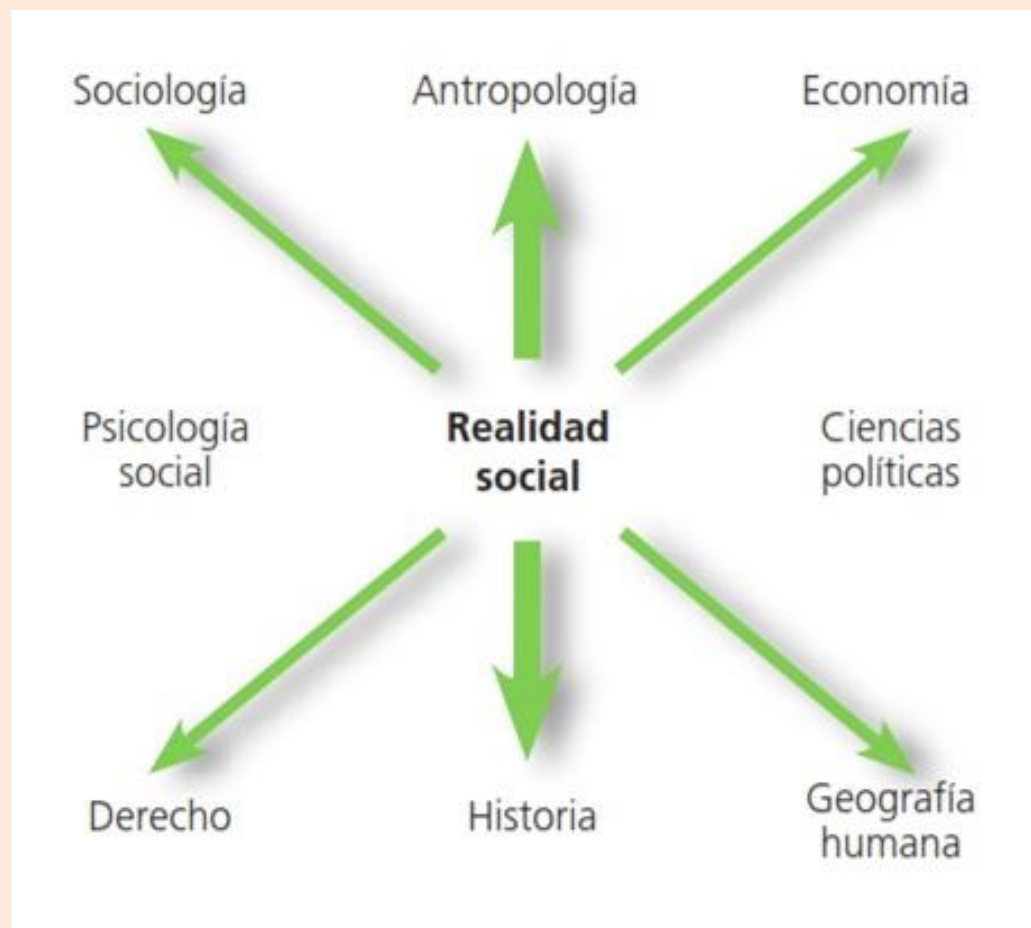
SOCIOLOGÍA



Sin embargo, el estudioso de la realidad social no puede ser tampoco un mero espectador que observe desde la distancia sin implicarse en dicho estudio. Su actitud debe ser doble: preguntar a la sociedad y dejarse preguntar por ella. De manera que el trabajo del sociólogo tiene como objetivo, descubrir todo el conjunto de relaciones que se dan en el seno de la sociedad. Su labor es interesarse por los problemas individuales y colectivos para descubrir las grandes tendencias estructurales que hay en ellos y poder así informar a la opinión pública. Por tanto, las relaciones sociales pueden definirse como el conjunto de materias que tiene por objeto el estudio de los fenómenos sociales desde una perspectiva puramente científica.

Entran dentro de esta definición las siguientes disciplinas: economía, demografía, lingüística, ciencias políticas, antro- social y cultural, psicología social, historia y sociología. Todas estudian al ser humano como ser social pero sólo la última, la sociología se pregunta por el motivo mediante el cual los seres humanos se mantienen unidos a pesar de que sus relaciones sean, a veces, conflictivas.

Los estudios sociales pretenden descubrir los mecanismos mediante cuales las personas dan sentido a sus experiencias sociales y a su capacidad para vivir de forma organizada en sociedad.



DEFINICION Y REGLAS DEL METODO SOCIOLOGICO



MÉTODOS DE LA SOCIOLOGÍA

El método de una ciencia es el camino que debe recorrer la mente humana para conseguir un objetivo. Este camino procura apartarse siempre de la arbitrariedad o la casualidad para adentrarse en el orden, la planificación y la sistematización. En sociología existen básicamente tres tipos de métodos: el empírico analítico, el hermenéutico y los crítico-nacionales. Los primeros se subdividen a su vez en dos tipos: los métodos cuantitativos y los cualitativos.

a) Métodos empírico analíticos



a. 1) Cuantitativos

Estos métodos siguen el camino propio de las ciencias de la naturaleza. Es decir, intentan explicar un determinado fenómeno a partir del conocimiento de las causas que lo producen y después generalizan el resultado. Se basan en la observación del objeto a estudiar (individuos, grupos, instituciones o toda la sociedad) y en el empleo de las matemáticas. Los métodos cuantitativos de observación directa más importantes son las encuestas, el muestreo y la estadística. En las encuestas se recoge información por medio de preguntas pensadas con un fin determinado. En las muestras o muestreos se selecciona un porcentaje de individuos dentro de una población más amplia y se les pasa una encuesta cuyos resultados se generalizarán a toda la población. Las estadísticas permiten organizar los datos recogidos para analizarlos y obtener las características de la población estudiada.



Recolección de datos

Al investigar la recolección de datos es fundamental



Los medios se refieren al conjunto de elementos que permiten percibir datos del hecho o fenómeno estudiado.

Los instrumentos son los objetos que sirven de apoyo a los medios de recolección de datos.

Principales técnicas de recolección de datos



- Consiste en aptar de la manera objetiva, lo que ocurre en el mundo real
- Puede ser: participante o no participante

Observación

Encuesta

- Permite obtener datos por medio de un cuestionario previamente diseñado



- Consiste en formular preguntas a los integrantes de la muestra para obtener de información específica

Entrevista



A pesar de que todos estos métodos suelen considerarse muy precisos es conveniente reconocer que el grado máximo de precisión o de predicción no se ha conseguido. Hay que tener en cuenta que la conducta de los individuos es libre y que las intenciones o los valores de las personas no se pueden cuantificar. De ahí la necesidad de complementar tales métodos con los cualitativos.

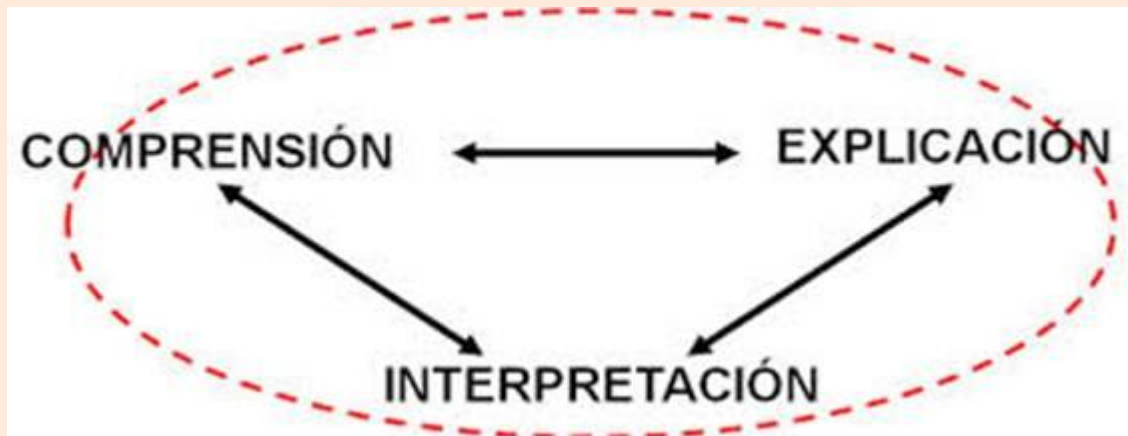
a. 2) Cualitativos

Son métodos empírico analíticos que se utilizan sólo para el estudio de casos concretos y no pretenden la generalización. **Se trata de las entrevistas que consisten en una conversación entre dos personas cuyo fin es obtener información por medio de preguntas que pueden ser abiertas o cerradas;** y las historias de vida que son también entrevistas pero no suelen estar dirigidas por el entrevistador, sino que se deja toda la iniciativa a la persona entrevistada para que sea ella quien explique las experiencias que ha tenido a lo largo de su vida.

b) Método hermenéutico

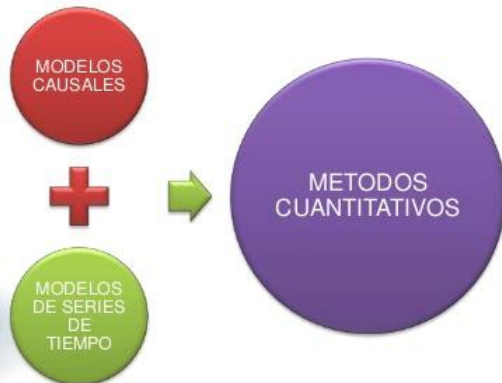
La hermenéutica es el arte de interpretar textos o documentos. El primero en utilizar el método hermenéutico durante el siglo XIX fue Schleiermacher y lo hizo para interpretar el mensaje de la Biblia o el sentido que tenía los textos sagrados. Después se aplicó también a la interpretación de textos jurídicos, filosóficos, literarios y científicos. Para poder emplear correctamente este método es imprescindible conocer bien el contexto en el que los textos fueron escritos, así como los problemas que éstos pretendían resolver. La aplicación del método hermenéutico a la sociología pretende, por tanto, comprender el sentido de las acciones humanas, para lo cual es necesario situarse dentro de los hechos en vez de observarlos desde afuera. Los partidarios de este método creían que toda realidad humana e histórica sólo podía ser correctamente interpretada si se asumía que la conciencia del investigador estaba condicionada por su propia época, su lenguaje o su cosmovisión y que era necesario aclarar previamente todos estos prejuicios para comprender la realidad. Los sociólogos que emplearon la hermenéutica pensaban que gracias a ella podían comprender una obra mejor que su propio autor y una época histórica mejor que los que vivieron en ella.

Método hermenéutico



METODOS CUANTITATIVOS

Se le llama método cuantitativo o investigación cuantitativa a la que se vale de los números para examinar datos o información.



Método cualitativo

c) Métodos crítico racionales

Fue la Escuela de Frankfurt, constituida por sociólogos como Horkheimer, Adorno, Marcuse y Habermas, la que desarrollaron estos métodos conocidos también como teoría crítica. Tales autores pensaban que los métodos anteriores no eran suficientes para el análisis de los fenómenos sociales y que, lo que había que hacer era criticar tales fenómenos para lograr que la sociedad se volviera más libre, racional, justa y humana. Los partidarios de la teoría crítica deseaban lograr que el progreso técnico y científico alcanzado por el hombre sirviera para liberar a los individuos, en vez de caer en los mismos errores del pasado. Como escribió Adorno: “que Auschwitz no se repita nunca más”. La misión principal de las ciencias sociales sería, por tanto, transformar la realidad social y liberarla de la dominación que padece.

FASES DEL PROCESO DE INVESTIGACION

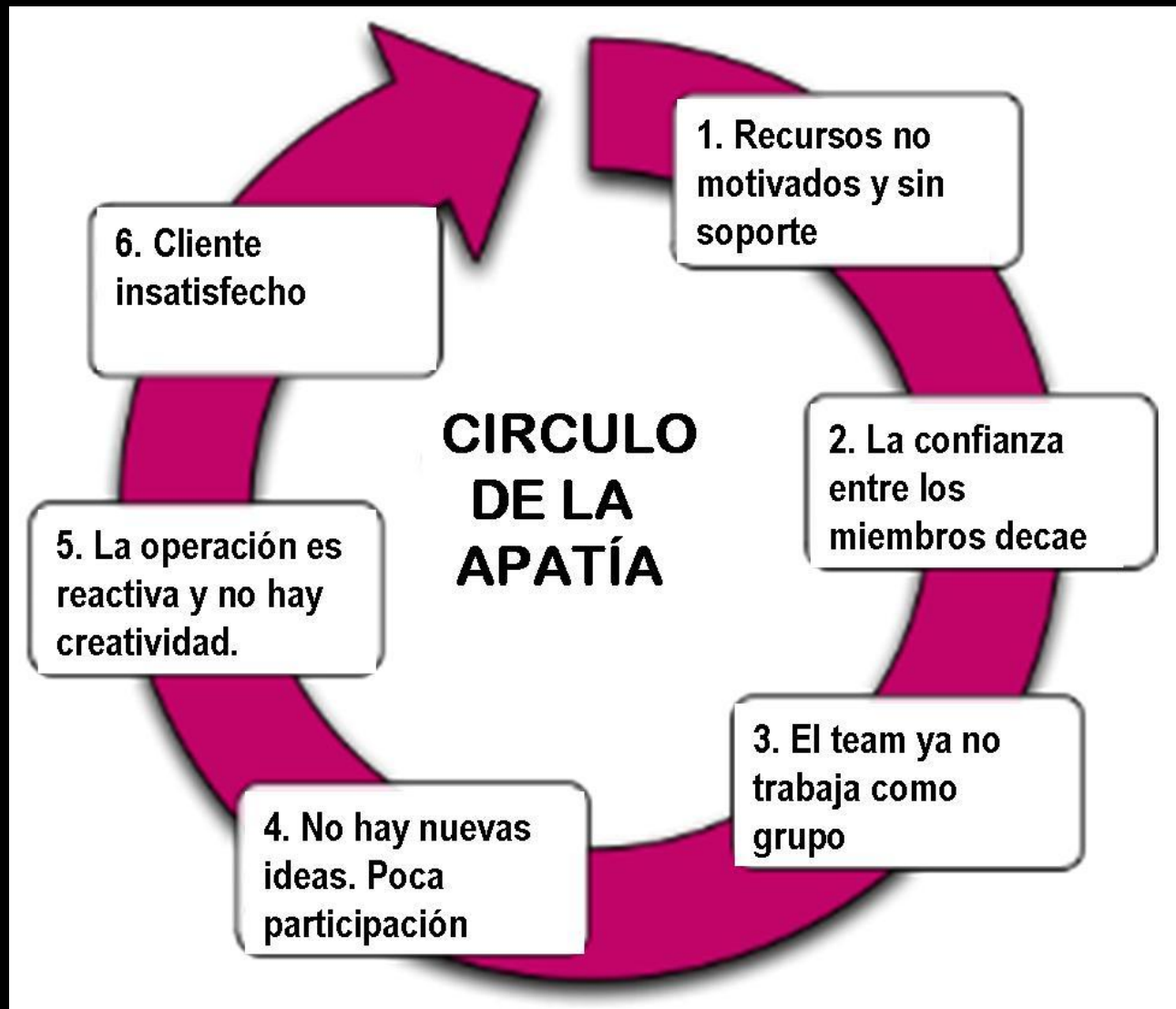


ORIGEN DE LA SOCIOLOGÍA.

La sociología nació, según se ha mencionado, con la finalidad primordial de sustituir a la religión en la época moderna. Pero ¿por qué este deseo de acabar con las instituciones religiosas? La raíz del problema fue a deformación del mensaje bíblico a que habían llegado las iglesias cristianas del momento. Lo que predicaba el clero no era el Evangelio revolucionario de Jesucristo, capaz de cambiar a las personas, sino todo lo contrario, el mantenimiento del orden social existente. La teología de la resignación que justificaba las estructuras sociales de los regímenes absolutistas y fomentaba la **apatía social en el pueblo**.



apatía social en el pueblo



Esta fue una de las causas del oscurantismo de la época, contra el que se rebelaron los filósofos de la Ilustración, desde finales del siglo xvii. Pensadores franceses, ingleses y alemanes, se opusieron al viejo orden social y religioso. La nueva ciencia que defendían se veía como la salvadora del ser humano. Se creía que el poder absoluto de la razón rescataría a la humanidad de la superstición religiosa y de las injusticias sociales que ésta había producido. En tan especial caldo de cultivo fue donde germinó, a principios del siglo xix, la primitiva sociología.



REFORMA PROTESTANTE

No obstante, a ello contribuyeron también los planteamientos teológicos de la Reforma protestante. Si en el viejo orden medieval católico se creía que el ser humano había sido creado por Dios para obedecerle y que la voluntad de la divinidad se transmitía sólo por medio de interlocutores humanos pertenecientes al clero religioso a los que no se podía discutir, como eran papas, obispos y sacerdotes, ahora los reformadores afirmarían que cada creyente es un sacerdote y que todos los hombres son iguales delante de Dios. Esto promovía una mayor igualdad social y daba pie al desarrollo de la idea del género humano como unidad fundamental, a pesar de las diferencias culturales, lingüísticas o raciales. Pero, con el fin de que tal unidad llegara a ser una realidad, había que dar un paso más. Era menester superar el retraso de los pueblos y lograr un progreso solidario. El ideal del progreso llegó a transformarse así, poco a poco, en la nueva religión del hombre secularizado.

El peligro de las ideas humanas que progresivamente adquieren formas religiosas es que tarde o temprano acaban por volverse contra el propio hombre. Ciertos filósofos, como Voltaire, vieron en las enseñanzas de Jesús la causa original de las injusticias sociales cometidas por las clases gobernantes. Confundiendo el mensaje de Cristo con el evidente comportamiento corrupto de la Iglesia del momento, los enciclopedistas franceses acusaron a Jesucristo de ser el principal enemigo de la tolerancia religiosa, que habría roto la creación artística y la felicidad inicial propuesta por los pensadores del mundo antiguo.

El cristianismo fue entendido como promotor de barbaries, torturas inquisitoriales, guerras de religión, cruzadas y bandolerismos de todo tipo. Por tanto, la solución consistía en terminar con todo eso. Aplastar a las clases sociales dominantes porque, al sustentar tales creencias religiosas, se habían hecho enemigas del progreso general de toda la sociedad. Había que terminar con la injusticia, el engaño, el derecho a la propiedad privada, el derecho divino de los reyes, los privilegios de la Iglesia y de las familias poderosas.

Mediante tales ideas el escenario para la Revolución francesa estuvo ya preparado.

El nacimiento de la sociología se produjo, por tanto, en medio de un ambiente de sublevación. Revolución en el mundo de las ideas y revolución también en el mundo laboral. La trayectoria iniciada por la Ilustración culminó en el siglo xix con la idea de progreso. Los sociólogos se convirtieron en los sacerdotes de este progreso, una creencia secularizada que venía a sustituir según se decía la fe en la salvación cristiana. Mientras tanto, la revolución del trabajo transformó las fábricas en el nuevo hogar de los obreros y generó toda una serie de problemas sociales que fueron estudiados minuciosamente por los principales padres de la sociología: Marx, Durkheim y Weber.

El catedrático español, Juan González-Anleo, se refiere al carácter religioso de esta primitiva sociología en los siguientes términos: "La nueva religión aspiraba a convertirse en un cristianismo sin religión y sin Dios, es decir, en una religión o forma religiosa triplemente secularizada: laicizada, pues ha suprimido todo vestigio del sacerdocio y de ingredientes eclesiales; temporalizada, pues se ha desembarazado de los más allá de extra mundanos; y milenarizada, ya que propone a una "nueva" humanidad. La peligrosa misión de arreglarse por sí misma para vivir por su cuenta en una gran fiesta planetaria en la que el mundo milagrosamente reconstruido por la nueva élite sacerdotal de los sabios y de los señores del saber sociológico será el único templo, y el hombre planetario el supremo oficiante" (González-Anleo, 1994: 48).

El francés Claude-Henri, conde de Saint-Simon (1760-1825), fue quien inspiró en Comte esta especie de “sociocracia” que mezclaría la ciencia, la filosofía y la fe para desembocar pronto en una auténtica “sociolatría”. Una religión sociológica sin futuro ni fundamento. No obstante, Comte creía que la sociología contribuiría indudablemente al bienestar de la humanidad porque permitiría predecir y mejorar el comportamiento del ser humano. Hacia el final de sus días se dedicó incluso a elaborar estrategias para arreglar la sociedad francesa. Hoy, sin embargo, la sociología ha cambiado mucho. Ya no se dedica a responder las preguntas existenciales.

No aspira como se verá. a ser sustituta de la fe o de la religión. Aunque esto no significa que algunos sociólogos contemporáneos no continúen todavía manteniendo los mismos mitos y prejuicios de antaño frente al origen de la fe cristiana. Creer o no creer es una opción personal que sigue estando presente en la filosofía que sustenta ciertos trabajos sociológicos.

Entre las principales obras que han contribuido decisivamente al origen y consolidación de la sociología, se pueden señalar las siguientes:



"El socialismo es la filosofía del fracaso, el credo a la ignorancia y la prédica a la envidia; su virtud inherente es la distribución igualitaria de la miseria".

Sir Winston Churchill (1874 - 1965)

"Hablan del fracaso del Socialismo, pero ¿dónde está el éxito del Capitalismo en África, Asia y América Latina?"

Fidel Castro



LOS PADRES FUNDADORES

Tres son los pensadores de la cuestión social cuyos nombres sobresalen en casi todos los libros de sociología: Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber. Cada uno de ellos se formuló cuestiones acerca de la naturaleza humana y de las estructuras de la sociedad. Las respuestas a las que llegaron han sido importantes durante todo el siglo xx y algunas continúan manteniendo su relevancia para la sociología actual, aunque otras se han ido desvaneciendo al compás de los últimos cambios sociales.

Karl Marx (1818-1883) se centró en los acontecimientos económicos provocados por la Revolución industrial, así como en la relación existente entre éstos y las instituciones sociales. Desde su concepción materialista del mundo llegó a la conclusión de que el principal motor que movía la historia no era el de los valores, las creencias o las ideas de los hombres, sino el de la economía. El mayor impulsor del desarrollo histórico sería el conflicto de intereses materiales existente entre ricos y pobres. De ahí que su propuesta social fuera la lucha de clases hasta alcanzar el perfecto socialismo, la sociedad igualitaria. Es decir, la sustitución del capitalismo por la sociedad sin clases. Esto se conseguiría, según Marx, haciendo que el sistema económico de las naciones fuera de propiedad comunal.

La influencia del pensamiento marxista ha sido muy importante durante todo el siglo xx. Casi la tercera parte de las naciones del mundo han intentado llevar a la práctica tales principios. Incluso en el ámbito de las creencias religiosas las ideas de Marx han ejercido también su poder, como lo demuestra el éxito alcanzado por la teología de la liberación dentro del catolicismo. No obstante, los últimos cambios sociales de Occidente se han aliado con ciertas hipótesis científicas sobre el origen del universo para arrastrar los fundamentos que sustentaban el edificio del marxismo. La teoría cosmogónica del Big Bang y la reciente caída del comunismo soviético han corroído los principales pilares marxistas, su credo y su aplicación.

El planteamiento que aceptan hoy la mayoría de los científicos sostiene que la materia no es eterna como proponía el materialismo, sino que tuvo un principio. A partir de la nada (o del “superátomo primigenio”) se produjo la Gran Explosión que habría originado todo el cosmos existente. El segundo acontecimiento, consumado con la caída del muro de Berlín en 1989, supuso el reconocimiento de la incompetencia humana para crear la sociedad igualitaria que pretendía la utopía de Marx.

Émile Durkheim (1858-1917) fue un pensador francés cuyas obras han tenido una influencia decisiva en la sociología moderna. Su propósito fue siempre intentar estudiar los acontecimientos sociales como si fueran objetos materiales. Este método hizo que sus análisis de la sociedad persiguieran siempre la misma objetividad que los estudios llevados a cabo por científicos de la naturaleza. Entre sus obras más características destacan: La división del trabajo social, 1893 (ed. cast.: 1982, Akal Madrid); Las reglas del método sociológico, 1895 (ed. cast.: 1982, Alianza. Madrid); El suicidio, 1897 (ed. cast.: 1976, Akal, Madrid) y Las formas elementales de la vida religiosa, 1912 (ed. cast.: 1992, Akal, Madrid).

Durkheim creía que la religión, cualquier forma de religión con sus normas y prohibiciones, poseía la capacidad de crear solidaridad entre los seres humanos que la profesaban. La religión contribuiría, de alguna manera, a integrar los individuos en el grupo social. La sociedad tendría también los rasgos propios de la religión, en el sentido de ser un ente “normativo” y “coercitivo” para las personas. La sociedad sería, en cierta manera, “religión” ya que representaría la “conciencia colectiva” de los pueblos.

La sociología de la religión es el estudio de las instituciones, creencias y prácticas religiosas. Se trata de una de las especialidades más antiguas de la disciplina, remontándose a la obra de los sociólogos clásicos como Emile Durkheim y Max Weber.



Sin embargo, el sociólogo francés pensaba que la división del trabajo, ocurrida en el mundo moderno, estaba desplazando cada vez más a la religión como principal núcleo de cohesión social. Los seres humanos dependían cada vez menos de sus creencias religiosas y cada vez más de los bienes materiales y de los servicios que les podían proporcionar aquellos que desempeñaban otras ocupaciones.

Los cambios sociales que esta división del trabajo generó en el mundo moderno fueron tan rápidos e importantes que, en opinión de Durkheim, habrían provocado un grave trastorno social. Una enfermedad de nueva adquisición: la “anomia”. Es decir, la falta de objetivos en la vida y la desesperación de no saber cuál es el sentido de la propia existencia.

Al abandonar las normas morales y los valores que proporcionaba la religión, por culpa del desarrollo social, el hombre de las modernas urbes había quedado en medio de un vacío existencial y normativo que estaba originando el aumento de conductas antisociales, individualistas y claramente patológicas. Estos razonamientos le llevaron a ocuparse del problema del suicidio, entendiéndolo como demostración de la profunda infelicidad que padecían algunas personas. Durkheim creía que era precisamente esta anomia, esta ausencia de norma, vinculación y sentido vital, el principal factor social que influía en el comportamiento suicida.

Por último, [Max Weber](#) (1864-1920), es considerado como el tercer padre fundador de la ciencia social, a pesar de que su amplia cultura y su extensa obra no permiten clasificarlo sólo como sociólogo ya que trabajó también en cuestiones de derecho, historia y filosofía. Sus estudios fundamentales son: El método de las ciencias histórico-sociales, 1902; Ensayos sobre sociología de la religión, 1920-1921 (ed. cast.: 3 vols. 1983, 1987 y 1988, Taurus, Madrid). En el primero de tales ensayos se encuentra el más famoso de todos: La ética protestante y el espíritu del capitalismo (ed. cast.: 1995, Península, Barcelona) y, finalmente, Economía y sociedad, 1922 (ed. cast.: 1944, F.C.E., México).



Los escritores viven de la infelicidad del mundo.
En un mundo feliz, no sería escritor.

(José Saramago)

akifrases.com

NO al suicidio
Prende tu vida, no la apagues.



*Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha
puesto eternidad en el corazón de ellos, sin
que alcance el hombre a entender la obra que
ha hecho Dios desde el principio hasta el fin.
Eclesiastés 3:11*

LA ANOMIA

*“La anomia es hoy uno de los pocos
conceptos verdaderamente fundamentales de
la ciencia social contemporánea”*
Talcott Parsons

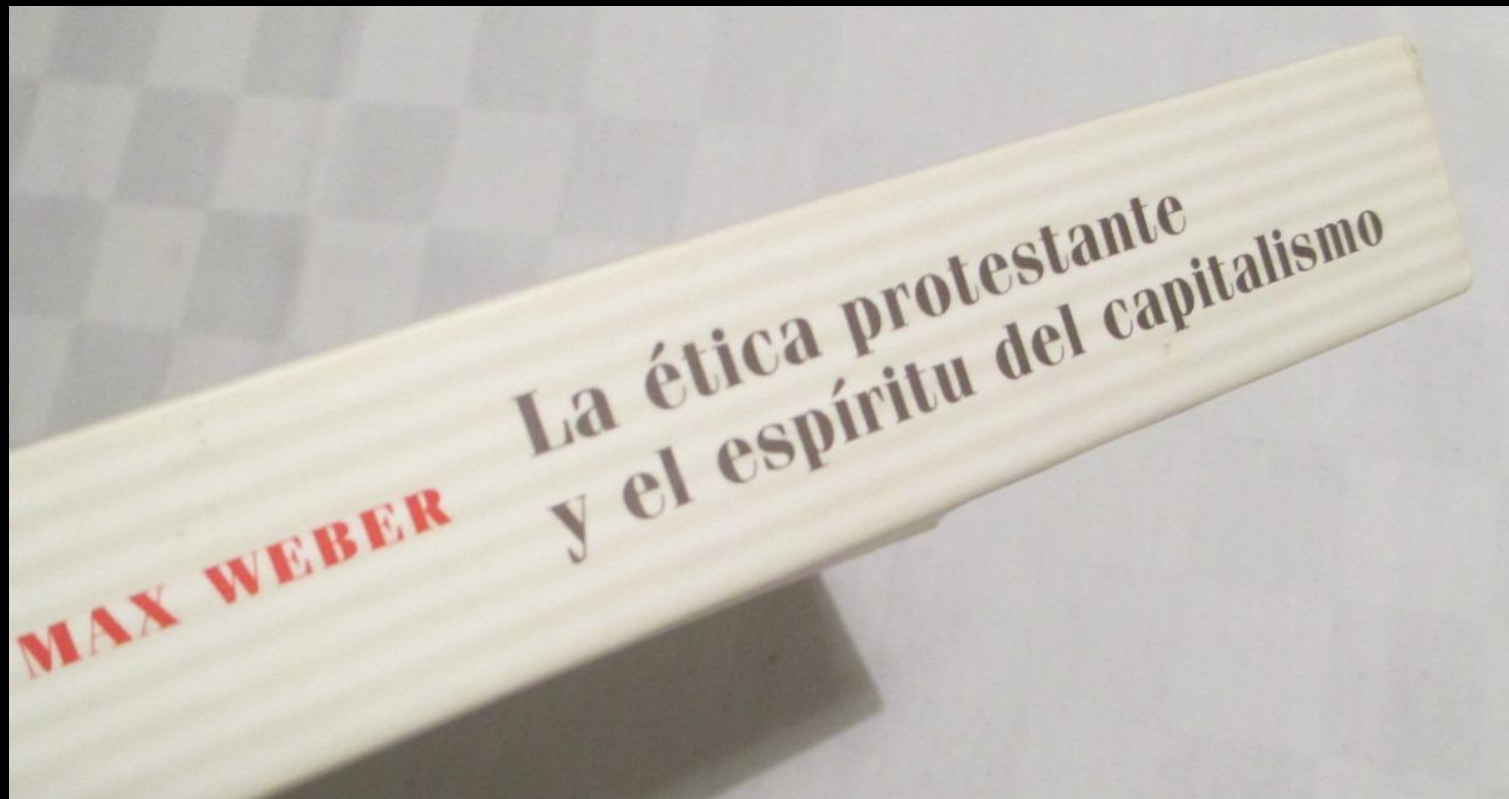


Max Weber se opuso al materialismo histórico de Karl Marx al considerar que los conflictos económicos entre las clases sociales no eran tan decisivos para la transformación de la sociedad como éste había pensado. Se debía tener en cuenta también la influencia de la religión. Las creencias y los valores que profesaban las personas y los pueblos, ejercían asimismo un influjo importante en el cambio social.

Después de dedicarse a estudiar las religiones orientales y de compararlas con el cristianismo, especialmente con las iglesias protestantes, dedujo que éstas habían desempeñado un notable papel en el origen y desarrollo de la sociedad capitalista. La concepción del tiempo y del trabajo, realizado "para la gloria de Dios", habría sido algo determinante en el progreso económico del mundo anglosajón. También Weber se referirá a la ciencia y a la burocracia como factores importantes para el desarrollo de la sociedad, ya que supondrían una cierta racionalización de la misma.

De manera que, si para Marx la religión era el opio del pueblo porque perpetuaba el inmovilismo social e impedía la revolución y la lucha de clases, para Durkheim la religión será la principal generadora de cohesión social que habría entrado en retroceso como consecuencia de la compleja división creada en el mundo laboral. Y por último, para Weber, las creencias y los valores religiosos habrían sido también uno de los principales ejes del motor del cambio social. Tres opiniones diferentes, aunque en cierto sentido complementarias, de los llamados padres de la sociología.

La concepción del tiempo y del trabajo, realizado “para la gloria de Dios”, habría sido algo determinante en el progreso económico del mundo anglosajón. También Weber se referirá a la ciencia y a la burocracia como factores importantes para el desarrollo de la sociedad, ya que supondrían una cierta racionalización de la misma



LA SOCIOLOGÍA EN EL SIGLO XXI.

El enfoque actual de los estudios sociológicos revela que la ciencia social contemporánea no tiene prácticamente nada que ver con lo que se entendía por sociología hace ciento cincuenta años. Si antes interesaban las respuestas globalizadoras que aspiraban a explicar toda la realidad social, su origen y su destino final, hoy predomina la humildad y la incertidumbre acerca de lo que nos deparará el futuro. Si en el pasado el germen sociológico dio a luz numerosas interpretaciones “totalistas” de la sociedad, como fueron el marxismo, estructuralismo, historicismo o culturalismo, en la actualidad se detecta más bien todo lo contrario.

Una pérdida de confianza en el devenir y en los instrumentos de que se dispone hoy para analizarlo. De ahí que algunos opinen que la sociología ha entrado también en crisis.

Como señalan Josetxo Beriain y José Luis Iturrate, profesores de teoría sociológica en las universidades de Navarra y Deusto (Bilbao) respectivamente: “La sociología (actual).... no trata de ofrecer respuestas a preguntas existentes de ultimidad, como la religión, ni siquiera constituye un código semántico secularizado que realice funciones de substitución o de reocupación del lugar y función de otros discursos sociales como la religión o la política o la moral, desplegándose como “religión civil” o como “filosofía pública” (Beriain & Iturrate, 1998: 7).

Por eso la interpretación que suelen hacer actualmente los propios sociólogos acerca de las distintas teorías sociológicas existentes, es la de “posibles formas de ver” y entender la realidad. El objetivo de la sociología no es, por tanto, el de dar una explicación total del ser humano, de la historia o de la sociedad, sino el de formular teorías particulares y proponer métodos de investigación social que pueden resultar válidos para aproximarse a la tremenda complejidad del hombre en colectividad.

Sin embargo, debe admitirse que no hay nada seguro. No existe teoría que sea universalmente aceptada, más bien estamos ante una pluralidad de interpretaciones. Todas poseen pretensiones de validez. Probablemente en cada una de ellas haya algo de verdad y algo de mentira. En el siguiente esquema se pasa revista, de forma breve, a los principales enfoques teóricos de la sociología desarrollados durante el siglo xx.

La sociología contemporánea parece haberse curado en salud de la indigestión sufrida en el pasado a causa de tanta teoría y cosmovisión social. Hoy ya no se trabaja con la intención de descubrir la fórmula general que resolvería todos los problemas sociales o que explicaría definitivamente cómo son los hilos que mueven el mundo en que vivimos.

6. INVESTIGACIÓN PREDICTIVA

El investigador observa un evento por cierto tiempo, lo analiza, busca explicaciones y factores relacionados entre sí, de modo de establecer cuál será el comportamiento futuro o tendencia de ese evento.

Ej. Observar la interacción docente-alumno, analizar el programa, la formación previa, y predecir que tipo de formación adicional necesita el docente para ser más efectivo con sus alumnos.

EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN.

La socialización es la acción mediante la cual una persona se convierte en alguien competente dentro de la cultura en la que vive, gracias a que ha aprendido y hecho suyas las normas y valores de esa cultura. Por tanto, el proceso de socialización equivaldría al camino que un individuo realiza a lo largo de toda su vida.

Evidentemente este aprendizaje es más intenso durante la infancia que en las otras etapas de la existencia ya que es en los primeros años cuando el ser humano aprende e interioriza la mayor parte de los elementos socioculturales del ambiente en que vive.

En la niñez tales elementos se integran rápidamente, conforman la personalidad y contribuyen a adaptar el individuo al entorno en el que ha de vivir. Esta adaptación suele realizarse básicamente a tres niveles: físico (gestos, gustos, higiene, etc.); afectivo (saber qué sentimientos pueden exteriorizarse y cuáles no) y mental (tener interiorizadas las formas de pensar que pueden desarrollar la memoria, la inteligencia o la imaginación). De esta manera cada persona aprende a ser esposo o esposa, médico, profesora, pastor, estudiante o trabajador.

El aprendizaje de la cultura se lleva a cabo por medio de la repetición de actos en el seno de la familia, la escuela, el trabajo o la universidad, así como por la imitación de comportamientos a los que se da valor. Cada persona interioriza su medio sociocultural teniendo en cuenta la opinión de los demás individuos e identificándose con ellos. Los agentes de socialización son las instituciones sociales que contribuyen a la transmisión de modelos y pautas para que los individuos se integren en la sociedad. Los principales agentes son la familia, la escuela, el grupo de amigos y los medios de comunicación.

ANALISIS DE LA COMUNIDAD Y EL CONTEXTO SOCIAL.

Este video te va a dar una idea, de que tu iglesia está insertada en una comunidad, una cultura, tipos de iglesias, hospitales, negocios, costumbres, fiestas, nivel económico, nivel escolar, instituciones de ayuda para comida y alojamiento. Debes de conocer quienes son tus autoridades civiles, la policía, las cárceles, centros de recuperación, etc.

ANALISIS DE LA COMUNIDAD Y EL CONTEXTO SOCIAL



Esta adaptación suele realizarse básicamente a tres niveles: físico (gestos, gustos, higiene, etc.); afectivo (saber qué sentimientos pueden exteriorizarse y cuáles no) y mental (tener interiorizadas las formas de pensar que pueden desarrollar la memoria, la inteligencia o la imaginación). De esta manera cada persona aprende a ser esposo o esposa, médico, profesora, pastor, estudiante o trabajador.



**Guiones para estudiantes
Wesley**

**INTRODUCCIÓN A LA
SOCIOLOGÍA**

Clase 2



LA FAMILIA

NORMAS DE CONVIVENCIA EN EL HOGAR



La familia suele crear un clima afectivo adecuado y despertar en los niños deseos, aspiraciones, perspectivas, convicciones o esperanzas, así como modelos sexuales y conductas a imitar. La escuela por su parte transmite normas, valores sociales, disciplina, destrezas y conocimientos para poder integrar a los estudiantes en el mundo de los adultos. Mientras que el grupo de los amigos o de los iguales, que es elegido libremente por cada persona, permite desarrollar la autonomía y el sentido de la justicia; entre ellos se aprende a ser críticos con los demás o a emitir juicios objetivos sobre los otros. Todo ello debe contribuir a desarrollar la responsabilidad individual y social.



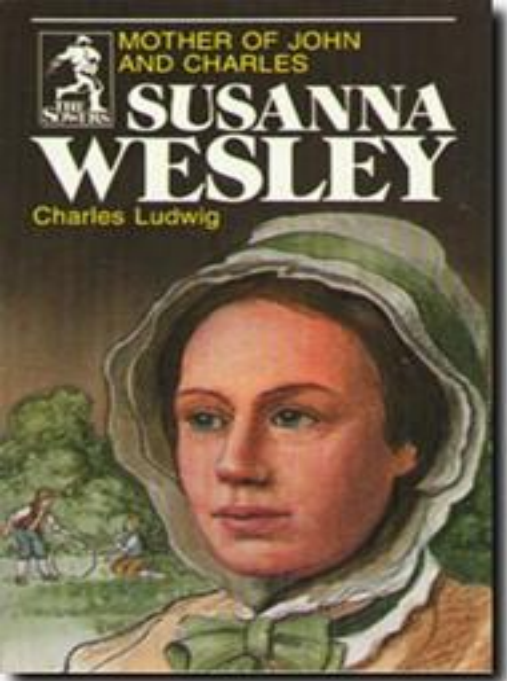
Por último, los medios de comunicación ejercen actualmente un gran atractivo, sobre todo, entre la juventud ya que suscitan preocupaciones o asuntos, en torno a los que suele girar la integración o no a la sociedad. La televisión, por ejemplo, constituye hoy una fuente de valores que influye poderosamente en los pequeños y que puede anticipar las conductas futuras. Al mismo tiempo estos medios legitiman un determinado orden social, político y económico. Establecen lo que es correcto y forman una opinión pública que contribuye a adaptar los individuos al orden social existente, a difundir determinados puntos de vista, a crear hábitos de consumo o estilos de vida conformes con aquello que se considera estándar.



Aquello que se asimila e interioriza durante la socialización primaria de la infancia es lo que proporciona las bases esenciales de la cultura y lo que formará parte de la personalidad definitiva. Con razón afirma la Biblia: “instruye al niño en su camino, y aún cuando fuere viejo no se apartará de él.” (Proverbios. 22:6).



Es obvia la influencia que los valores religiosos y las creencias de los agentes de socialización pueden tener en la formación de los niños y adolescentes. De ahí que la aportación de los padres cristianos en el seno de la familia creyente, así como de la iglesia y la escuela dominical sea tan importante y necesaria para contrarrestar el tremendo influjo de los agentes de socialización que no se fundamentan en los valores del Evangelio.



**Susana Wesley
educando a sus hijos:
John y Charles, logró
de ellos grandes
hombres para Dios**



**Si los padres de Albert
Einstein, no lo hubieran
ayudado en su infancia
nunca hubiera existido
este genio de la
humanidad**



**Por el contrario, si los
padres de Adolf Hitler,
hubieran sido un
matrimonio unido y
con buenos principios,
este monstruo de la
humanidad no hubiera
existido.**



**Detrás de la vida de cada
persona en la cárcel, hubo
un hogar destruido**

Desarrollar en el niño, el sentido de la justicia



Uno de los problemas de nuestro tiempo es que no dedicamos tiempo a nuestros hijos para inculcar los valores

Factores que intervienen en la formación de los valores religiosos de los niños y adolescentes.

Los valores son un conjunto de cualidades que tiene una persona o cosa, que de acuerdo a su actitud proporciona utilidad para satisfacer necesidades.





Cuando después, en las últimas etapas del desarrollo, se produzcan las otras socializaciones secundarias, la adaptación al mundo de los amigos y al profesional, las huellas impresas en la infancia proporcionarán seguridad, convicción y estabilidad personal.

Conviene señalar aquí también lo que se conoce como “resocialización”, es decir, el proceso mediante el cual un individuo puede interiorizar un conjunto de normas y valores diferentes de los que hasta el momento tenía asumidos. Esto puede llegar a producir un verdadero cambio de personalidad.



Quando se viven situaciones de ruptura a partir de las cuales se hace necesario empezar de nuevo, reconstruir y volver a interiorizar un mundo diferente, es menester encontrar una situación apropiada para que se produzca una nueva socialización primaria. Hay que hallar un ambiente de afecto y comprensión capaz de proporcionar una imagen nueva de la persona que la convenza de que el nuevo mundo es mejor que el anterior.



No obstante, también sería posible hablar de una resocialización positiva como la que se da en el proceso de la conversión cristiana. Personas que durante toda su vida han vivido en un ambiente hostil y han llevado una conducta egoísta poco solidaria con los demás, cuando descubren el mensaje de Jesucristo y le aceptan personalmente, se integran en una iglesia o comunidad cristiana, cambiando radicalmente de actitud y experimentando un auténtico nuevo nacimiento.

EL NUEVO NACIMIENTO



SERIE: El Evangelio de Cristo
www.lavidveracruz.org



...tienes que nacer de nuevo...





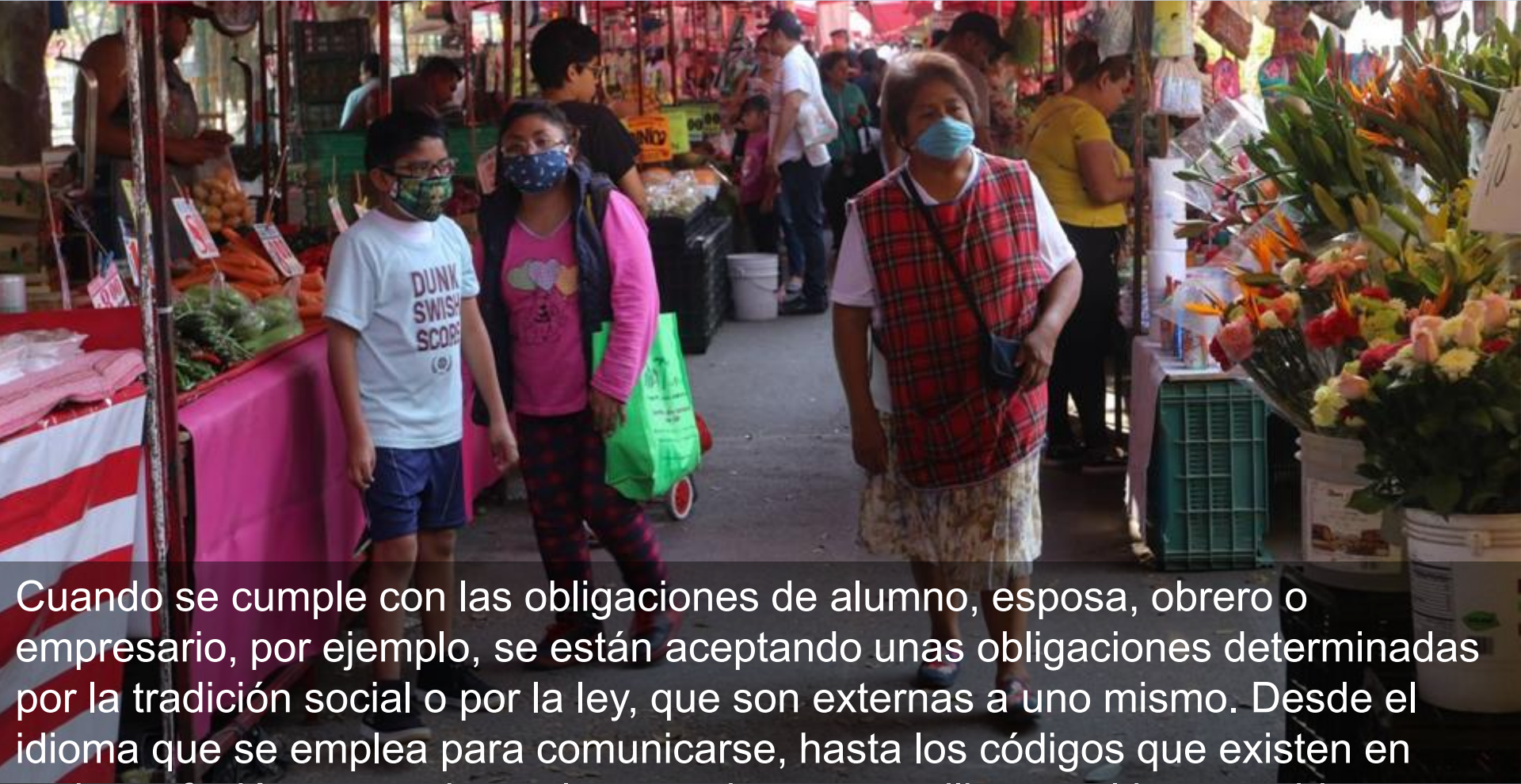
ESTRUCTURA SOCIAL, ESTATUS , Y ROL

En sociología se entiende por estructura social al conjunto de las principales instituciones y grupos que integran una sociedad. Elementos como el territorio que se ocupa, la población que la compone, así como los grupos, las instituciones, las clases sociales existentes o el estatus y el rol que desempeñan las mismas, serían los que darían una determinada estructura a la sociedad. El autor Giddens, ha comparado la estructura social con un edificio:

“La sociedad es mucho más que la suma de los actos individuales; cuando se analiza la ESTRUCTURA SOCIAL se estudian las características, que poseen una “firmeza” o “solidez”, comparable a las estructuras del entorno natural.



Programa de Estudios
sobre Latinos
en los Estados Unidos



Cuando se cumple con las obligaciones de alumno, esposa, obrero o empresario, por ejemplo, se están aceptando unas obligaciones determinadas por la tradición social o por la ley, que son externas a uno mismo. Desde el idioma que se emplea para comunicarse, hasta los códigos que existen en cada profesión, pasando por la moneda que se utiliza en el intercambio económico, todo se da ya antes del individuo concreto y funciona independientemente del uso que se haga de ello. Estas actividades exteriores al individuo forman las principales instituciones de la sociedad y constituyen lo que en sociología se llama la estructura social. Por tanto, las sociedades humanas son como edificios en una constante reconstrucción que es debida a la labor de los mismos ladrillos que las componen, los ciudadanos..



“El estatus social”, es la posición que cada persona ocupa en la estructura social, cuando se comunica con los demás. Dentro de la familia, por ejemplo, se puede ocupar el estatus de padre o madre, esposo o esposa, hijo o hija, hermana o hermano, etc. El desarrollo escolar también marca una posición en el futuro estudiante.

A photograph of two men on a grassy hill. One man, wearing a dark long-sleeved shirt, is leaning forward and helping the other man up. The second man, wearing a blue and white plaid shirt and a baseball cap, is reaching up to grasp the first man's hand. The background is a bright, hazy sky. The text is overlaid on the right side of the image.

EL AMIGO AMA
EN TODO MOMENTO;
EN TIEMPOS DE ANGUSTIA
ES COMO UN HERMANO.

PROVERBIOS 17:17 (RVC)



El conjunto de normas de comportamiento que van asociadas a cada estatus se conoce con el nombre de rol social y es posible estudiarlo científicamente. El rol sería como el papel que cada actor desempeña en un teatro. Por tanto, un determinado estatus, o posición social, va siempre unido a uno o más roles, que representan la conducta esperada de quien ocupa esa posición. No obstante, lo que realmente distingue las nociones de estatus y rol es que el primero debe gozar de la consideración y el reconocimiento subjetivo de la sociedad, **mientras que el segundo se refiere simplemente al papel real que desarrolla un individuo en una sociedad determinada.**

Por ejemplo, en el mundo occidental se valora mucho más la figura del médico, el arquitecto o el empresario que la del recogedor de basura o el agricultor. Podría decirse que el estatus de arquitecto está más valorado que el de agricultor. Existe aquí, por tanto, en la definición de estatus una valoración social subjetiva, mientras que el rol no depende de tal valoración. Sin embargo, desde una perspectiva cristiana está claro que la valoración más importante, el estatus clave de toda persona, debe ser ante todo el de ser humano. Los prejuicios sociales que discriminan injustamente a las criaturas son contrarios al mensaje del Evangelio.



El estatus social”, es la posición que cada persona ocupa en la estructura social, cuando se comunica con los demás. La persona debe de gozar de la consideración y el reconocimiento subjetivo de la sociedad



El conjunto de normas de comportamiento que van asociadas a cada estatus se conoce con el nombre de rol social y es posible estudiarlo científicamente. El rol sería como el papel que cada actor desempeña en un teatro. Por tanto, un determinado estatus, o posición social, va siempre unido a uno o más roles, que representan la conducta esperada de quien ocupa esa posición.

FAMILIA Y ESTADO

Las más importantes instituciones que existen en la sociedad son la familia y el Estado. Desde la sociología se considera que la familia posee carácter universal ya que en todas las sociedades conocidas se han encontrado formas de esta institución basada en el parentesco. Pero el hecho que sea universal no significa que en todas partes la familia tenga las mismas características que en el mundo occidental e incluso en este mundo, hoy es posible constatar que muchas de sus funciones están cambiando como consecuencia de la incorporación de la mujer al trabajo y la consiguiente aparición de guarderías infantiles, residencias para ancianos, etc.





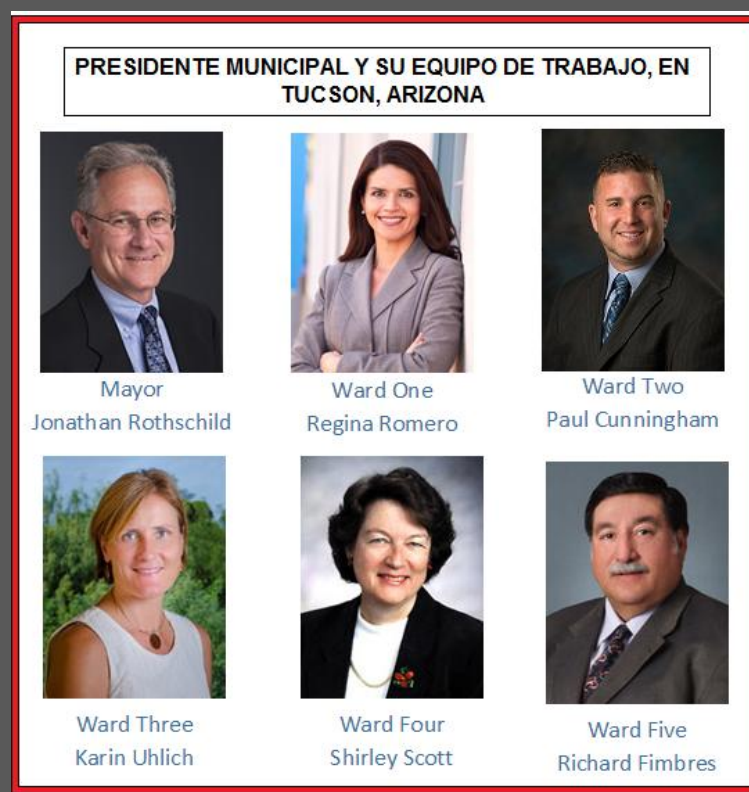
La clasificación de los tipos de familia por todo el mundo puede hacerse en función del ámbito de personas que comprende, de las formas de relación conyugal y del sistema de autoridad que impera en ellas. Dentro del primer tipo es posible hablar de familias nucleares, son aquellas en las que todos sus miembros residen en un mismo lugar y están relacionados por el matrimonio heterosexual y la filiación. Se trata de las familias típicas de Occidente formadas por el marido, la mujer y los hijos. Las familias extensas están constituidas además por aquellos miembros que tienen relaciones más lejanas de parentesco como los abuelos, los tíos y los nietos.

Últimamente están proliferando también las familias mono parentales, en las que los hijos conviven sólo con uno de sus progenitores, el padre o la madre. Esto puede deberse a una ruptura matrimonial o divorcio, a la muerte de uno de los padres o bien a la concepción de hijos fuera del matrimonio. Como consecuencia de lo anterior son frecuentes también las familias reconstituidas en las que ambos progenitores provienen de un matrimonio anterior y cada uno de ellos aporta hijos a la nueva relación en la que conviven todos juntos. Según sea la relación conyugal existen familias monógamas, en las cuales el marido tiene una sola mujer y viceversa, como suele ocurrir en la mayoría de las sociedades occidentales; pero también hay familias polígamas en las que se da una pluralidad de esposas o de esposos.



Frente a todos los cambios sociales que experimenta la familia hoy, ante tal abanico de posibilidades conyugales, es menester reconocer que aquellas unidades familiares constituidas por personas cristianas, tienen ante ellas un reto social importante, el de continuar funcionando correctamente desde la perspectiva bíblica, el de entenderse para así seguir dando sentido y belleza a la sociedad. A pesar de los problemas existentes, las familias que se apoyan en los valores cristianos del Evangelio constituyen una fuente de consuelo e inspiración para toda clase de familia y son el germen de donde puede surgir una nueva humanidad basada en el amor verdadero (aquél que Pablo explica en 1ª Corintios. 13).

Por último, es conveniente señalar que la institución política que persigue la satisfacción de las necesidades administrativas y de orden público, en el seno de esa sociedad formada por familias, es el Estado. Sus elementos fundamentales son el territorio, la población y la organización jurídica y política. Él es quien promulga las leyes, se encarga de que éstas se cumplan, imparte justicia entre los ciudadanos y debe procurar el bienestar del pueblo. Para poder realizar todo esto el Estado cuenta con un gobierno que mediante la estructura burocrática posibilita el funcionamiento de la sociedad.



La nación, por su parte, puede definirse como aquella comunidad unida por vínculos culturales, históricos y económicos que habita en un determinado lugar geográfico. A veces en un mismo Estado pueden coexistir armónicamente dos o más naciones, pero en ocasiones tal convivencia puede ser fuente de conflictos. El concepto de nación surgió con la Revolución francesa y el de la ideología nacionalista a partir del Romanticismo alemán. Éste consideró que las fronteras geográficas y políticas de un Estado tenían que coincidir con las de la lengua hablada. A partir de tales ideas se pensó, desde la individualidad nacionalista, que el mundo debería estar dividido en naciones independientes y auto determinadas.

Revolución francesa



Cuando confíes en ti...
sabras vivir.
Goethe.

Romanticismo alemán



Israel tiene conflicto con
todas las naciones a su
alrededor

VALORES Y NORMAS.

Las creencias que condicionan el comportamiento humano son llamadas “valores” desde el punto de vista sociológico. Se trata de ideales capaces de guiar el camino de las personas; actitudes o convicciones que ya se poseen antes de realizar cualquier tipo de acción. Pueden considerarse valores, por ejemplo, el deseo de no mentir nunca, de no discriminar a nadie por razón de su raza, sexo, religión o manera de pensar, la tendencia hacia la solidaridad con los necesitados o la voluntad de actuar siempre de forma pacífica.



Los valores no pueden verse o tocarse pues no son objetos materiales pero si pueden ser también cualidades de las cosas. Hay valores estéticos que buscan generalmente la belleza y armonía de los objetos; o valores útiles que dependen del servicio que ciertos materiales pueden ofrecer al hombre. Sin embargo, los valores más importantes son los morales ya que dependen de la relación entre las personas o entre éstas y las cosas que les rodean.

Sólo los seres humanos son capaces de sustentar valores morales y de tener voluntad para tomar decisiones libres que sean moralmente significantes.



Durante el proceso de socialización en la infancia, al que nos referimos anteriormente, se aprende a interiorizar los valores que predominan en la familia, la escuela y la sociedad. Tales valores originan unas determinadas pautas de comportamiento que suelen servir como guía o modelo en el estilo de vida de las personas. Estas pautas pueden ser llamadas también “normas” de conducta y suelen dividirse en: costumbres, usos, normas formalizadas y normas no formalizadas. Las costumbres son las formas básicas de una sociedad que todo el mundo acepta y cuyo incumplimiento tiene como consecuencia la sanción.



Muchas de tales costumbres, como no matar, no mentir, no robar, etc., tienen un claro origen en la revelación bíblica que es la que ha influido decisivamente en la formación de la cultura occidental. Los usos, en cambio, se refieren a normas más débiles que dependen sobre todo de la voluntad de cada cual; es aquello que sería deseable hacer pero que depende de la opinión propia y. por tanto, no es obligatorio hacerlo. Si no se hace tampoco hay sanción. Por ejemplo, el vestir de etiqueta en determinados actos sociales es en uso común pero si alguien se niega a hacerlo no se le castiga.



Las normas formalizadas son las leyes positivas que se conocen también como leyes jurídicas y que han sido hechas después de un debate minucioso para estar escritas en códigos jurídicos que habrán de servir como modelos de comportamiento y convivencia. Mientras que las normas no formalizadas o normas sociales no están escritas pero son aceptadas de forma inconsciente. En los países del norte de Europa, por ejemplo, no tirar papeles al suelo o no escupir en la calle sería una norma social aceptada y respetada por la mayoría de los ciudadanos. Las normas sociales pueden cambiar o modificarse con el tiempo y también es posible que ciertas normas se vayan extendiendo poco a poco de unos países a otros.

Ley positiva

- Es aquella derivada por las leyes o del orden jurídico.
- Es contingente y diversa, pues las leyes cambian según el lugar, la época, etc.
- Se asume un juicio jurídico y como pena es la cárcel.



CLASES SOCIALES

Las sociedades humanas a lo largo de la historia se han venido caracterizando por su permanente estratificación social, es decir, por la distribución jerárquica existente entre los individuos que componían la estructura social, cada cual con su estatus y rol diferentes. En la antigua Grecia del siglo V a.C., por ejemplo, la sociedad esclavista dividía a las personas en dos grandes grupos sociales, el de los libres y el de los esclavos; todavía hoy en la India existe la división por castas o familias según riqueza que se posee e incluso, en los países de regímenes casi feudales se habla de elementos para referirse a grupos sociales de carácter progresista.

En el análisis social que realizó Karl Marx, y que será estudiado más adelante en este libro, se entendía por clase social aquella entidad formada por individuos que tenían en común una determinada posición económica. La división de la sociedad en clases se debía, por tanto, a la economía, y la historia de la humanidad era entendida como la lucha continua de tales clases, entre el proletariado y la burguesía.

En la actualidad no es posible realizar una división tan simple de las clases sociales. La mayoría de los sociólogos reconoce una clase superior que posee los medios de producción, una clase obrera o de trabajadores asalariados y unas clases medias compuestas por funcionarios o individuos con profesiones liberales.

Algunos autores consideran también que los agricultores constituyen otra clase social. Por tanto, en el presente, la clase social podría definirse como el conjunto de personas que pertenecen al mismo nivel de prestigio, según la posición que ocupan en el sistema de división del trabajo. Las clases son colectividades abiertas que pueden generar cierta solidaridad entre sus componentes ya que éstos están unidos por lazos económicos y ocupacionales, aunque no sean una organización forma interna.

Ciertos sociólogos se han preguntado si desaparecerán las clases sociales en el futuro y han llegado a la conclusión de que tal acontecimiento no parece probable, al menos en un futuro inmediato. Una cosa es que se den redistribuciones a gran escala y que se reduzcan las desigualdades económicas, pero otra muy diferente es que se llegue a la completa igualdad. Más bien se evidencia que la desaparición de las clases, el hecho de conseguir el mismo nivel de riqueza, poder y prestigio para todo el mundo, es difícil que se dé en la sociedad moderna (Giddens, 1998). No resulta fácil poner límite y mucho menos terminar con esa aspiración humana al prestigio que puede proporcionar el dinero. Tampoco es sencillo el intento de prescindir de los líderes o directivos que constituyen grupos de presión muy poderosos en el mundo actual.

Por todo ello parece improbable que las desigualdades entre los seres humanos vayan a desaparecer de la sociedad industrial moderna. Por desgracia en este tema, como en tantos otros, continúan siendo pertinente aquellas palabras de Jesús: “porque siempre tendréis pobres con vosotros” (Mateo. 26:11). Sin embargo, esto no significa que no deba denunciarse la injusticia social o que los cristianos, y aquellos que apuestan por un mundo más solidario, deban renunciar a sus convicciones bíblicas y personales. Al contrario, la acción social es hoy más necesaria que nunca porque la brecha abierta entre el Norte y el Sur es en la actualidad mucho más dramática.

Los factores que influyen en la división de las clases sociales, que ya han sido señalados, -poder, riqueza y prestigio- no suelen ser fijos o inmutables, sino que puede cambiar en función del desarrollo económico y tecnológico de la sociedad. De manera que las clases no son compartimentos estancos ya que entre ellas existe la movilidad social.

Cualquier individuo puede pasar de un estrato al siguiente al cambiar de profesión o de situación económica. Los factores que permiten esta estratificación social son económicos, profesionales y culturales. La relación existente entre estos tres factores permite distinguir dos tipos de movilidad: la horizontal y la vertical. La primera significa un cambio de estatus pero dentro del mismo nivel.

Este sería el caso, por ejemplo, de un profesor que es nombrado director de su centro educativo o el de un financiero que pasa a ser ministro. Se trata de cambios horizontales que afectan más al prestigio personal que a la economía del individuo. Sin embargo, la movilidad vertical supone un cambio de estatus que puede ser consecuencia de un ascenso o un descenso. Cuando, por ejemplo, el líder de un partido de la oposición pasa a ser jefe del Estado o, al revés, un coronel que es degradado a sargento. Las sociedades en las que estas movilizaciones se dan de manera fluida y no suponen traumas sociales se denominan sociedades abiertas mientras que las cerradas serían aquellas que poseen una estructura rígida y no permiten ningún tipo de cambios, como la sociedad hindú con su sistema de castas.

CONFLICTO SOCIAL

Si las rivalidades existentes entre las personas o los grupos sociales se manifiestan abiertamente, entonces aparece el conflicto social. Éste puede tener carácter económico, ideológico, lingüístico, religioso, etc., y se trata siempre de un desequilibrio temporal en la cohesión del sistema social que puede desembocar, en el peor de los casos, en la lucha armada. El origen del conflicto suele estar en el choque de intereses contrarios, enfrentamiento de dos fuerzas opuestas que aspiran al poder, en la necesidad de recursos que no se distribuyen adecuadamente o en la invasión del rol o la función de los demás. Estos son los motivos más frecuentes, aunque también puede haber otros.

La sociología considera, siguiendo las ideas evolucionistas acerca del origen del hombre, que el conflicto es inherente a la naturaleza del ser humano ya que éste, desde tiempos remotos, tuvo que luchar por su existencia y competir con otras especies animales o con el inhóspito medio ambiente. De ahí que el conflicto forme parte de su naturaleza animal y humana. Aunque la teología bíblica del Génesis sugiera otra concepción del origen de la rivalidad, más fundamentada en la desobediencia del hombre a la voluntad de Dios y en su deseo egoísta de autonomía e independencia personal, lo cierto es que también Caín experimentó en carne propia el primer conflicto humano que llegó hasta sus últimas consecuencias, la muerte violenta de su hermano Abel.

CINCO MODELOS DE MANEJO DE CONFLICTOS



No existe unanimidad en cuanto a las valoraciones sociológicas del conflicto social. Algunos autores, como Parsons y Warner conocidos como “teóricos del equilibrio”, creen que la sociedad es como un organismo vivo en busca de equilibrio y que, por tanto, todo conflicto supone una inestabilidad, una ruptura de ese equilibrio que puede poner en peligro la supervivencia de todo el sistema social. No obstante, otros sociólogos, como Lynd, Mills y Coser denominados los “teóricos del conflicto”, lo interpretan como si fuera un elemento natural de la organización social que permite la revitalización positiva y necesaria de la sociedad.

Marx pensaba que todos los conflictos sociales eran el resultado de la lucha de clases y que esta lucha conducía inevitablemente a la revolución que era precisamente el motor de la historia. Sin embargo, según Dahrendorf, no todos los conflictos sociales son conflictos de clase, muchos buscan ante todo el control de la autoridad y el poder sobre las personas o grupos. En su opinión, la violencia de los conflictos disminuye cuando los grupos se pueden organizar, dialogan entre sí y actúan. Ciertamente sin necesidad de recurrir a acciones clandestinas o al terrorismo. Los conflictos siempre suelen provocar cambios pero también los cambios pueden provocar conflictos.

No siempre resulta fácil resolver adecuadamente los conflictos sociales, pero la experiencia demuestra que si se quiere evitar la imposición o la agresión armada es menester arribar a un consenso que tenga en cuenta las costumbres, creencias y valores de cada parte enfrentada. Para ello es necesaria la negociación o el diálogo, en el que puede intervenir una entidad mediadora, como el defensor del pueblo, un tribunal internacional, la ONU o cualquier organismo supranacional que actúe como árbitro y facilite la creación de un pacto o acuerdo que sea respetado por ambas partes.

CAMBIO SOCIAL

Los hábitos, costumbres y sistemas de valores de cada sociedad van cambiando con el transcurso del tiempo. La sociología considera esta evolución como un elemento normal y característico de la sociedad. Tales transformaciones de la estructura social repercuten también en los valores culturales, científicos o económicos que ésta posee. Los cambios sociales tales son, por tanto, las variaciones que afectan a uno o a más elementos observables de una sociedad y que se pueden comparar en el tiempo, entre una época y otra posterior. Para constatar la existencia de un cambio real es necesario que se produzca una diferencia entre la situación social anterior y la actual; que el cambio se haya producido en el tiempo, es decir, que se trate de una sucesión temporal y, por último, que tal cambio persista y no se trate sólo de una costumbre pasajera.

Los cambios sociales afectan también a los valores de las personas; estos en cuanto tales no varían, pero la manera de asimilamos o de vivenciarlos por parte de los individuos sí que puede cambiar. Ciertamente el sector de la burguesía española de principios del siglo xx, por ejemplo, practicaba a escondidas el adulterio o el concubinato, sin embargo, no soportaba la publicidad del mismo ni el divorcio. Se podía ser hipócrita siempre que se fuera discreto. El matrimonio seguía considerándose como un valor social que no se podía romper pero se vivenciaba de manera engañosa e infiel. Es evidente que tal comportamiento ha experimentado un cambio profundo. En la sociedad española actual el divorcio ya no escandaliza como antes y las relaciones de pareja se han liberalizado ante la opinión pública.

También en el ámbito cristiano este asunto suele verse desde una perspectiva más tolerante, aunque desde la fe evangélica el valor del matrimonio y de la fidelidad conyugal continúa siendo para la mayoría de los creyentes tanpreciado como antaño.

Los principales factores que influyen en el cambio social son: el entorno físico, el sistema de autoridad o de organización política y la religión. El entorno ambiental constituye las coordenadas básicas que delimitan el espacio y los recursos naturales que la sociedad necesita para sobrevivir. Esto se aprecia bien en los pueblos esquimales, en los beduinos del desierto o en los pigmeos que viven en la selva centroafricana, pero también interviene en las sociedades occidentales



RELIGIÓN

La primera verdad sociológica en relación al tema de la religión es que ésta se da en todas las sociedades humanas conocidas (Giddens, 1998). La arqueología y la paleontología demuestran que las culturas más antiguas que se conocen presentan ya vestigios de religiosidad. Esto no significa ni mucho menos que todas las religiones acepten la existencia de un único Dios creador que gobierne el mundo. Hay religiones sin ningún tipo de dioses; otras, que carecen de prescripciones morales acerca del comportamiento de los creyentes; algunas no explican cómo llegó existir el mundo y en otras, como el confucianismo, ni siquiera se apela a lo sobrenatural sino sólo a aquello que produce la armonía natural en el universo. Las formas religiosas más importantes varían desde el totemismo y el animismo al judaísmo, el cristianismo y el islam, pasando por las religiones del Extremo Oriente: hinduismo, budismo, confucianismo y taoísmo.

Los tres sociólogos más influyentes en el estudio de las religiones han sido: Marx, Durkheim y Weber. Ninguno de ellos era creyente y además los tres estaban convencidos de que la “ilusión religiosa”, como ellos la llamaban, desaparecería poco a poco de la sociedad moderna. Lino de los principales argumentos que usaron en contra de la religión fue precisamente el de la existencia de tantas religiones repartidas por toda la tierra. El hecho de ser cristiano, judío, musulmán o budista dependía de dónde se había nacido. Esto, en su opinión, hacía inviable la validez de cualquiera de tales creencias.



Marx no estudió nunca la religión en profundidad y se dejó influir por las ideas ateas de Feuerbach, pero estaba convencido de que todas las creencias religiosas no eran más que el producto de la autoalienación del ser humano. Durkheim investigó mucho más que Marx el tema religioso aunque estuvo de acuerdo en que la religión tradicional desaparecería, Llegó a la conclusión de que sería sustituida por alguna otra forma de religiosidad humanista que no supo concretar. Posiblemente la política o cualquier tipo de religión civil que exaltase la libertad, la igualdad y la cooperación social, vendría a llenar el hueco dejado por las religiones clásicas.

Max Weber fue sin duda quien realizó el estudio más exhaustivo de las religiones alrededor del mundo, llegando a la conclusión de que tales creencias eran capaces de provocar grandes cambios sociales.

El puritanismo protestante había sido, en su opinión, la fuente del capitalismo occidental ya que la lucha constante de los creyentes contra el mal y el pecado, estimulaba la rebeldía ante el orden social establecido y abría las puertas al progreso. El éxito material era entendido como signo de aprobación divina. En cambio, otras religiones como las orientales no se habrían abierto al progreso porque fomentaban la pasividad del individuo o la huida de las tareas del mundo material. Comparando los países protestantes con los católicos concluyó que éstos no habían prosperado tanto porque interpretaban el trabajo manual como un castigo y no como un don de Dios.

El argumento fundamental de estos tres grandes sociólogos acerca de que la existencia de tantas religiones echaría por tierra su veracidad demostrando que todas serían falsas, no deja de ser una afirmación subjetiva imposible de demostrar en la realidad. Existe otra respuesta que se desprende de las mismas páginas de la revelación bíblica, aquella en la que el apóstol Pablo escribiendo a los romanos les dice:

“Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. [...] ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén” (Ro. 1:21-25).

Pablo se refiere aquí a todos los paganos de la historia que, aunque muchos de ellos en su intuición natural abrigaban la idea de un Dios creador del universo, se negaron a adorarlo y prefirieron volverse a la idolatría más burda. Se construyeron ídolos con apariencia humana y de diversos animales para rendirles culto.

Fabricaron sus propias religiones politeístas e infundieron a sus dioses las mismas deplorables pasiones que anidan en el alma humana. Se esforzaron por allegarse a la divinidad porque en lo más hondo de su ser seguían teniendo necesidad de trascendencia. El vacío de Dios les motivó, por consiguiente, a la invención de tanta religiosidad hueca incapaz de saciar la sed espiritual del hombre. Por eso existen tantas religiones en el mundo.

Sin embargo, es imposible incluir de forma coherente el verdadero cristianismo, el de Cristo, en ese mismo saco porque no se trata de una “religión” en el sentido que habitualmente se le da a este término, sino de una “relación” personal con Jesucristo. Las religiones son esfuerzos humanos por aferrarse al ropaje divino o por conectar con el sentido oculto del cosmos. No obstante, el Evangelio enseña que la condición humana por sí misma es incapaz de alcanzar a Dios y que requiere, por tanto, que sea Él quien le tienda la mano. El individuo por más religioso que sea no puede salvarse a sí mismo sino que necesita que el Creador se haga hombre.



**No pueden servir
a Dios y al dinero.**



Serpiente es la soberbia, serpiente es la avaricia,
serpiente la lujuria, la ira, y la gula, serpiente la
envidia; la pereza no es serpiente porque no pica, es
un animal inmundo que duerme en su fango su
sueño perpetuo

(Juan Montalvo)

SOCIOLOGÍA Y CRISTIANISMO

Como consecuencia de lo dicho anteriormente, es posible que el joven estudiante que con una visión cristiana de la vida se adentra en el polifacético mundo de los análisis sociales, se sorprenda de ciertas opiniones de sus profesores, o de sociólogos famosos, acerca del fenómeno religioso. Muchos autores asumen, según hemos visto, que todas las religiones, cristianismo incluido, no son más que el producto del contexto en el que han surgido. El pueblo hebreo por ejemplo, suelen decir ciertos pensadores, habría desarrollado el “mito de un Mesías liberador a causa de haber sufrido la esclavitud en diferentes momentos de su accidentada historia. Más tarde, los seguidores de Jesús -en opinión de otros- creyeron ver en su maestro al anhelado libertador y fusionaron así a antigua creencia en el Mesías prometido con el nuevo “mito de la resurrección”.

La fe evangélica sería, por tanto, una cadena de mitos gestionados por la sociedad judeocristiana con el único fin de dar solución al eterno problema humano de la muerte. Pero, en realidad, todo resultaría ser pura ficción. Ni conversión, ni resurrección, ni vida eterna. Lo único sería aquello que podemos constatar mediante nuestros sentidos, ¿pueden considerarse tales ideas como deducciones verdaderas de la ciencia social? ¿Es posible dar una respuesta coherente a estos argumentos?

Ya vimos anteriormente que la sociología surgió en un contexto humanista escéptico a las cuestiones religiosas. El ideal de muchos estudiosos durante el siglo XIX fue cambiar la sociedad. Alejar de ella las creencias que propagaba la religión y sustituirlas por nuevos valores seculares fundados en los conceptos modernos de igualdad, libertad y democracia. También se señaló que en la actualidad aquella antigua furia antirreligiosa ha ido perdiendo poco a poco casi todo su vigor.

Hoy la mayoría de los sociólogos se despreocupan de las preguntas existenciales y si se dedican al estudio de la religión, se concentran casi siempre en la influencia que ésta ejerce sobre la economía o los comportamientos sociales. No obstante, a pesar de esta tendencia general todavía es posible toparse con profesores que defienden vehementemente los modelos antirreligiosos de los primeros tiempos.

La convicción de que la ciencia acabará sustituyendo por completo a la fe, les hace adoptar actitudes arrogantes e intransigentes o a dogmatizar sobre cuestiones espirituales que ellos, a título personal, jamás han experimentado. No es lo mismo defender una creencia propia, lo cual es muy legítimo que intentar convencer al alumnado de que tal creencia está demostrada por la sociología.

Debe admitirse, como se ha señalado, que el estudio de lo social no es capaz de ofrecer una visión total del ser humano.

Con mucho podrá aportar detalles de su comportamiento en sociedad e incluso obtener resultados excelentes en cuanto a mejoras sociales que, desde la perspectiva del creyente, pueden ser del agrado de Dios. Sin embargo, la fe cristiana defiende que el hombre es mucho más que un cerebro metido en un cuerpo físico que se relaciona con sus semejantes. Se trata además de un sujeto poseedor de conciencia, moralidad y espiritualidad. Dimensiones éstas que no siempre se tienen suficientemente en cuenta en los estudios sociales. Los modelos mecanicistas propios de las ciencias experimentales no deben ser aplicados de forma indiscriminada a las ciencias sociales o humanas. No es posible estudiar las relaciones entre personas de la misma manera que se investiga el comportamiento de las aves o de los gorilas. Tal realidad obliga a ser prudentes y a huir de las presuposiciones no comprobadas.

Es obvio que cada sociólogo posee sus propios valores y sus particulares creencias pero la disciplina que lleva a cabo tiene que ser necesariamente neutra. Como escribe el profesor Peter Berger: “El sociólogo tendrá, por tanto, sus propios valores: como ciudadano, como particular, como miembro de un grupo religioso o de cualquier clase de asociación. Pero dentro del ámbito de su actuación como sociólogo debe prevalecer un único valor esencial: el de la integridad científica” (Berger, 1995:18).

La sociología no puede partir de ninguna idea preconcebida sobre el ser humano, la sociedad, la religión o la familia. Cuando alguien afirma, en nombre de la ciencia social, ideas que no proceden de estudios rigurosos sino que responden más bien a prejuicios personales, se descalifica automáticamente y realiza un flaco servicio a la sociología. Las discrepancias entre sociología y cristianismo, que en ocasiones se airean con intenciones claramente partidistas, surgen casi siempre de tales supuestos previos que no están confirmados por la ciencia de lo social.

La lista de tales suposiciones indemostrables que nada tienen que ver con la verdadera sociología, viene encabezada por el enunciado de que Dios no existe. Le sigue inmediatamente el de que no hay tampoco verdadera revelación divina, que la creencia en un mundo sobrenatural es un invento humano ya superado por la cultura científica o tecnológica. El catálogo de ideas ateas se engruesa añadiéndole que son las crisis económicas, la pobreza o la mortalidad el principal caldo de cultivo que induce al ser humano a buscar el consuelo de la fe. Para poder sobrevivir en un mundo cruel y despiadado sería necesario desarrollar la esperanza de lo divino. De manera que la “mentira religiosa”, en la que los creyentes creen con sinceridad, se convertiría en el principal instrumento de dominación que las clases dominantes utilizarían para controlar y manipular al resto de la población.

La experiencia personal de la fe religiosa, así como la creencia de que la Biblia es la revelación de Dios, son asuntos que no pueden ser cuestionados por el análisis sociológico porque escapan a toda metodología que pretenda ser científica. Asumir que sólo existe aquello a lo que nuestros sentidos físicos tienen acceso es también un acto de fe. Decir que la conversión o la relación personal con Jesucristo a través de la oración es pura sugestión psicológica condicionada por el entorno social, es manifestar una convicción propia que desde luego puede ser cierta, pero también falsa. No obstante, pretender que tal afirmación sea una conclusión evidente de la ciencia social es simplemente faltar a la verdad. Afirmar no es lo mismo que demostrar. Ni la existencia de un Dios creador puede ser probada o “desaprobada” por la ciencia, ni la comunión espiritual con Cristo es algo en lo que la sociología, como investigación material humana, pueda honestamente inmiscuirse o decimos la última palabra.

La voluntad de Dios, expresada en las Sagradas Escrituras, siempre encontró una notable resistencia por parte de los seres humanos a quienes iba dirigida. Los profetas que anunciaron los mandamientos divinos al pueblo de Israel y después a la Iglesia primitiva, fueron testigos directos del rechazo que sufría la Palabra de forma casi constante. La cuestión que se plantea es obvia. ¿Por qué arraigó la fe cristiana frente a tanta oposición? ¿Cómo explicar que el mundo occidental abrazara la doctrina de Jesús? Si es verdad, según aseguran algunos autores, que el cristianismo es un invento humano restrictivo y que coarta la libertad mediante mandamientos difíciles de aceptar y cumplir ¿cómo pudo prosperar en inferioridad de condiciones y en medio de otras muchas religiones paganas circundantes que toleraban el libertinaje sexual o practicaban una moral muy relajada? ¿No resulta paradójico este progreso de la fe cristiana?

ES MÁS UNA ÉTICA SOCIAL QUE DE LA PERSONA. ANALIZA LOS :

**SOCIOLOGÍA DEL
MOVIMIENTO DE JESÚS**

1. ROLES: muestras típicas de comportamiento

1. Forma social de los carismáticos ambulantes o itinerantes
2. Forma social de las comunidades locales

2. FACTORES:

1. socio-económicos
2. socio-ecológicos
3. socio-políticos
4. socio-culturales

3. FUNCIONES: repercusión en la sociedad y en el movimiento de Jesús.

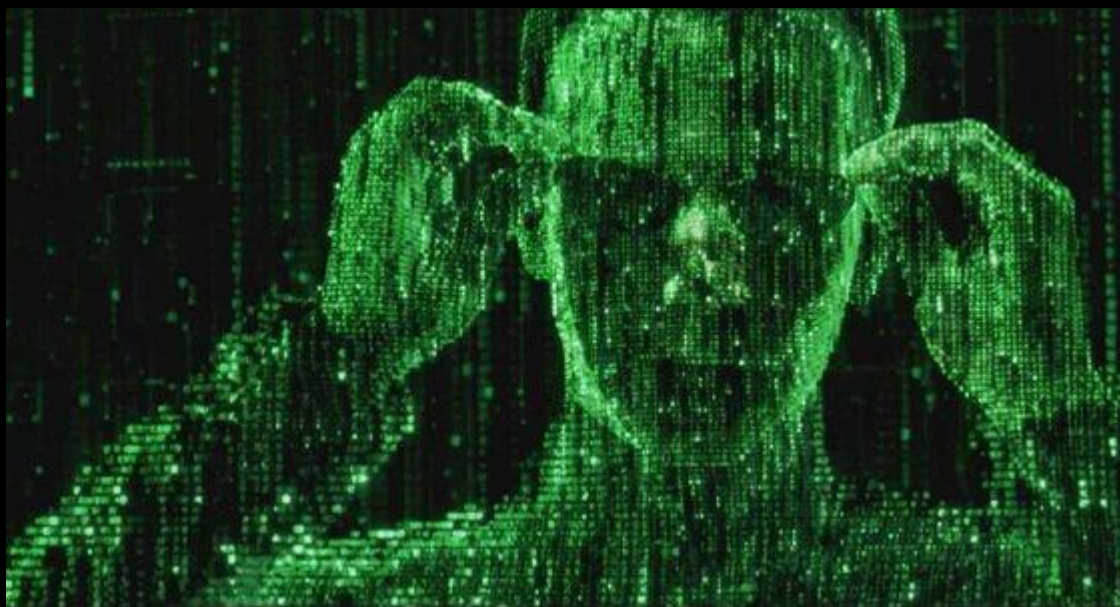
Es verdad que todo individuo es influido por la cultura en la que nace y vive pero esta realidad social, que puede ser más o menos impactante, no puede eliminar la creencia en un Dios providente que mueve los hilos de la historia. La fe cristiana asume que es el poder de Dios, algo exterior a la realidad observable, lo que capacita a los creyentes para vivir su cristianismo y permanecer fieles al Señor en medio de una sociedad reacia e incrédula. La revelación bíblica, aunque inculturada en el mundo judío, griego y romano de la antigüedad, no tuvo su origen en el hombre sino en un agente externo a la humanidad: el Creador del universo. El mismo que le manifestó al profeta Jeremías: “He aquí he puesto mis palabras en tu boca” (Jeremías 1:9). Él y sólo Él sigue teniendo la última palabra y el control de la historia humana. Esta clase de fe no es ni será nunca cuestionada por la verdadera sociología.

DE LA UTOPIÍA , AL MITO SOCIAL

En el ámbito sociológico por “utopía” suele entenderse la “sociedad imaginaria perfecta”. El primero en utilizar este término fue Tomás Moro en su famosa obra Utopía (1516), en la que describió una sociedad que no se encontraba en ningún lugar concreto de la Tierra (en griego utopos, cuyos pobladores vivían felizmente sin problemas sociales gracias a la igualdad que reinaba entre ellos y al correcto ejercicio de la política. El pensamiento de Moro influyó en otros autores desde el Renacimiento hasta nuestros días, provocando la aparición de libros como La ciudad afortunada de Francescco Patrizi en 1551, La ciudad del sol de Tommaso Campanella (1623) en el que se ponía la confianza en la técnica rumana para erradicar la injusticia social, o Nueva Atlántida de Franca Bacon (1627) que también seguía la misma línea.

En realidad no es posible negar el notable influjo que sobre todos estos ideales ejerció la pernera obra utópica de la humanidad, la República de Platón, que profecía un modelo perfecto para la organización de la ciudad. Después de estas generaciones de utopistas, el siglo xx vio cómo se llevaban a la práctica promovidos por distintas ideologías, utopismos de izquierda y de derecha. Desde el bolchevismo soviético o el maoísmo chino hasta el nazismo y el fascismo, así como desde la creación de comunas, después de las revueltas estudiantiles de Mayo del 68, hasta las actuales utopías ecologistas o “ecotopías”.

El ser humano siempre ha soñado con cambiar la sociedad para conseguir la felicidad aquí en la Tierra. Lo malo es que paradójicamente, en demasiadas ocasiones, tales experimentos sólo han servido para derramar sangre inocente de millones de criaturas.

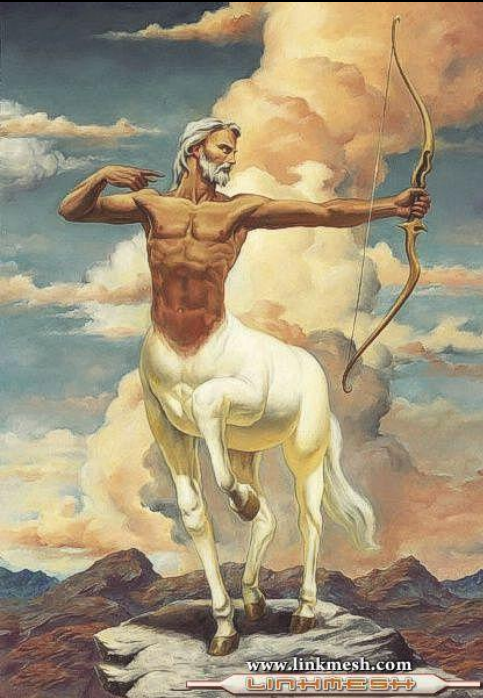


La tentación de fabricar arpias sociales fundamentadas exclusivamente en la razón humana ha conducido casi siempre al engendro de quimeras esclavizantes. Y es que como señalara el gran maestro Goya en uno de sus famosos grabados: “el sueño de la razón produce monstruos”. Cuando las empresas del hombre prescinden conscientemente de Dios o de la dimensión trascendente para apoyarse sólo en doctrinas de origen humano y así “arreglar” la vida en sociedad, tarde o temprano, la Tierra se llena de dioses humanos monstruosos y alienantes.

Muchas de tales utopías que anhelaban la sociedad perfecta forjaron auténticos mitos sociales que contribuyeron a fundar lo que hoy se conoce como ciencias sociales. Otros autores, sin ser utopistas, aportaron también sus ideas a la creación de estos mitos.

Actualmente se acepta que las creencias susceptibles de convertirse en modelos o prototipos para la sociedad y ser capaces de organizar la existencia humana, son las que forman los mitos en todas las épocas. La psicología y la sociología modernas han puesto de manifiesto, en contra de lo que el racionalismo y el positivismo pensaban, que el hombre actual, igual que el de otros períodos de la historia, sigue necesitando y creando mitos para poder sobrevivir. Es como si el mito soportara todo el sistema de valores sobre el que se organizan los seres humanos. Las tesis de los primeros sociólogos que preveían una sociedad futura basada exclusivamente en la razón y la ciencia, se han demostrado completamente equivocadas. A pesar de la tecnología y los avances científicos, la realidad es que las sociedades del tercer milenio continúan, como veremos, apoyándose en los mitos humanos.

MITOS DE LA HUMANIDAD



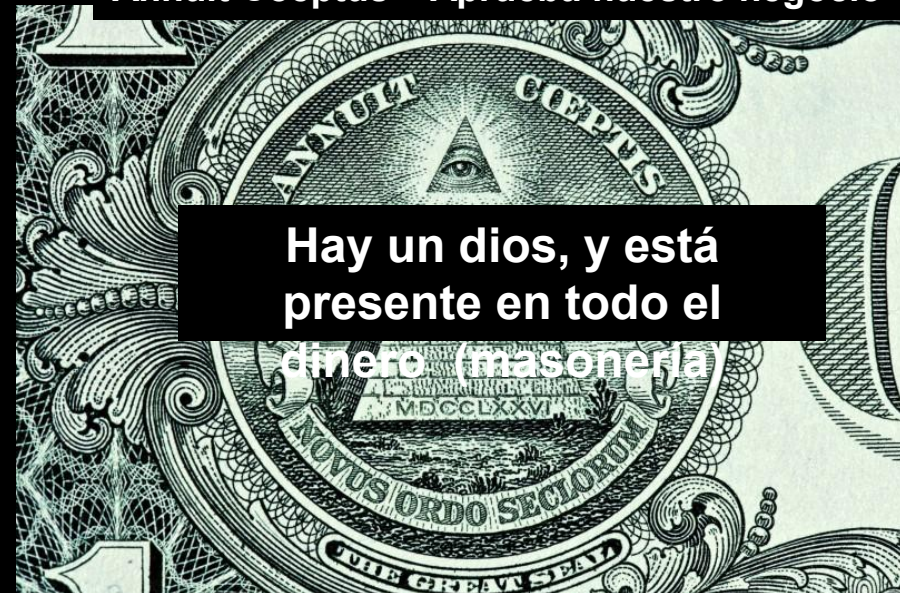
Mitos griegos: el centauro y
el dios Zeus



Mito Romano: la diosa
minerva o diosa del olivo.



El ojo de la providencia
Annuit Coeptus = Aprueba nuestro negocio



Hay un dios, y está
presente en todo el
dinero (masonería)

<https://www.youtube.com/watch?v=lcojqZ7H5Ts>

Guiones para estudiantes Wesley

**INTRODUCCIÓN A LA
SOCIOLOGÍA**

Clase 3

10

**MITOS CLAVES
DE LA
MODERNIDAD**



El término “mito” es de origen griego y significa literalmente: “palabra explicada, discurso o narración”. Según esta definición el mito puede entenderse como la explicación de las relaciones sociales. Aquello que hace posible al hombre encontrar su lugar en el mundo, fortalecer sus lazos con los demás seres humanos y sustentar un determinado sistema de valores, aunque éstos se apoyen sobre algo que nadie ha visto ni comprobado jamás. Si en los mitos primitivos intervenían actores imaginarios, héroes, semidioses o personajes fantásticos que realizaban proezas asombrosas con el fin de, por ejemplo, traer el fuego a los hombres como es el caso de Prometeo.

"LA UTOPIÍA DEL PROGRESO"



En los mitos modernos interesa más lo que está detrás de la causa social, que habría provocado tal o cual aspecto de la vida en comunidad. Pero en ambas tradiciones se trata siempre de lo mismo, buscar una explicación que procure aclarar el misterio. El problema principal que plantean todos los mitos es precisamente el de su verificación. Los ritos que ciertas civilizaciones repiten periódicamente su evento, de tal manera que pueden servir para actualizar el mito, pero nunca para demostrarlo. El acto de fe resulta siempre imprescindible en la fundamentación mítica.

Las ciencias sociales se han elaborado también, a partir de unas hipótesis de base que, en determinados casos, constituyen auténticos mitos fundadores.

A lo largo de la historia de la sociología se han aceptado principios indemostrables como si se trataran de verdades fundamentales, sobre las que construye el edificio del estudio social. En este sentido, hay que dar por descontado que las ideas de Hobbes acerca del contrato social o las de Locke sobre la propiedad privada eran verdaderas y debían ser admitidas sin discusión. Lo mismo ocurrió con el mito rousseauniano que afirmaba la responsabilidad de la sociedad sobre la conducta delictiva de los individuos, o con el de los tres estadios por los que, según Comte habría pasado la humanidad en su desarrollo evolutivo. No obstante, lo cierto es que la popularidad y el prestigio alcanzado por pensadores como Hegel, Marx, Darwin, o Freud, se debe más al vigor que supieron darle a sus ideologías y al momento histórico en que las propusieron, que sus verdaderas aportaciones científicas (Claval, 1991: 266).

Veamos algunos de tales mitos sociales propios de la época moderna y las repercusiones que han tenido después en el comportamiento de la humanidad.

El mito es una creencia creada por el hombre para dar sentido o propósito a un grupo humano. Los creadores de los mitos, están influenciados por la cultura de su tiempo, y al escribir sus historias, relatos o hechos de sus héroes, motivan la conducta de su grupo o generación.

La fe también es una creencia. Pero a diferencia del mito, es que, es Dios mismo, a través de Jesucristo, quién es el que llama, es el que perdona el pecado a través del arrepentimiento, es el que llena el corazón del hombre con la paz que sobrepasa todo entendimiento, (Filipenses 4:7), y el que da la fuerza para tomar la cruz de cada día y poder seguirlo, (Mateo 16:24). A pesar de ir en contra de los deseos egoístas del hombre, es el que da fundamento a la familia en forma real y al grupo de familias que forman la sociedad. Todo esto es posible solo al que cree en él como Dios y como hombre.

PRIMER MITO. El mito del príncipe, “El fin justifica los medios”.

« *Finis est licitus, etiam media* »

“Porque un hombre que quiera hacer en todos los puntos profesión de bueno, labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son. Por todo ello es necesario a un príncipe, si se quiere mantener, que aprenda a no ser bueno y a usar o no usar de esta capacidad en función de la necesidad.” MAQUIAVELO, *El Príncipe*, (1996: 83)

En contra de lo que se cree, **Nicolás Maquiavelo** fue un buen padre de familia y un diplomático italiano que representó a su país en Francia, Alemania y en otros estados italianos. Como político le tocó ver las rivalidades entre los gobernantes y cómo ellos dejando atrás la moral, usaron de la astucia y el engaño para lograr sus propios fines. Estas experiencias le llevaron a escribir su libro *el Príncipe*. Sin embargo, en su tiempo no fue reconocido, sino que fue encarcelado, torturado y después desterrado. Poco después de su muerte, sus escritos se hicieron famosos. Reyes, como Enrique III y Enrique IV, se sabían de memoria capítulos completos de su libro. Hoy en día, es considerado como el fundador de la ciencia política moderna.

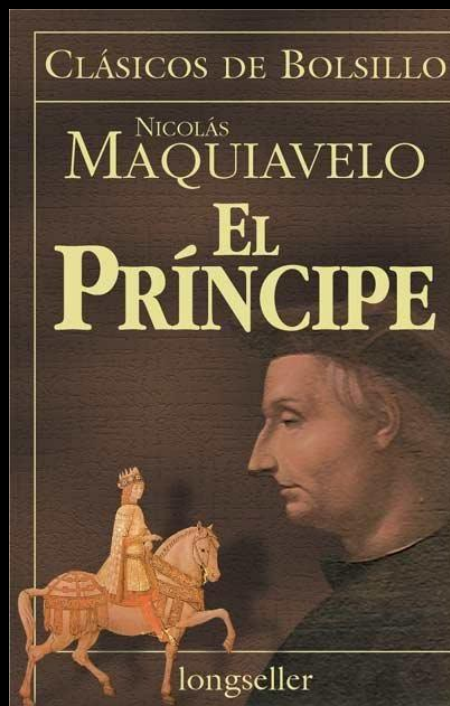
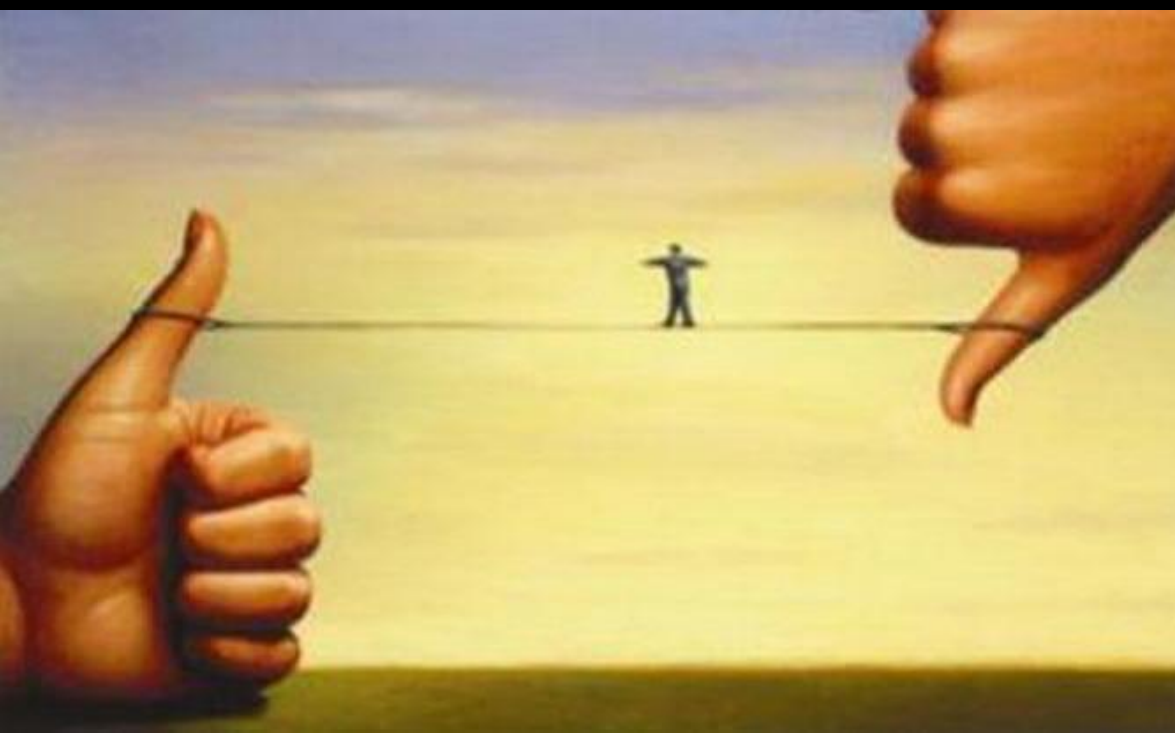
Maquiavelo afirmó que para conservar el Estado, el príncipe debía incurrir en ciertos vicios. Creía que las acciones de los hombres dependían de la perspectiva a través de la cual se mirasen. Había cosas aparentemente buenas que en realidad podían ser malas, así como vicios susceptibles de trastocarse en virtudes. Propuso que el concepto medieval cristiano de “virtud” fuese cambiado por el de virtud política. Es decir, la aplicación de una fría y técnica racionalidad del poder, más preocupada por el éxito de sus logros que por los medios empleados en alcanzarlos, la virtud de saber acallar la conciencia cuando el gobierno lo exigiera. Una auténtica “razón de Estado” que, aunque no fuera mencionada expresamente por Maquiavelo, podía en ocasiones violar las más elementales normas morales. Lo importante debía ser siempre el éxito del gobernante, para lo cual el empleo de la mala fe era a veces necesario. Esta manera de razonar revela un profundo escepticismo hacia la naturaleza humana.



El fin no puede justificar los medios, por la simple y obvia razón de que los medios empleados determinan la naturaleza de los fines producidos.

(Aldous Huxley)

akifrases.com



La preferencia que debe tener todo monarca por ser temido antes que amado y, en fin, la convicción de que las injusticias hay que hacerlas todas a la vez para no temer la posible venganza. Quien propicia el poder de otro estaría socavando su propia destrucción en el futuro, por eso el que conquista nuevos territorios tiene en primer lugar que “extinguir la familia del antiguo príncipe”. La lista de máximas inmorales se multiplica a lo largo de El Príncipe hasta concluir en la idea final del majestuoso fin, capaz de justificar toda clase de medios:

“...en las acciones de todos los hombres..., se atiende al fin. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar su Estado, y los medios siempre serán juzgados honrosos y ensalzados por todos, pues el vulgo se deja seducir por las apariencias y por el resultado final de las cosas, y en el mundo no hay más que vulgo” (Maquiavelo, 1996: 92).

MAQUIAVELO A LA LUZ DEL EVANGELIO.

El concepto neotestamentario de humildad resulta incompatible con el mito de Maquiavelo. La virtud de actuar sin orgullo reconociendo siempre las propias limitaciones, se contempla en El Príncipe, desde es misma perspectiva se contempla en el mundo clásico. La cultura romano-helénica concebía la humildad como un vicio característico de los esclavos. Ser humilde era ser débil. Sin embargo, el hombre libre que se respetaba a sí mismo no debía renunciar jamás a la autoafirmación. No es de extrañar que en tal ambiente la doctrina cristiana encontrase notable resistencia.

Cuando Pablo les dice a los filipenses: “nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno de los demás como superiores a él mismo” (Filipenses. 2:3), estas palabras debían señalar como algo radical y revolucionario porque alentaban al cambio de costumbres.

De manera que la ética cristiana concebirá la humildad como algo muy positivo, precisamente porque también Cristo “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses. 2:7, 8). Si el Hijo de Dios supo humillarse, la humildad debe ser característica de toda vida cristiana. Esto es algo que la filosofía de Maquiavelo nunca podrá asumir.

Otro tanto ocurrirá con la veracidad de las palabras. Si en el mito del príncipe, nuevo la mentira es considerada casi como moneda de cambio necesaria para el ejercicio de la política, la ética de Jesús no solamente rechaza el juramento frívolo e irreflexivo, sino que exige del creyente que sea una persona de palabra. Mateo recoge las frases del Maestro tuerca de los juramentos: “Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos.

Pero yo os ligo: No juréis en ninguna manera... Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede” (Mt. 5:33-37). Cuando se habla la verdad cualquier juramento resulta superfluo. El cristiano debe aspirar a vivir en la sencillez y en la prudencia del lenguaje porque cuando esto no se pone en práctica pronto germina la mentira. Un embuste abre la puerta a otro y el hombre mentiroso termina porque ni cree ni es creído por nadie. De estas palabras de Cristo se deduce que el Maligno, el que es padre de toda mentira, al introducir la falsedad en el cosmos, provocó el que los hombres empezaran también a jurar por el cielo, la tierra y el propio Dios. Los mentirosos están siempre dispuestos a jurar por lo que sea. Sin embargo, esta no es la voluntad del Creador.

A pesar de que en el círculo más íntimo de sus discípulos había antiguos zelotes, como Simón Zelote y posiblemente Judas Iscariote, el Maestro rehusó sistemáticamente la violencia y el extremismo característico de estos nacionalistas. Cuando en Lucas 22:36-38 Jesús recomienda a sus discípulos que quien no tenga espada, venda su capa y se compre una, no está haciendo apología de la violencia. Casi todos los comentaristas están de acuerdo en que estas palabras deben entenderse en sentido figurado. La intención del Señor fue decirles que los tiempos tranquilos se habían terminado. A partir de ese momento la predicación del mensaje cristiano iba a pasar por etapas de odio, rechazo y persecución. Jesús utilizó un tono irónico para expresar la necesidad, por parte de sus mensajeros, de tener una actitud de lucha contra las adversidades venideras.

Tal consejo no debía entenderse de forma literal o al pie de la letra como hicieron sus oyentes. De ahí que al sugerirle: “Señor, aquí hay dos espadas”, Jesús les respondiera con tristeza y algo de frustración, al comprobar que no le habían comprendido: “Basta”. Después, ante la pregunta directa de uno de sus discípulos: “Señor ¿heriremos a espada?”, el Maestro volvió a responder: “Basta ya; dejad” (Lucas. 22:49-51) y sanó la oreja cortada al siervo del sumo sacerdote. Pero donde se concreta más explícitamente este rechazo de Cristo a la violencia de las armas es en el relato que ofrece Mateo: “Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mt. 26:52). No hay ningún tipo de duda, Jesús no fue un zelote violento y extremista sino que, por el contrario, siempre fomentó la paz y se opuso a las agresiones físicas entre las personas.



Tampoco debiera pensarse que el Señor fue un perfecto apolítico despreocupado de las cuestiones del Estado o de la vida pública de su comunidad. Las interesantes palabras que recopila Marcos así lo dan a entender: “Respondiendo Jesús, les dijo: Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Marcos. 12:17).

El apóstol Pablo siguió también la misma línea argumentativa que Jesús. Los siete primeros versículos del capítulo trece de la epístola a los Romanos, a pesar de haber sufrido distorsiones por parte de ciertos comentaristas que creyeron ver en ellos la justificación evangélica para una actitud servil de sumisión al Estado, sugieren simplemente que el cristiano debe respetar las leyes civiles del país en que vive. No es ético que un creyente eluda las obligaciones que comparte con el resto de los ciudadanos.

El argumento principal de Pablo es que, en definitiva, la autoridad ha sido establecida por Dios, incluso aunque ella misma no quiera admitirlo.

Seguramente el apóstol se inspiró en el proverbio que dice: “Por mí reinan los reyes, y los príncipes determinan justicia” 8:15) y en las palabras del propio Jesucristo en relación al pago de impuestos. Según la doctrina paulina, los creyentes deben saber que cuando venga el “día del Señor” será él quien reine de forma absoluta (1ªCorintios 15:26-28).

RENÉ DESCARTES (1596-1650)

El mito de la razón, o de la mente humana como fuente de toda verdad

“¿No habrá algún Dios o alguna otra potencia que ponga estos pensamientos en mi espíritu? No es necesario; pues quizá soy yo capaz de producirlos por mí mismo”.

Descartes, Meditaciones metafísicas, (1997: 134).

“Pues, en último término,... no debemos dejarnos persuadir nunca sino por la evidencia de la razón”. Descartes, Meditaciones metafísicas, (1997: 73).

El principal error de Descartes fue, sin duda, pretender demostrar la existencia de Dios y la esencia del alma humana desde la razón física y metafísica. Esta pretensión le provocó una fuerte oposición por parte de filósofos y teólogos tanto católicos como protestantes. Se le acusó de laísmo, escepticismo y pelagianismo. Sin embargo, él sólo pretendió discernir lo verdadero de lo falso: “aplicar mi vida entera -escribió- al cultivo de mi razón y a adelantar cuanto pudiera en el conocimiento de la verdad” (Descartes, 1997: 63).

Pero ¿quién fue, en realidad, este gran pensador francés?, ¿un hombre de ciencia o un hombre de fe? ¿Un católico, o el primer racionalista de la Edad Moderna, que sembró el germen de la incredulidad, propia de la era de la Ilustración?

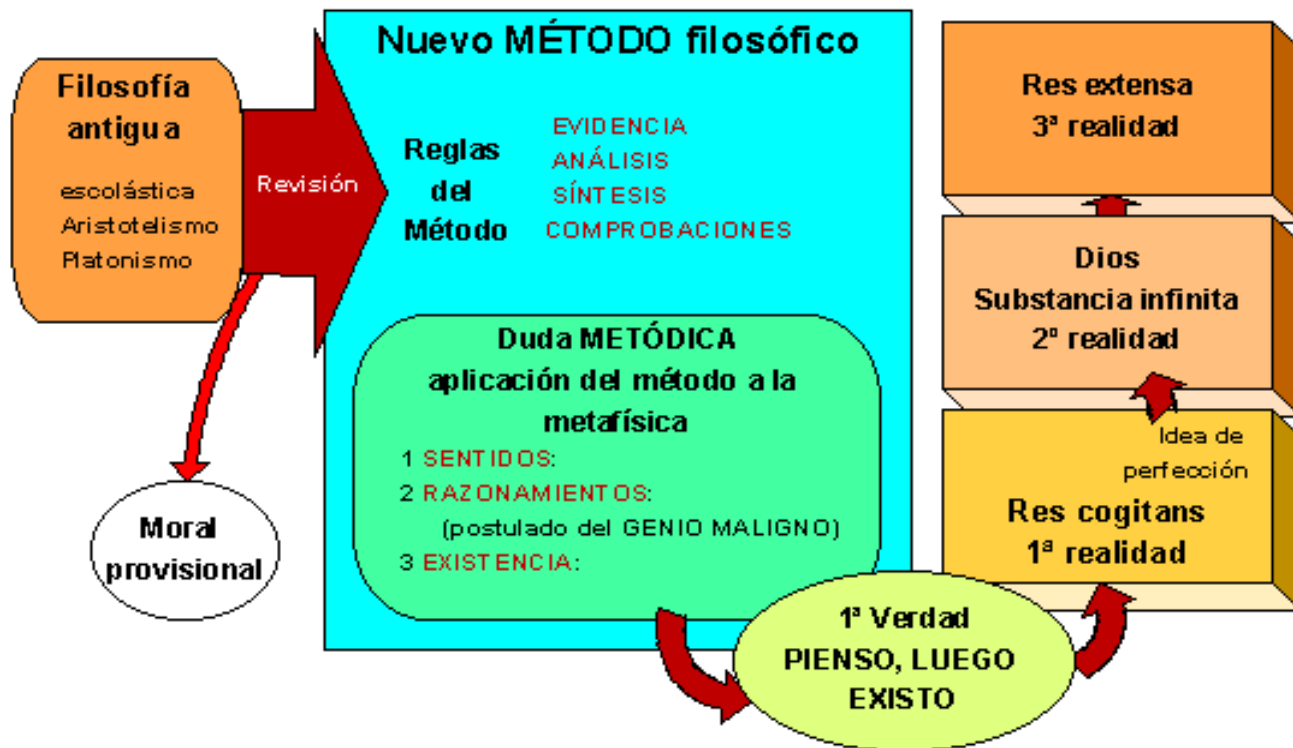
Según afirman sus múltiples biógrafos, Descartes profesó la fe católica durante toda su vida. Aceptó la providencia de Dios pero, a la vez, sentó las bases, para asumir que el hombre era la medida de todas las cosas. El giro de pensamiento, al que dio inicio, consistió precisamente en pasar del considerar a Dios como el centro de todas las cosas, al moderno pensamiento de que el hombre es el centro de todas las cosas. Si en el pasado, el autor Solvafole había pensado la realidad a partir de la fe en Dios, el método de Descartes propuso toda su teoría partiendo de la conciencia del propio hombre.

EDICIONES
ALFAGUARA
S.C.A.

RENE DESCARTES

MEDITACIONES METAFISICAS CON OBJECIONES Y RESPUESTAS

Introducción,
Traducción y Notas
Vidal Peña



RENÉ DESCARTES (La Haya; Francia, 1596 - Estocolmo, Suecia 1650)

Sus principales obras son:

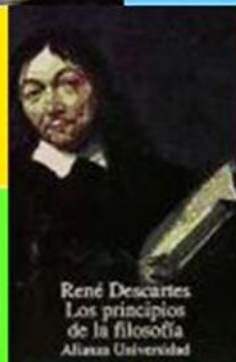
Discurso del método 1637



Meditaciones metafísicas 1641



Los principios de la filosofía 1644



Las pasiones del alma 1649

René Descartes
Las pasiones del alma



Reglas para la dirección del espíritu 1701

René Descartes
**Reglas
para la dirección
del espíritu**



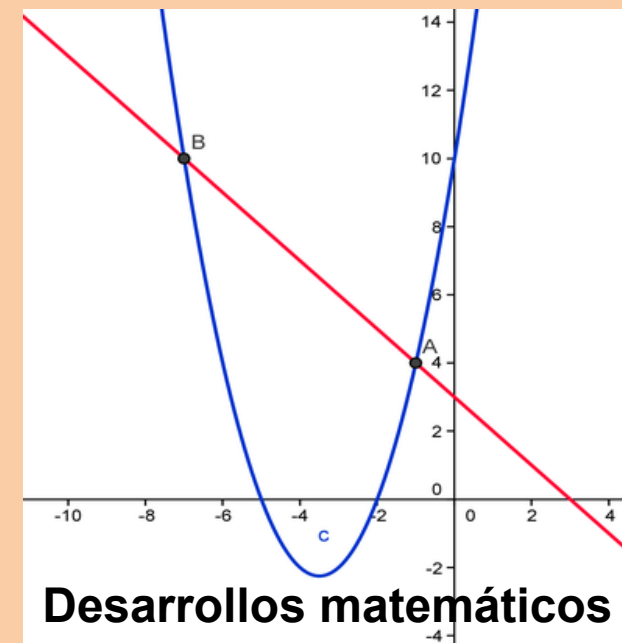
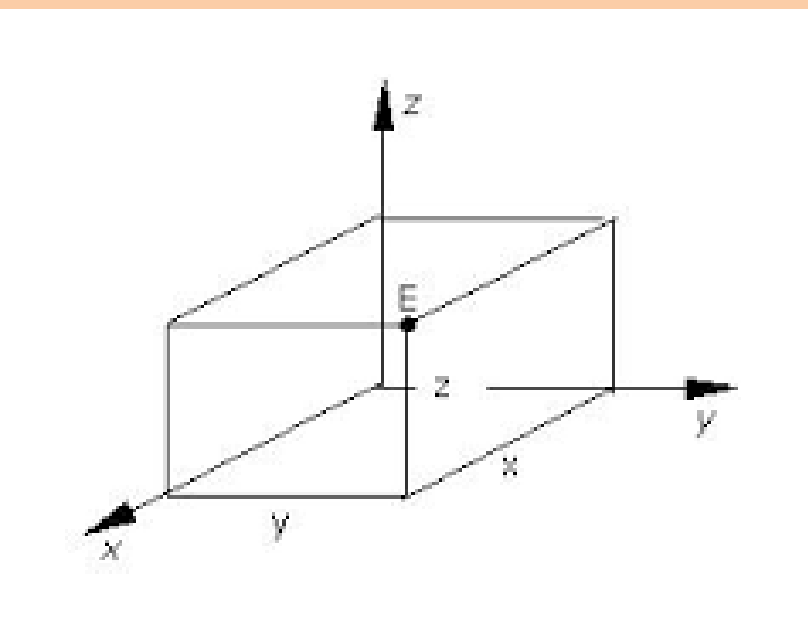
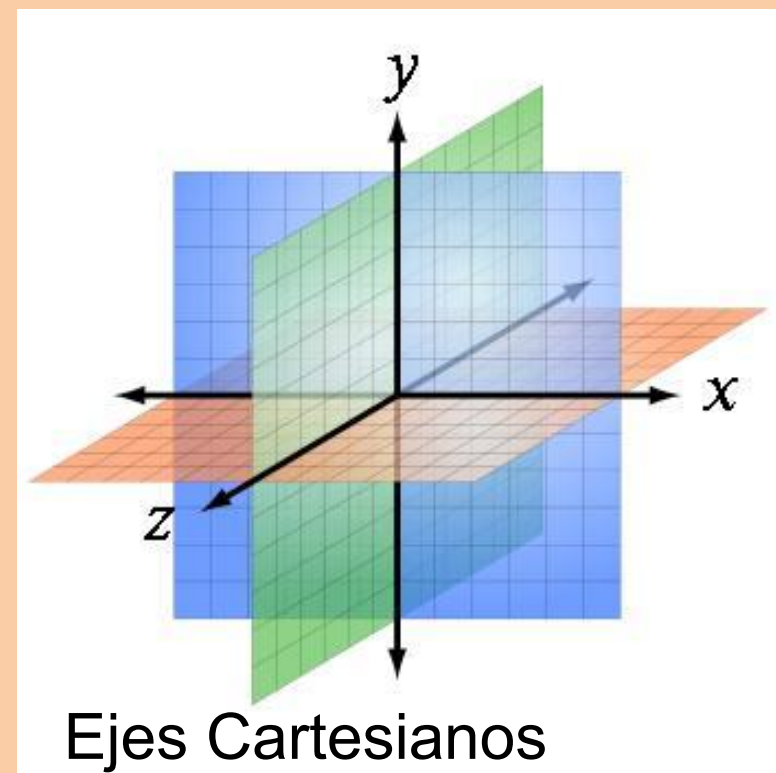
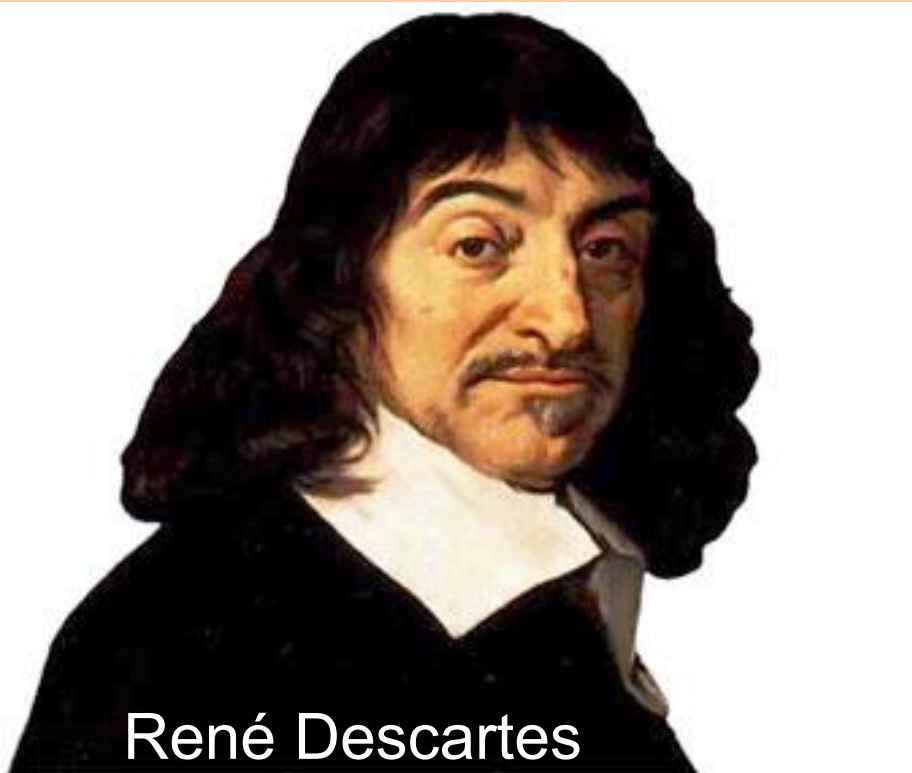
Estudio preliminar y notas de
José Antonio Martínez Martínez
Traducción de
José Antonio Martínez Martínez
y Pilar Anselmo Buxí

Por eso se le considera como el padre del pensamiento científico y filosófico moderno porque señaló la razón humana como el punto de partida de todo conocimiento. Su filosofía constituye la frontera intelectual entre el Renacimiento y la Edad Moderna ya que inaugura el idealismo. Es decir, la creencia de que la verdadera realidad es el mundo de las ideas y que sólo puede existir aquello que se puede pensar. Estos argumentos serían posteriormente desarrollados por filósofos como Leibniz, Berkeley, Kant y Hegel, entre otros.

El viejo orden teológico y cosmológico llegaría a ser sustituido por las directrices de otra clase de divinidad: la diosa Razón. De manera que en el pensamiento cartesiano aparece uno de los grandes mitos que, a nuestro entender, condicionará también la mentalidad moderna.

El mito de la razón, un gran mito fundador de las ciencias humanas y sociales que concibe al hombre como un ser autónomo gracias a su capacidad para pensar. El ser humano usurpaba así a Dios su centralidad en el universo. La sociedad se entenderá, por tanto, como procedente del individuo y no al revés. Vida de aventura en pos de la verdad

René Descartes nació en la aldea francesa de La Haye, en la Touraine, el 31 de marzo de 1596. Hijo de un juez católico, que fue consejero en el Parlamento de Rennes, perdió a su madre cuando sólo contaba con un año de edad y tuvo que ser criado por una nodriza. A los ocho años ingresó en el colegio jesuita de La Fleche, donde por primera vez entró en contacto con los dogmas de Aristóteles y los escolásticos, contra quienes argumentaría después durante toda la vida. Su elevado nivel intelectual le permitió destacar pronto del resto de los compañeros.



Más tarde, continuó los estudios en la Universidad de Poitiers donde se formó como abogado. Fue una persona intelectualmente inquieta que pretendió descubrir por sí misma aquella razón última de las cosas que, en las instituciones educativas donde se había formado, no logró encontrar.

Descartes creyó firmemente que Dios le había revelado en sueños el método que debía seguir para razonar correctamente en su búsqueda de la verdad. Asumió la empresa de reformar la filosofía de su tiempo en base a la "invención maravillosa" que había recibido por inspiración divina. No sólo escribió sobre filosofía, también se interesó por la física, la meteorología y la biología. Siempre demostró gran respeto hacia la Iglesia católica. Cuando en 1633 se disponía a publicar su Tratado del Mundo, tuvo noticias de la condena de la obra de Galileo por parte de la Iglesia.

Como él mismo aceptaba también la hipótesis de Copérnico acerca de la centralidad del Sol en el Sistema Solar, renunció a su publicación para evitar posibles conflictos. No fue ésta la única obra que dejaría sin publicar. Durante toda su existencia rehusó los cargos públicos así como los prestos de responsabilidad. Prefirió vivir libremente, viajando, escribiendo y experimentando.

Si no dudas es porque no existes. Esta es una de sus afirmaciones más conocidas. Estaba confiado en mis sentidos pero al tiempo he descubierto que los sentidos son engañosos y es prudente no fiarse de ellos. Si lo verdadero lo he recibido de Dios, entonces ¿cómo es que soy engañado? Es porque hay un genio o espíritu astuto burlador y poderoso que quiere engañarme.

¿Vivimos en un mundo irracional y absurdo? Descartes inventó su genios malignas precisamente para que le formulara todas estas preguntas. De cualquier manera, aunque el antiguo mito de la razón propuesto por Descartes, haya demostrado su incapacidad para hacer feliz al hombre y dar lugar a una sociedad justa, sería iluso creer que durante la post- modernidad el ser humano ha renunciado a su tradicional deseo de autonomía e independencia de Dios. Es verdad que hoy proliferan por doquier religiosidades de todo tipo y que muchos individuos procuran saciar su sed espiritual de diferentes maneras, pero el anhelo profundo del alma humana continúa siendo el mismo.

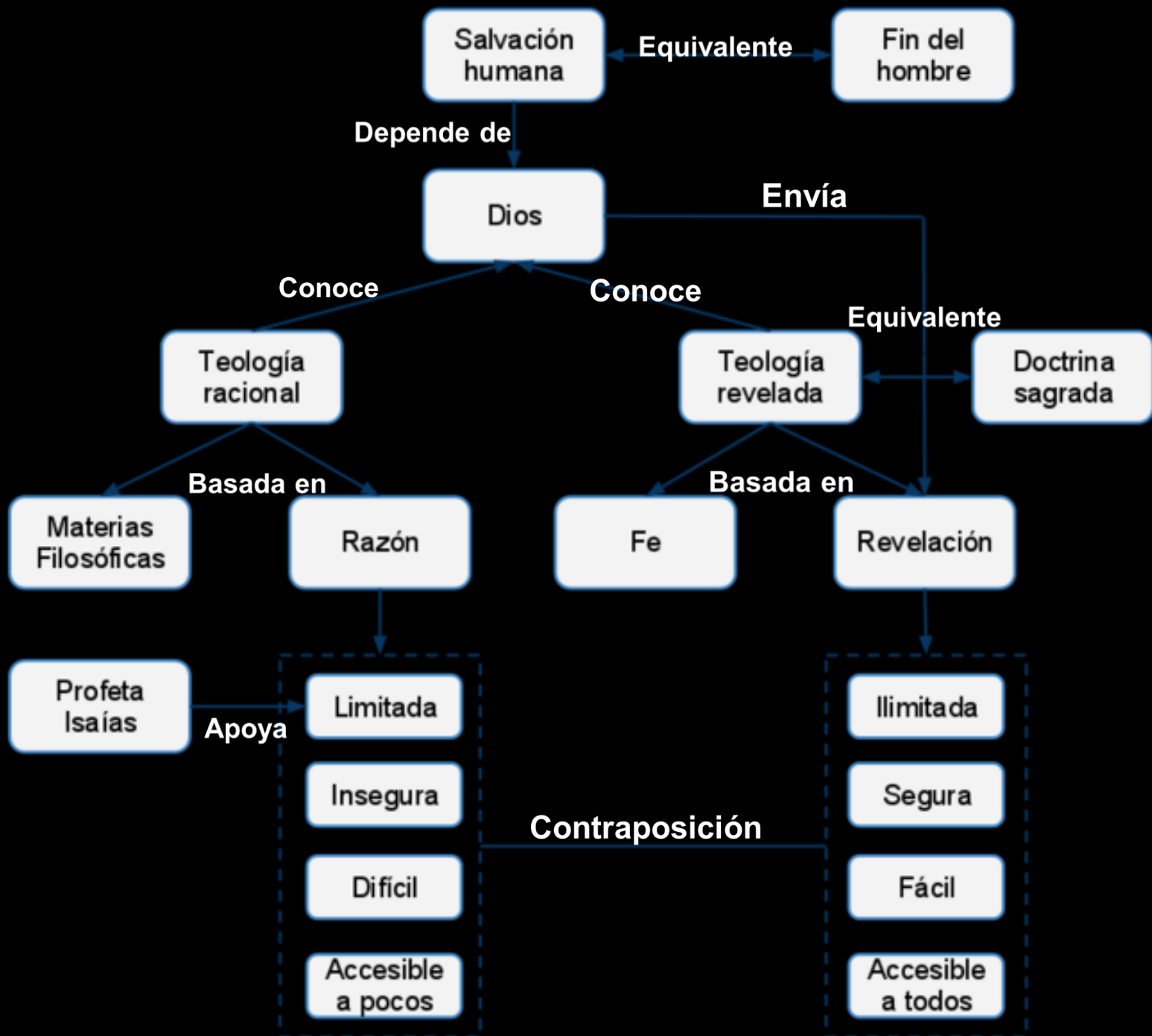
El deseo de probar el fruto prohibido para ser como dioses, la aspiración a la emancipación del Creador y al autogobierno, siguen presentes en todos los rincones de la geografía humana. La fe en que la razón capacita absolutamente al hombre para descubrir toda la realidad y que aquello a lo que la razón no puede dar explicación es porque no existe, no terminó con el positivismo, sino que todavía sobrevive en el sentimiento de muchas criaturas. El mito de Descartes consistente en pensar que la fuente de todo conocimiento verdadero no es Dios sino la experiencia humana, continúa vivo e influye poderosamente en la forma de ver la realidad y entender el mundo que sigue teniendo el hombre contemporáneo.

La Revelación más allá de la Razón.

Como se ha señalado, el pensamiento de Descartes no puede calificarse de filosofía cristiana ya que nunca se refiere a Jesucristo ni a su resurrección. Le interesó más el método para llegar a conocer de manera correcta la realidad, así como las nuevas teorías astronómicas, que intentar demostrar la existencia de Dios o la inmortalidad del alma. No obstante, su obra desprende un cierto aroma apologético y procura respetar los principios básicos de la Iglesia católica. En opinión de Küng, “aun cuando Descartes no hace filosofía cristiana, sí hace filosofía como cristiano” (Küng, 1980: 44). La fe sería para él, el resultado de la voluntad humana que apoyándose en la revelación de Dios podría llegar a conocer la verdad sin necesidad de evidencia. La fe no necesitaría demostraciones como la razón. Algo verdaderamente excepcional.

La razón, por el contrario, requería de un método adecuado para alcanzar la certeza intelectual. Siguiendo las directrices de tal método se podría estar seguro de acceder a la verdad. Descartes dedicó toda su vida a la búsqueda de esta verdad y llegó a la convicción de que realmente la había encontrado.

Sin embargo, alcanzar certeza racional no es lo mismo que poseer seguridad existencial. Tener muchos conocimientos objetivos acerca de la realidad que nos rodea no es lo mismo que saber vivir adecuadamente. La mejor de las ciencias puras cuando se aplica a la realidad, tanto puede servir para el bien como para el mal. Ahí están para confirmarlo los múltiples arsenales militares con sus nuevas tecnología bélicas. Cuando el conocimiento se transforma en instrumento de poder, esclaviza al ser humano. Puede tratarse incluso de algo muy científico pero la certeza que proporciona no sirve para aprender a vivir.



Una parte del ser humano es la razón

VALOR MORAL

Es todo aquello que lleva al hombre a creer y defender su dignidad como persona.

Perfecciona al hombre en cuanto a ser hombre, a hacer uso de la razón

Por ejemplo: el HONOR tiene gran VALOR MORAL.



Todos aman la vida, pero el hombre valiente y honrado aprecia más el honor.
(William Shakespeare)

akifrases.com



Todos aman la vida, pero el hombre valiente y honrado aprecia más el honor.

(William Shakespeare)

akifrases.com

Otra parte del ser humano es el corazón



Además de razón, el hombre posee también corazón. Detrás de las ideas están los sentimientos y estos, a veces, se apoyan en razones inconfesables. El corazón tiene su propia lógica y en numerosas ocasiones se comprueba que esta lógica del sentimiento es, en realidad, el centro espiritual de la persona humana capaz de dirigir su vida, mientras que la certeza puramente racional presenta unos límites que con frecuencia resultan infranqueables.

Una de las principales paradojas de la época moderna, en la que vivió Descartes, fue que buscó ansiosamente la certeza pero produjo incertidumbre. El deseo por descubrir la verdad objetiva condujo al relativismo. Pronto se descubrió que el pensamiento humano por muy racional o apegado al método que fuera no podía reflejar fielmente la realidad pura. La inseguridad empezó a infiltrarse en los conocimientos que podía alcanzar la razón del hombre.

Marx dijo que los juicios humanos estaban deformados por las condiciones sociales y económicas que envolvían al pensador. Freud descubrió que el pensamiento estaba limitado por ese oscuro e incomprensible abismo del inconsciente. Mientras que Nietzsche puso en duda la existencia misma de la razón y la verdad objetiva, afirmando que ésta es igual que las muñecas rusas o las cebollas: casi siempre tienen dentro otra capa y nunca es posible descubrir un núcleo central sólido. La razón del hombre es pura cáscara. Y hasta la nueva física contemporánea ha llegado a decir que no es posible conocer la realidad, ya que siempre se choca con el factor humano, con los métodos subjetivos y las aproximaciones relativas. Hoy se está muy lejos de conocer la famosa fórmula general del universo que explicaría cómo lo creó Dios. La razón no ha llegado a destapar el sentido de la vida o de la historia. Lo que de verdad se ha descubierto bien, son los propios límites del ser humano.

El hombre es ahora más objetivo pero también mucho más inseguro de lo que pronosticó Descartes. La postmodernidad se ha olvidado de la Razón ilustrada y ha aprendido a escribirla con minúscula. La ciencia se ha vuelto más humilde hacia las cuestiones de la fe porque reconoce que ya no quedan auténticas razones para ser ateo.

La razón humana no puede revelar por sí sola todos los misterios de la existencia. Sólo el mensaje cristiano, el de la fe en Dios a través de la obra de Jesucristo, puede responder a los enigmas del hombre. Esto significa que, en contra de la opinión cartesiana, no es a partir del conocimiento de uno mismo como se puede llegar al conocimiento de Dios y de la realidad, sino precisamente al revés: es partiendo de la realidad del Dios que se manifiesta en Jesucristo como se puede llegar a conocer verdaderamente al ser humano.

De manera que tanto el “pienso, luego existo” de Descartes como el “siento, luego existo” postmoderno, deberían ser cambiados por un “creo, luego existo” propio de la esperanza cristiana (Küng, 1980: 95). Tal sería la convicción evangélica: la certeza de la fe por encima de la certeza del pensamiento. Sólo es posible conocer a Dios por medio de la voluntad de creer y no a través de la razón especulativa. Sin embargo, esta certeza de la fe no debe ser considerada como algo irracional. Aunque, desde luego, no sea igual que la certidumbre de la ciencia humana, medible y constatable por los sentidos, se trata de otro tipo de certeza más intuitiva, fundamental, propia del sentimiento del hombre que aporta razones básicas para vivir. La fe cristiana es el fundamento de la razón y no ésta la base de aquélla.

Una parte del ser humano es la razón



Otra parte del ser humano es el corazón



THOMAS HOBBS (1588-1679).

El mito del contrato social o del gobernante que tiene siempre poder absoluto sobre el pueblo

“Esto es algo más que consentimiento o concordia; es una verdadera unidad de todos en una y la misma persona, unidad a la que se llega mediante un acuerdo de cada hombre con cada hombre, como si cada uno estuviera diciendo al otro:

Autorizo y concedo el derecho de gobernarme a mí mismo, dando esa autoridad a este hombre o a esta asamblea de hombres, con la condición de que tú también le concedas tu propio derecho de igual manera, y les des esa autoridad en todas sus acciones. Una vez hecho esto, una multitud así unida en una persona es lo que llamamos ESTADO, en latín CIVITAS. De este modo se genera ese gran LEVIATÁN, o mejor, para hablar con mayor reverencia, ese dios mortal a quien debemos, bajo el Dios inmortal, nuestra paz y seguridad”.

El filósofo inglés Thomas Hobbes es considerado hoy, al lado de Maquiavelo, como el fundador de la moderna ciencia política. Su pensamiento, directamente relacionado con el de Descartes, supone la otra gran alternativa del siglo XVII al concepto de razón. Si en la reflexión cartesiana, como se ha visto, el hombre podía llegar a ser autónomo gracias a la seguridad que le proporcionaba su capacidad para pensar, Hobbes irá más lejos y propondrá una aplicación práctica de esta autonomía. Un poder absoluto para que cada soberano elegido por su pueblo pueda gobernar de manera autónoma en base a la razón y mantener así la paz y el orden social.

Características Monarquía Absoluta

- Suma de poderes en manos del monarca
- Realeza viene de la voluntad de Dios
- Poder absoluto del rey sobre su pueblo
- Rey hace leyes, dicta justicia y controla gastos
- Poder hereditario



La pregunta fundamental que preocupaba a los pensadores del fenómeno social durante esta época era: ¿por qué se agrupan los seres humanos? ¿qué les motiva a vivir en sociedad? Las respuestas oscilaban desde el amor o la simpatía natural que el hombre siente hacia sus congéneres, hasta el más puro egoísmo, para utilizar los bienes y recursos de los demás.

Según Hobbes, la sociedad habría nacido a partir de un contrato acordado entre los hombres en base a la necesidad de evitar la lucha de todos contra todos, que sería el estado natural del ser humano. El hombre era concebido así como un ser malo por naturaleza, una especie de lobo para el hombre (*homo homini lupus*). Situación lamentable que sólo la razón podía cambiar. Por tanto, el raciocinio humano debería ser suficiente para garantizar la convivencia ya que conduciría a la firma de un pacto solemne de unión y a la renuncia de la autonomía personal de cada individuo en beneficio del rey o soberano.

La razón humana vendría así, una vez más, a ser sustituida de la fe cristiana ya que ésta habría demostrado ser insuficiente para garantizar la convivencia pacífica del hombre. Independientemente de que Hobbes fuera o no creyente, lo cierto es que su mito fundador sirvió para robarle protagonismo a Dios en la vida social y en ese lugar colocar la razón innata del ser humano. De manera que, en su opinión, el intelecto de los hombres habría sido el impulsor de ese gran gesto institucional: el contrato social. El acuerdo que legitimaría el poder absoluto del gobernante y lo convertiría en el pacto redentor por excelencia de la humanidad. Este mito laico, sustentado en la creencia de que las personas ya no necesitaban a Dios para vivir en comunidad, brotó con fuerza durante el siglo XVII y se ha venido manteniendo activo hasta la actualidad. ¿Qué ideas habrían dado lugar a tal contrato? ¿dónde podría situarse el origen de este mito fundador de Hobbes?

El sentido casi sagrado del concepto de trabajo que siempre tuvieron los pueblos de tradición protestante contrasta con la ética católica al respecto. Tomás de Aquino, por ejemplo, veía las profesiones manuales como algo que pertenecía al orden material y por tanto merecía poca consideración. Lo importante era para él superar todo lo material o terreno mediante la ascesis monástica y la vida contemplativa. Sin embargo, Lutero se fue distanciando poco a poco de esta interpretación hasta llegar a concebir la idea de profesión como el cumplimiento de los deberes que todo cristiano tiene que realizar para agradar a Dios. El trabajo dejó de verse como una condena para entenderse como un don divino. De hecho, Dios puso a Adán en el jardín de Edén “para que lo cultivara y lo cuidara” (Génesis. 2:15), aún antes de la caída. El texto bíblico concibe el trabajo como una exigencia divina positiva que sirve para realizar al ser humano y nunca como consecuencia de la maldición primigenia.

Esta nueva manera de fundamentar las relaciones sociales en la igualdad entre las personas, fue absolutamente revolucionaria para la época. Hasta entonces predominaban las ideas que hacían acepción de personas. Tanto las religiones orientales como el catolicismo medieval venían considerando a los príncipes como individuos diferentes, poseedores de un prestigio casi místico. Hombres con destino especial que eran portadores de una misión divina, la de organizar la sociedad y conducir al pueblo en justicia. El rey era una especie de mediador entre Dios y los hombres. Un ser impuesto por el Creador, perteneciente a la casta sacerdotal privilegiada y superior al resto de los mortales. Había aquí una clara discriminación entre gobernante y gobernados.

Sin embargo, con la Reforma protestante todas estas concepciones se vinieron abajo ya que, mediante la doctrina de la alianza, se promovió una nueva filosofía social que eliminaría todas las diferencias entre las personas. La crisis desencadenada por las creencias reformadas afectó directamente al papel de los gobernantes, ¿cómo un príncipe que era representante de Dios podía ser cómplice de los errores de Roma? Estas cuestiones bullían en la mente de Hobbes y afloraron frecuentemente en su Leviatán. Puede afirmarse, en este sentido, que las ciencias sociales modernas aparecieron de la reflexión protestante acerca de la caída, el pecado y la redención. Sin embargo, el mito hobbesiano del contrato social supuso un paso atrás en los logros de la Reforma porque, como se verá, negaba la libertad humana así como la igualdad de todos los hombres y proponía una sociedad jerárquica dirigida por un soberano que, incluso aunque actuara de manera autoritaria, nunca podía ser sustituido.

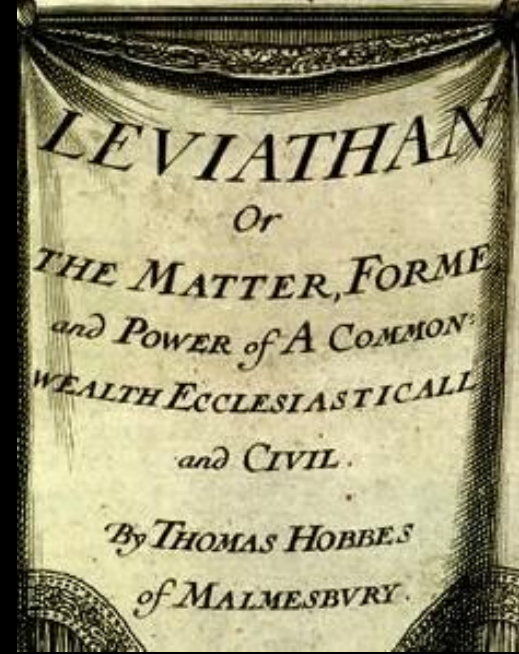
Datos personales de Thomas Hobbes

Thomas Hobbes vio la luz en la aldea inglesa de Westport, perteneciente al condado de North Wiltshire, el día 5 de abril de 1588. Su padre fue un vicario eclesiástico de carácter iracundo que a raíz de una discusión con su clérigo sucesor, abandonó para siempre a la familia y huyó a Londres donde murió en avanzada edad.

Mientras el pequeño Thomas convivió con su padre fue obligado por éste a escuchar todos sus sermones y a leer libros de oración. Al parecer, esta huida paterna influyó negativamente en su carácter que siempre fue melancólico, tímido e inseguro. Cuando después fue acogido por un tío materno, su educación mejoró considerablemente, fue enviado primero a la escuela parroquial de West-port, luego a un colegio privado donde aprendió lenguas clásicas y finalmente, a los catorce años de edad, al Magdalen College de Oxford en el que obtuvo el título de Bachiller.

El contrato social: Hobbes.

- **Estado de naturaleza:** Problemático. Guerra total, anarquía. El hombre vive en total libertad, pero con miedo a la muerte violenta.
- **Antropología:** el hombre es egoísta y racional.
 - Egoísta: es hedonista y nunca está satisfecho con lo que tiene. Aspira siempre a más.
 - Racional: es capaz de analizar las consecuencias de sus actos, y modificarlos en consecuencia.
- Su carácter racional le conduce a alcanzar un acuerdo por el que funda una sociedad, para evitar un estado de naturaleza indeseable.
- **Contrato social: pacto de sujeción.** El individuo rechaza toda libertad para asegurar su vida.



Contrato social: Hobbes

- **Gobierno resultante:** los individuos van a fundar un régimen en el que el soberano tenga todos los derechos sobre los individuos, excepto la exigencia a proteger la vida de los súbditos.
 - El soberano va a concentrar todos los poderes (legislativo, judicial y ejecutivo), y en la práctica va a ser una **dictadura** o una justificación de la **monarquía absoluta**.
 - Defensa del **derecho positivo**. Las leyes que dicta el soberano son válidas, en cuanto que emanan de su poder (excepto el derecho a la vida).
 - Los firmantes del pacto no tienen derecho a sublevarse o revocar el pacto, por el riesgo a caer de nuevo en el estado de naturaleza.

Allí profundizó en el conocimiento del griego, latín y filosofía escolástica pero de ésta quedó muy desilusionado. Prefirió dedicarse a la literatura antigua y se interesó de manera especial por la obra de Tucídides, de quien realizó una traducción de la Historia de las Guerras del Peloponeso, que fue publicada en 1628.

Un antiguo profesor en Oxford, sir James Hussee, le recomendó para el puesto de tutor privado del primer Earl of Devenshire de la familia Cavendish, cuando sólo tenía veinte años. Este importante empleo, que conservó toda la vida, le permitió viajar y conocer a grandes pensadores de la época, como Francis Bacon, Galileo, Claudio Berigardo y Marín Mersenne que fue muy amigo de Descartes. En 1640 Hobbes repartió entre los amigos sus Elementos de Derecho, obra escrita en inglés en la que defendía la teoría de la indivisibilidad del poder soberano y proponía una justificación del absolutismo.

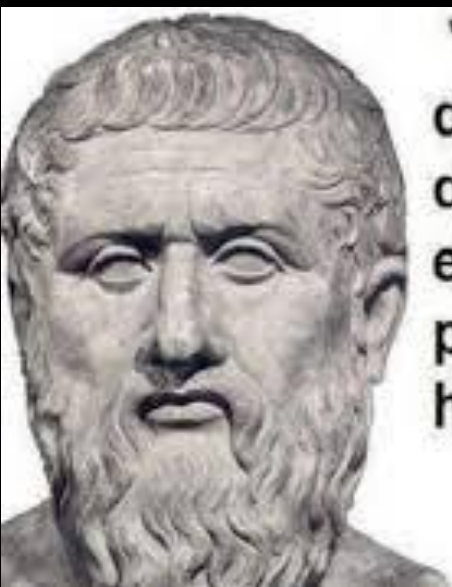
La principal obra de Hobbes, *Leviatán*, fue concebida con una evidente tendencia en favor de la monarquía. Sin embargo, durante su redacción el terreno político había cambiado mucho en Inglaterra y parecía casi imposible que en el futuro un nuevo monarca pudiera gobernar allí.

Durante los últimos años de su vida, Hobbes sufrió una parálisis progresiva que le mantuvo alejado de la escritura. A pesar de eso llegó a escribir unas cuarenta obras. Murió el 9 de diciembre de 1679 en Hardwich, en la mansión del tercer Earl of Devonshire, a los 91 años de edad. Cuatro años después del fallecimiento algunas de sus obras, entre las que figuraban *Leviatán* y *De Cive*, fueron prohibidas por la Universidad de Oxford, ordenándose que fuesen arrojadas públicamente a la hoguera. Desde luego, la impresión que produce su obra es la de un hombre que, aunque pudiera sustentar ideas políticas equivocadas, aceptaba con sinceridad la existencia de un Dios trascendente.

Inconvenientes de la doctrina de Hobbes.

A pesar de que el mito del contrato social repitiera ciertos planteamientos religiosos propios de la teología protestante de la alianza, inspirada en el pacto de Dios con Abraham, lo cierto es que la hipótesis propuesta por Hobbes presentaba importantes diferencias con el primitivo acuerdo bíblico. Si en el Antiguo Testamento todos los que participaban de la nueva alianza, es decir los descendientes de Abraham, eran iguales delante de Dios y por tanto debían comportarse entre sí como hermanos, en la doctrina de Hobbes, por el contrario, todos los hombres tenían forzosamente que renunciar a sus derechos individuales en beneficio del monarca. La sociedad que se establecía así era necesariamente autoritaria ya que el contrato no se realizaba, de hecho, entre individuos iguales. El soberano estaba en la cima de una estructura jerárquica y exigía la sumisión absoluta del pueblo, cosa que anulaba por completo la igualdad entre todas las personas.

Es lógico que tales ideas despertaran notable oposición sobre todo entre antimonárquicos y republicanos. Otra de las inconveniencias del contrato es que estaba planteado entre hombres libres. En principio esto parecía correcto. No obstante, el problema surgía cuando se explicitaba quiénes eran éstos hombres y se llegaba a la conclusión de que sólo los ciudadanos poseedores de bienes materiales podían considerarse hombres libres. Quienes no fueran amos de la tierra, ni dispusieran de posesiones, no serían tampoco amos de su destino y no habría que considerarlos como personas libres. Lo que a primera vista podía parecer un acuerdo que garantizaba la justicia social y la igualdad entre los hombres, resultaba ser un sistema que perpetuaba las injusticias y las desigualdades sociales. Actualmente la sociología considera que el contrato social es una ficción que utilizan determinadas teorías políticas para justificar la obediencia al poder (Giner, 1998: 151).



"El precio de
desentenderse
de la política es
el ser gobernado
por los peores
hombres"

Platón.

[4] Contrato Social



• **Modelo Absolutista**
(Hobbes)



Modelo Liberal
(Locke)



• **Modelo**
Republicano-democrático
(Rousseau)

Reflexiones bíblicas en torno al contrato social

Las ideas de Hobbes obligan a realizar un ejercicio de comparación con ciertas enseñanzas fundamentales de la Escritura. En primer lugar surge la importante cuestión acerca de la naturaleza y el origen del mal en el mundo. La teodicea aceptada por el autor de Leviatán le lleva a asumir que el hombre es malo por naturaleza. Thomas Hobbes, buen conocedor de la Biblia, estaría familiarizado con pasajes como el de Génesis 8:21, en el que después de la gran catástrofe diluviana, Jehová dijo: “No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud”. También en el Nuevo Testamento es el propio.

La segunda idea con la que Hobbes adorna su mito del contrato social es la creencia de que el fin supremo del hombre es alcanzar la felicidad mediante la acumulación de bienes materiales, poderes, éxitos y prestigio social (Hobbes, 1999: 93-94).

Efectivamente, esto parece haber sido así desde que el hombre es hombre. Sin embargo, la experiencia demuestra que la búsqueda afanosa de la felicidad convierte al ser humano en esclavo de una quimera. Como escribía Víctor Hugo en *Los miserables*: “La felicidad nos hace olvidadizos. Cuando poseemos el falso objeto de la vida, que es la felicidad, nos olvidamos del verdadero objeto, que es el deber” (Hugo, 1973:744).

Jesús se refirió también a esta creencia popular, que basa la dicha humana sólo en lo material, con estas palabras: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lucas. 12:15-34). El pensamiento bíblico niega que se pueda servir bien a dos señores a la vez. No es posible servir a Dios y a las riquezas. El cristiano no debe confundir nunca la verdadera felicidad con la abundancia material y mucho menos depositar en ella su confianza.

Guiones para estudiantes Wesley

**INTRODUCCIÓN A LA
SOCIOLOGÍA**

Clase 4



JOHN LOCKE (1632-1704)

***El mito de que la propiedad privada es tan sagrada como la vida humana
cada hombre es propietario de su propia persona, sobre la cual nadie, excepto él mismo, tiene ningún derecho.***

Podemos añadir a lo anterior que el trabajo de su cuerpo y la labor de sus manos son también suyos. Luego, siempre que coja algo y lo cambie del estado en que lo dejó la naturaleza, ha mezclado su trabajo con él y le ha añadido algo que le pertenece, con lo cual, lo convierte en propiedad suya.”

John Locke fue el primero en negar la existencia de las ideas innatas y en afirmar que la conciencia del ser humano está vacía hasta que no recibe la información que le llega de la experiencia.

Por eso se le considera el impulsor del empirismo inglés, el gran apóstol del espíritu liberal o el Aristóteles de los tiempos modernos que, con su exaltación del conocimiento sensible, cambió de forma radical la historia de la filosofía y de las ciencias sociales. Pero en una concepción así, ¿cómo podía explicarse el desarrollo progresivo de la personalidad en el niño? ¿de qué serviría la educación? ¿sería posible, desde el racionalismo, conciliar la autonomía del individuo con la maduración paulatina de su inteligencia y carácter?

John Locke respondió a tales preguntas por medio de su teoría sensualista, afirmando que las impresiones o sensaciones externas que se van acumulando en las personas a lo largo de la vida, constituyen el punto de partida para que el pensamiento perfile y conforme el espíritu del hombre.



Mises Bastiat Rothbard Rand Bawerk Hayek Hazlitt Hoppe Spooner Huerta de Soto Friedman

Propiedad Privada

Libertad Individual - Libertad de Expresión - Libre Asociación - Economía de Mercado



De esta manera Locke abrió la puerta al estudio científico del ser humano. Su método de búsqueda, en el fondo, no era tan opuesto al del racionalismo sino que recogía las aportaciones de éste. La vía de las ideas se complementaba con la de la experiencia. Tanto la sensación (experiencia externa) como la reflexión (experiencia interna) se conjugaban para constituir la fuente del conocimiento humano.

De esta manera se formaría la personalidad sin que la sociedad tuviera sobre ella una influencia decisiva.

Si Hobbes sostenía que el hombre es malo por naturaleza, -como se vio,- y Rousseau afirmaba más tarde que el hombre era naturalmente bueno, para Locke el estado natural de libertad e igualdad en que el ser humano fue creado sería perfecto todavía en el presente, siempre y cuando los individuos se condujeran de manera racional.

Pero como esto no es así, el hombre se vuelve peligroso necesitando una ley y una organización política que resuelva eficazmente tal situación. Es, por tanto, el egoísmo de los individuos el que anula la libertad y la razón.

Si el ser humano no atropellara los derechos de sus semejantes no habría necesidad de legislación, las leyes divinas bastarían porque el legislador último es Dios. No obstante, la realidad de tantos conflictos y enfrentamientos obligaba a que fuera el Estado quien garantizara los derechos de los ciudadanos.

La razón del hombre era tan importante para Locke que incluso la fe cristiana necesitaba de ella. En efecto, si la fe es el asentimiento dado a cuestiones que no vienen demostradas por la razón sino que dependen del crédito que se concede a quien las propone, en cuanto persona inspirada por Dios, entonces la fe se fundamenta en la revelación y es la razón humana quien pone límites a la fe. Sólo la razón permitiría decidir acerca del valor de la revelación en la que el creyente deposita su fe. De manera que, como señala Ropero, “con Locke asistimos a la plena racionalización de la fe, hasta el punto que razón y fe vienen a ser sinónimos... Fe y razón se complementan.” (Ropero, 1999: 397).

Partiendo de tales conceptos, Locke dedujo todo un conjunto de derechos fundamentales de la persona que serían anteriores a la formación de la sociedad política. Los hombres y mujeres creados por Dios serían poseedores de derechos tan básicos, como el derecho a la vida, a la libertad y a la propiedad privada, entre otros. Tales derechos individuales tenían que ser respetados y salvaguardados por el Estado a fin de promover el bien, la convivencia y el respeto mutuo.

Siguiendo este camino pronto tropezó con el poder absoluto de ciertos reyes que, con demasiada frecuencia, hacían caso omiso de tales derechos o los violaban impunemente. Locke se opuso a los argumentos de sir Robert Filmer, el pensador absolutista más destacado del momento, que fue muy apreciado por los seguidores del rey Carlos II y llegó a tener una gran significación política. Filmer afirmaba que el poder absoluto de los reyes se fundamentaba en la Biblia.

Tal como señala Esmeralda García: “Locke dio un paso fundamental al proponer una monarquía constitucional y un poder moderado por el parlamento. Frente a Hobbes que establecía el poder absoluto para los reyes y Rousseau, un cierto ‘anarquismo sentimental’, en palabras de Luis Rodríguez Aranda.” (García, 1995:24).

Esto implica que nadie puede ni debe someterse a otro ser humano, ni mucho menos convertirse en su esclavo o en siervo de un gobierno ilegítimo que ya no posee el apoyo de la población. La esclavitud es abominable a los ojos de Dios.

Con estas ideas, Locke propuso una nueva filosofía del hombre y de la sociedad que solucionaba los conflictos planteados por Hobbes en su *Leviatán*.

El contrato social fue así reinterpretado desde una perspectiva liberal completamente diferente a la del absolutismo monárquico. No cabe duda de que fueron sus creencias protestantes, fundamentadas en el sacerdocio universal de los creyentes, las que le llevaron a concebir esta versión igualitaria del gobierno civil, propia también de los puritanos (Claval, 1991: 78).



Datos personales de John Locke.

John Locke nació en Wrington, en el condado inglés de Somerset, el 29 de agosto de 1632. Su familia era de confesión puritana y se dedicaba al comercio, aunque su padre fue un abogado liberal e inconformista. Después de acabar los estudios secundarios en la escuela londinense de Westminster ingresó en el Christ Church College de Oxford donde entró en contacto con la filosofía escolástica y obtuvo su Bachelor of Arts en 1656. Dos años después consiguió también el Master of Arts y fue nombrado Sénior Student, con lo cual se le permitió formar parte del claustro de profesores del mismo centro donde se había formado.

Pronto se interesó por cuestiones tan diversas como el derecho natural, la tolerancia religiosa, la filosofía de Descartes, las ciencias experimentales y la medicina. Tales vocaciones le llevaron a conocer a científicos de la talla de Robert Boyle, el famoso químico que formuló la ley de la compresión de los gases, así como a Isaac Newton, a quien llamaba “el incomparable señor Newton”, y a ingresar en la Royal Society en 1668.

El mito de Locke consistió en hacer del trabajo la prolongación del hombre, afirmando que el derecho a la propiedad privada era tan básico como el derecho a la vida. Esto legitimaba el liberalismo político y abría el grifo a todas las energías del capitalismo incipiente, pero también daba carta blanca al desarrollo del individualismo egoísta y posesivo. Al decir que la propiedad que se había obtenido mediante el trabajo acumulado en forma de capital era tan sagrada como la vida humana, Locke mitificaba la acumulación indefinida de dinero y de bienes. El peligro de tales ideas era obvio, podían conducir al acopio de riqueza en manos de unos pocos, desvinculándola de las necesidades humanas y haciendo de ella un fin en sí misma. Esto fue precisamente lo que ocurrió en Inglaterra y los Países Bajos con el desarrollo de la sociedad comercial y el liberalismo económico, durante la revolución de 1688. A partir de ahí, tal ideología social se expandió por todo el mundo llegando a modelar casi por completo la sociedad occidental del presente.

La propiedad privada en el Antiguo Testamento

Las Sagradas Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, priorizan siempre las necesidades de las personas sobre los derechos de propiedad. Las leyes israelitas se preocupaban ante todo por favorecer más a los individuos que a las posesiones. Esto se detecta en numerosos pasajes, como por ejemplo en los que se insta a realizar préstamos libres de interés a los necesitados:

“Cuando prestares dinero a uno de mi pueblo, al pobre que está contigo, no te portarás con él como logrero, ni le impondrás usura.” (Éxodo 22:25).

“Y cuando tu hermano empobreciere y se acogiere a ti, tú lo ampararás; como forastero y extranjero vivirá contigo. No tomarás de él usura ni ganancia, sino tendrás temor de tu Dios, y tu hermano vivirá contigo.” (Levítico. 25:35,36).

Jesús y los bienes materiales

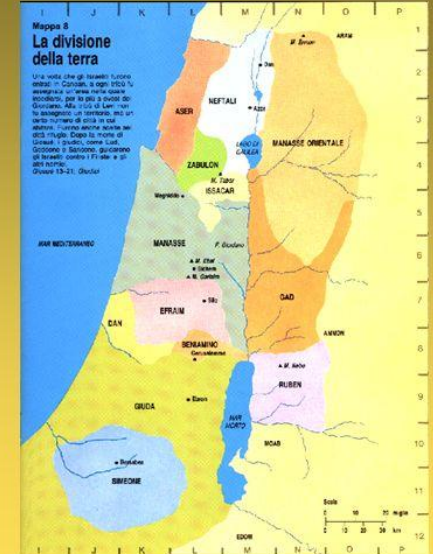
El mensaje del Maestro posee abundantes referencias a las riquezas y a los bienes materiales ya que durante su tiempo el abismo entre ricos y pobres se había hecho tan profundo que éstos eran marginados, no sólo desde el punto de vista social sino también desde la propia religión. Los hebreos menesterosos no podían observar correctamente todos los rituales del judaísmo y, por tanto, eran considerados como impuros por los dirigentes de Israel. Son numerosas las frases de Jesús que condenan la riqueza, tales como: “no podéis servir a Dios y a las riquezas” (Lucas. 16:13); “¡cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!” (Lucas. 18:24); “más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Marcos. 10:25); “el engaño de las riquezas ahogan la palabra” (Mateo. 13:22) y muchas otras.

USURA



Libro de Josué: entra en la Tierra prometida (Josué es el sucesor de Moisés)

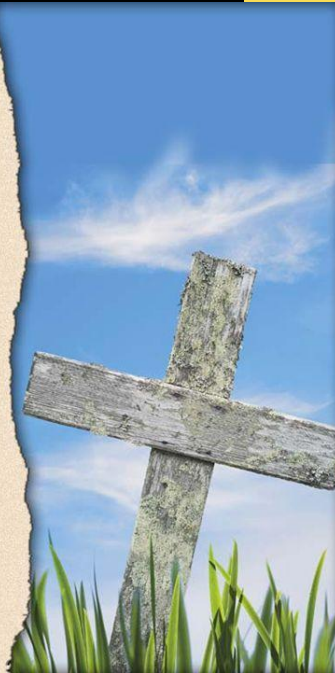
- Narra la toma de posesión y el reparto entre las tribus de la **tierra prometida**, subrayando que los israelitas **no conquistaron Canaán por su poderío militar**, sino por gracia de Dios, que pide –como contrapartida- la fidelidad de todo el pueblo a la Alianza establecida con Él.



Lección 3: Propiedad para la venta Jeremías 32.2-9, 14-15

«Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: 'Aún se comprarán casas, heredades y viñas en esta tierra».

— Jeremías 32.15



De todo esto, algunos autores deducen que Jesucristo fue un revolucionario social que luchó contra la acumulación de propiedades, con el fin de proteger a las clases más débiles de la sociedad. Sin embargo, esta no es la versión que ofrecen los evangelios ni el resto del Nuevo Testamento. Lo que Jesús rechazó fue esa clase de amor a la riqueza que es capaz de convertirla en lo principal de la vida humana. En realidad, se trataba del mismo argumento que sostenían los antiguos profetas de Israel, lo que se condenaba no era el dinero en sí mismo sino el apego a la riqueza que eliminaba a Dios y al hermano de la perspectiva vital. Cuando los bienes llegaban a ser más importantes que las personas y que el propio Creador, los hombres se embrutecían volviéndose incapaces de cumplir con la voluntad de Dios. En el momento en que la riqueza se convertía en la fuente principal de la confianza humana, entonces ya no quedaba más remedio que renunciar a ella si se quería seguir al Maestro. Este fue el consejo dado al joven rico porque ése era su particular problema (Lucas. 18:18-30).

Contra tal actitud del corazón iba dirigido el mensaje de Jesucristo, pero nunca exigió voto de pobreza a todos sus seguidores, ni propuso la revuelta social para redistribuir por la fuerza los bienes de los adinerados. El principal obstáculo de la existencia para aquel muchacho acomodado fue su riqueza. Quizá para cualquier otra persona hubiera sido otro.

Seguir a Jesús no implica por tanto una renuncia inevitable a la propiedad privada, aunque sí exige que los bienes no sean lo prioritario de la vida ni sustituyan jamás a Dios o a las personas. El dinero debe servir para satisfacer las necesidades humanas y ayudar a quienes lo requieren. Pero, no obstante, lo que se desprende de las palabras y del estilo de vida austero y humilde del Maestro es que, en contra de la opinión que sostenían los fariseos de su tiempo y ciertas teologías de la prosperidad en el nuestro, las riquezas no constituyen siempre un signo evidente de bendición divina.



JEAN-JACQUES ROUSSEAU (1712-1778).

El mito de la sociedad culpable o de que el hombre es bueno por naturaleza.

“¡Oh, señor, si alguna vez hubiera podido escribir la cuarta parte de lo que vi y sentí bajo aquel árbol,... con qué sencillez habría demostrado que el hombre es naturalmente bueno y que sólo por las instituciones se vuelven malvados los hombres.”

Se ha dicho que en la obra de Rousseau prevalecen el entusiasmo y la oratoria sobre el razonamiento y la demostración convincente. Sin embargo, lo cierto es que sus argumentos influyeron poderosamente en la manera de entender al ser humano que tuvieron numerosos pensadores posteriores. Su pluma provocó una reacción literaria en cadena haciendo correr más tinta que la de Aristóteles, Cicerón, San Agustín o cualquier otro escritor en el mundo. Incluso hoy algunos políticos manifiestan ser fervientes admiradores del libro de Rousseau,

El contrato social. Al parecer, hasta Fidel Castro llevaba un ejemplar del mismo en el bolsillo cuando luchaba en Cuba (de Beer, 1985: 19). Se podrá o no estar de acuerdo con Rousseau, pero de lo que no es posible dudar es de la originalidad de sus ideas y del influjo que éstas ejercieron.

En contra de lo que había manifestado Descartes, poco más de un siglo antes, Rousseau decía que la naturaleza del hombre no es razón, sino instinto y sentimiento. Los razonamientos se extravían y se pierden, según él, si no son guiados por el instinto natural.



El Hombre es naturalmente bueno, es la sociedad
la que lo corrompe.

(Jean-Jacques Rousseau)

TOMAS HOBBS

"... el hombre es lobo para el hombre... el
hombre es malo por naturaleza"

s. XVIII



“La astronomía ha nacido de la superstición; la elocuencia, de la ambición, del odio, de la adulación, de la mentira; la geometría, de la avaricia; la física de una vana curiosidad; todas, aun la misma moral, nacen del orgullo humano.” (Abbagnanó, 1982: 2, 381).

El contraste fundamental que recorre todos sus escritos es siempre entre el hombre natural y el hombre artificial. El primero sería esencialmente bueno e inocente porque acababa de salir de las manos del Creador, mientras que el segundo, al dejarse llevar por las pasiones propias de la vida en sociedad, se habría alejado de su naturaleza original, degenerando y volviéndose malvado. De ahí que para Rousseau el auténtico progreso fuera una vuelta a los orígenes. Avanzar sería volver al principio.

Evidentemente tal planteamiento iba contra la filosofía del progreso que estaba de moda durante el siglo XVII y que suponía que el ser humano mejoraba paulatinamente, en la medida en que se ampliaban sus conocimientos acerca del mundo físico y de su propia naturaleza.

La inclinación principal de los estudiosos de esta época era ante todo el hombre, su fisiología y psicología. Predominaba el interés por el individuo sobre las cuestiones de carácter social. Sin embargo, esto no era lo que más le interesaba a Rousseau. Él prefería, por el contrario, centrar sus reflexiones en torno a la vida en sociedad porque el hombre, según lo entendía, no había sido nunca un ser aislado de los demás. Desde la educación recibida hasta la inserción en el mundo de los adultos, el ser humano iba haciendo uso de su libertad y responsabilidad en relación con otras personas. Alcanzar el éxito o la felicidad en la vida no sólo dependía de haber recibido una buena instrucción sino también de saber comportarse adecuadamente en el seno de la sociedad.

Desde esta perspectiva Rousseau conectaba con la ética puritana del contrato social pero modificándola de manera importante. Si para Hobbes, como para los teólogos puritanos, el contrato social había sido una consecuencia inevitable de la maldad humana ya que los hombres primitivos habrían decidido pactar entre ellos con el fin de poder sobrevivir en un ambiente de guerra generalizada de todos contra todos, para Rousseau el hombre primitivo sería inocente pues no habría pecado original en él ni, por tanto, necesidad de ningún pacto social que lo librara de sí mismo. El mito rousseauniano pretende pues liberar al individuo de cualquier culpa o pecado original, acusando a la sociedad de todos los males existentes y situando su posible redención en un futuro mejor.

Para aproximar dicha redención, Rousseau proponía una modificación radical de la educación tradicional. A los niños y jóvenes no había que inculcarles los ideales de la civilización sino liberarles de ellos y temerario merecería ser más bien castigado que escuchado.

No le pido tampoco el poder de obrar bien: ¿por qué pedirle lo que me ha dado? ¿No me ha dado la conciencia para amar el bien, la razón para conocerlo, la libertad para elegirlo? Si hago el mal no tengo excusa; lo hago porque lo quiero; pedirle cambiar mi voluntad es pedirle lo que él me pide; es querer que él haga mi trabajo, y que yo recoja su salario;... ¡Dios clemente y bueno! ... el supremo deseo de mi corazón es que tu voluntad se haga.” (Rousseau, 1998: 439).

Datos personales de Jean Jacques Rousseau.

Jean-Jacques Rousseau nació en una casa de la Grand Rué de Ginebra, el 28 de junio de 1712. Su madre, sobrina de un pastor calvinista, murió a consecuencia del parto, mientras que el padre, de carácter iracundo y violento, maltrató siempre al pequeño ya que lo hacía culpable de la muerte de su querida esposa.

Relojero de profesión, huyó de dicha ciudad cuando el niño Rousseau apenas tenía diez años, por culpa de una disputa mantenida con el capitán Pierre Gautier, a quien había causado una herida de espada. La orfandad a que se vio condenado el pequeño Rousseau parece que le marcó muchos aspectos de su futura personalidad. Un tío suyo llamado Gabriel asumió su tutoría y le envió con el pastor protestante Jean-Jacques Lambercier, que vivía en un pueblo cercano a Ginebra, para que éste le educase. Algunas de las experiencias infantiles que tuvo con tal maestro fueron redactadas posteriormente, debido al impacto que le causaron en su más tierna infancia.

En cierta ocasión fue acusado injustamente de haber estropeado un peine y por tal motivo recibió una tremenda paliza de manos del señor Lambercier. Hacia el final de su vida se refirió a este incidente con las siguientes palabras: “Este primer sentimiento de la violencia y de la injusticia quedó tan profundamente grabado en mi alma, que todas las ideas que se relacionan con él me recuerdan mi primera emoción,...

Cuando leo las crueldades de un tirano feroz, las sutiles maldades de un cura trapacero, volaría gustoso a apuñalar a esos miserables, aunque me costase la vida mil veces.

A menudo he sudado a chorros persiguiendo a la carrera o a pedradas a un gallo, a una vaca, a un perro, a un animal cualquiera que atormentaba a otro, únicamente porque se sentía más fuerte.

Este sentimiento tal vez sea natural en mí, y así lo creo; pero el vivo recuerdo de la primera injusticia que sufrí estuvo durante tanto tiempo y tan íntimamente enlazado a él para que no haya contribuido a arraigarlo poderosamente en mi alma.” (Rousseau, 1991: 40).

Por otro lado, la Biblia contradice el mito rousseauniano de que el hombre es bueno por naturaleza y que sólo se toma malvado cuando empieza a convivir con otros hombres. Es verdad que el pecado no pertenecía a la naturaleza original del hombre porque eso significaría que Dios nos habría creado deliberadamente pecadores. El Creador no es el responsable del mal en el mundo, él dio origen a una creación perfecta, a un mundo del que se podía repetir “y vio Dios que era bueno”. Sin embargo, la primera pareja humana conoció el mal y perdió inmediatamente su inocencia original. La historia de Adán y Eva no pretende explicar el origen del mal, sólo cuenta cómo los primeros padres lo descubrieron y se hicieron pecadores.

Es cierto que el pecado entró en el mundo por Adán porque él fue el primer pecador, pero entender esto de forma biológica, en el sentido de que el pecado se propaga a través de la relación sexual, del nacimiento y de la transmisión de los genes, como sugería san Agustín, no es bíblico.

Dios no castiga a la raza humana por el pecado de Adán, sino que cada individuo incurre en su propia transgresión. Cada hombre es su propio Adán y cada mujer su propia Eva. Ser pecador significa negarse a ser lo que se es en realidad. Oponerse a la voluntad de Dios para nuestra vida. Romper relaciones con él. Preferir la autonomía personal a la dependencia del Creador.

Es decir, negar a Dios y negar la condición de hombre. Por tanto, no tiene ningún sentido realizar clasificaciones de pecados. No es bíblicamente coherente separar entre “pecado original” -el cometido por el primer hombre y que se borraría con el bautismo- y el resto de pecados perpetrados a diario. Pecado debe escribirse con mayúscula porque, en realidad, es un concepto singular que consiste en darle la espalda a Dios y vivir como si la resurrección de Jesús no hubiera ocurrido.



Es cierto que el pecado entró en el mundo por Adán porque él fue el primer pecador, pero entender esto de forma biológica, en el sentido de que el pecado se propaga a través de la relación sexual, del nacimiento y de la transmisión de los genes, como sugería san Agustín, no es bíblico.

Todo el mundo es responsable de su propio pecado (Romanos 14:12).

Pero Dios quiere que nos alejemos del pecado y que vivamos (Ezequiel 18:20-22).

¿Cuál es la consecuencia universal del pecado? (Isaías 59,1-2)



GEORG W. F. HEGEL (1770-1831)



El mito de las revoluciones o de que la guerra es necesaria para el progreso humano.

“Reconocer que la historia universal es este curso evolutivo y la realización del espíritu bajo el cambiante espectáculo de sus acontecimientos, tal es la verdadera teodicea, la justificación de Dios en la historia... Lo único que puede reconciliar el espíritu con la historia universal y la realidad es el conocimiento de que cuanto ha sucedido y sucede todos los días no sólo proviene de Dios y no sólo no sucede sin Dios, sino que es esencialmente la obra de Dios mismo.”

Si ha existido alguna vez un filósofo difícil de comprender e intrincado en sus razonamientos, éste es sin duda Hegel. No en vano se le llamó “el oscuro”. Sin embargo, cuando se logra penetrar en sus argumentos se entiende por qué llegó a ser el pensador alemán más influyente de su tiempo, creando un numeroso grupo de seguidores y marcando para siempre la filosofía, las ciencias sociales y, en general, las humanidades.

Hoy se le considera como el padre de la “dialéctica” contemporánea ya que sus ideas provocaron las reflexiones posteriores de Marx. La filosofía de Hegel rescató este término de los pensadores griegos, como Heráclito, Parménides y Zenón, quienes lo usaban como forma de confrontación entre posiciones opuestas, de las que al final surgía el conocimiento verdadero. Para el pensador alemán, la dialéctica era también el método a seguir en la obtención del saber que se desarrollaba mediante tres fases: tesis, antítesis y síntesis. Es decir, era el motor de todo progreso científico. Aquello que permitía unificar lo múltiple, conciliar lo aparentemente opuesto, ordenar cada pieza del rompecabezas natural y del proceso histórico en un todo armónico y coherente.



Ya que al abrir el segundo sello, el segundo ser viviente llama la atención de Juan, para que vea la salida del siguiente jinete, pero este de color rojo encendido, que quita la paz de la tierra.

El color rojo simboliza la sangre y la “espada grande”, es símbolo de la guerra. El anticristo con sus métodos autocráticos encontrará fuerte oposición, que motivará guerras civiles entre las naciones. Su gobierno es de terror, derramamiento de sangre inocente y será cumplido entonces lo que dice Pablo en 1a Tesalonicenses 5:3



Hegel creía que la evolución histórica de la humanidad debía entenderse como un movimiento guiado por la razón y por la providencia. A pesar de las grandes crisis sociales, de las revoluciones, las guerras y las injusticias de todo tipo que pudiera sufrir el ser humano, lo cierto era que todo esto servía a la larga para mejorar y progresar. Lo importante de tales transformaciones era el resultado final al que daban lugar. De manera que los grandes acontecimientos cruentos que sacudían la Europa de aquella época, como por ejemplo la Revolución francesa con su violencia sanguinaria, constituían el precio a pagar por el surgimiento de un mundo nuevo y mejor.

Las atrocidades cometidas por los hombres eran las contradicciones con las que Dios, la razón o el espíritu, entretejían la historia. En este proceso podía haber avances y retrocesos pero, en definitiva, la humanidad salía ganando. Por lo tanto, dedicarse a una valoración moral de los hechos puntuales constituía una pérdida de tiempo ya que fácilmente se podía llegar a condenar aquello que, en realidad, era necesario para alcanzar la felicidad del hombre.

Quien deseara comprender este movimiento que impulsaba misteriosamente a la humanidad, tenía que realizar un esfuerzo personal y elevarse por encima de los acontecimientos injustos de la historia para alcanzar una visión global.

Mediante tales ideas, Hegel propuso una nueva filosofía social consistente en la modificación del mito del contrato social. Su nuevo mito afirmaba que como el hombre era malo desde su origen y la sociedad imperfecta, sólo sería posible la reforma y el progreso social por medio de las revoluciones violentas que poco a poco iban transformando la humanidad, con arreglo a la idea y la voluntad, divinas.

Todo lo negativo finalmente se transformaría en positivo. El mal presente era necesario para alcanzar el bien futuro. Esta revelación era gradual y no había terminado todavía. Aunque, a primera vista, tales concepciones parecían próximas a las de la teología cristiana tradicional, lo cierto era que suponían una ruptura radical con el principio de la responsabilidad individual que proponía la Reforma protestante.

Si el hombre era un esclavo de la historia, un títere manejado por los hilos de la razón divina, entonces dónde quedaba el compromiso personal y la libertad para decidir y actuar en consecuencia. Si tal razón, basada en la violencia de la revolución, tenía que conquistar el mundo en un futuro próximo, entonces cualquier tipo de reflexión moral responsable era, en efecto, una pura pérdida de tiempo. Los escrúpulos de conciencia dejaban de tener sentido. Por tanto, al negar al individuo, se abría de par en par la puerta a las peores experiencias totalitarias de los siglos XIX y XX. La mayoría de los movimientos políticos de esta época, tanto de derechas como de izquierdas, que despojaban al hombre de su responsabilidad y de su derecho a ser persona libre, se fundamentaron precisamente en este mito de Hegel.

Datos personales de Georg Wilhelm Friedrich Hegel.

Georg Wilhelm Friedrich Hegel nació el 27 de agosto de 1770 en la ciudad alemana de Stuttgart. Creció en una familia sencilla pero que poseía sólidas convicciones protestantes. A los cinco años entró en la escuela latina y a los seis pasó al gimnasio de su ciudad natal.

Fue un buen estudiante y pronto empezó a traducir textos de los grandes autores clásicos griegos y latinos, como Epicteto, Tácito o Tucídides. Después de completar sus estudios secundarios, en octubre de 1788, ingresó en el seminario de teología luterana de la ciudad universitaria de Tubinga.

Allí descubrió tres cosas que le fueron importantes a lo largo de su vida: la amistad de otros compañeros, el mundo griego y los ideales de la Revolución francesa.

Era habitual que los jóvenes universitarios alemanes de su generación se interesasen por la situación política y social que atravesaba el vecino país francés. Durante el verano de 1789 fue derrumbada la prisión de la Bastilla y la Asamblea Nacional proclamó la Declaración de los derechos del hombre.

La juventud alemana se identificaba con los ideales de esta revolución y hacía suyo el famoso lema sobre la libertad, la igualdad y la fraternidad. No obstante, a pesar de simpatizar con estas ideas, Hegel siempre se consideró luterano y entendió el protestantismo no sólo como religión, sino sobre todo como cultura racional superior ya que se basaba en un espíritu de reflexión.

En 1790 Hegel se graduó en filosofía y tres años después lo hizo en teología. Sin embargo, sus convicciones religiosas empezaron a tambalearse y su deseo original de convertirse en pastor luterano fue desvaneciéndose progresivamente.

Durante los siete años que trabajó como preceptor en Berna y en Francfort sufrió un crisis espiritual que le hizo sentirse sólo y deprimido. A principios de 1801 fue solicitado como profesor por la Universidad de Jena y esta nueva ocupación le permitió también dedicarse a escribir. Seis años después apareció su primer libro, la Fenomenología del espíritu.

En esta época conoció a la joven Cristiana Charlotte Fischet, que había sido abandonada por su esposo. Se enamoró de ella y tuvieron un hijo, el pequeño Luis, quien moriría de fiebres a una edad temprana. Más tarde, después de esta etapa triste de su vida, en diciembre de 1806, Hegel fue nombrado director del liceo de Nuremberg.

Este nuevo cargo le proporcionó estabilidad económica y le permitió pensar seriamente en el matrimonio. Conoció a la hija de un senador bávaro, María von Tucher, que era veinte años más joven que él y se casó con ella. La pareja fue muy feliz y tuvieron dos hijos varones, Carlos y Manuel.

“La guerra llegó hasta las propias puertas de la casa de Hegel, que según pensaba, debía brindar alojamiento a la oficialidad, como los demás ciudadanos de Jena. Al día siguiente de la batalla salió por la mañana con dos discípulos a recorrer las afueras de la ciudad y se encontraron de pronto ante el Emperador, que en esos momentos montaba a caballo para salir de reconocimiento.

La sorpresa de Hegel fue enorme. Acababa de escribir el libro en que describía el proceso total del espíritu del mundo y ahora se hallaba allí frente al hombre que lo encarnaba en ese instante de la historia. Napoleón no pudo sospechar, y seguramente nunca llegó a saber, lo que había sucedido entre él y ese oscuro profesor que lo miraba alelado, flanqueado por dos de sus alumnos.

¿Es Dios el responsable de la historia?

La Biblia no enseña la idea panteísta de que Dios es todo y todo es Dios, a partir de la cual podría llegar a pensarse que los acontecimientos históricos, buenos o malos, son su responsabilidad.

La Escritura muestra que hay muchas cosas que Dios no puede hacer. No puede mentir, ni cambiar, ni arrepentirse, ni negarse a sí mismo, ni pecar, ni ser tentado, ni tentar a nadie o hacer el mal (Números. 23:19; 1ª Samuel. 15:29; 2ª Timoteo 2:13; Hebreos. 6:18; Santiago 1:13,17).

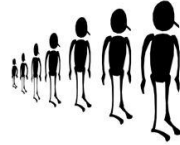
El poder de Dios no es absoluto en el sentido de ir contra su propia perfección y de poder realizar cosas contradictorias. El Creador y la historia no son uno y, por tanto, no todo lo que pasa en la Tierra es su voluntad. La Escritura entiende la historia más bien como el lugar donde el ser humano desafía de manera irresponsable a su Hacedor, mientras que Él sólo desea reconciliarse con el hombre.

La influencia o el poder de Dios en la historia no debe entenderse como un proceso que perdura continuamente y controla a cada instante todo lo que ocurre en el mundo.

Es verdad que a partir del acto creador empezaron a actuar las fuerzas naturales que rigen el cosmos presente y que desde entonces existe un compromiso divino con su creación. Desde luego que el universo no fue abandonado a la suerte después de su formación.

Definiciones Básicas:

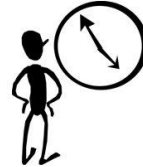
Politeísta: Una persona que cree que existen muchos dioses.



Panteísta: Una persona que cree que todo lo que existe en el universo es Dios, y que Dios no es personal.



Ateo: Una persona que cree que no existe ningún Dios. (El Universo es el resultado de tiempo y de casualidad.)



Agnóstico: Una persona que cree que la existencia de Dios es irrelevante porque nadie puede conocerlo si él existe.



El hombre sin duda puede huir de Dios... pero no se le puede escapar. Desde luego, se puede odiar a Dios y ser odioso a Dios, pero no puede transformarse en su contrario el amor eterno de Dios que triunfa incluso en su odio.

—Karl Barth

www.frasesgo.com

Juan 17:3

Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.



SERVIR A DIOS
NO ES OBLIGACIÓN,
Es Un Privilegio

Sin embargo, la Biblia enseña que las intervenciones de Dios en la historia suelen ser extraordinarias y que aunque su poder no siempre actúe, lo cierto es que su preocupación siempre está presente.

En el primer capítulo del Génesis se puede leer que después de la creación de los grandes grupos de seres vivos y de la propia especie humana, el Creador se cercioró de que cada uno de sus actos creativos “era bueno”. Sin embargo, en ningún lugar se dice que después de contemplar la historia de los hombres, pronunciara las mismas palabras: “y vio Dios que era buena”.

Él nunca puede aprobar la maldad ni el pecado del ser humano. Así como tampoco se sirve de ellos para llevar a cabo sus planes.

Los dioses que concebían los antiguos griegos no tenían poder sobre la historia de los hombres. Como mucho, se creía que su poderío se limitaba a la creación de rayos, vientos, temblores de tierra, pestilencias o a la inspiración de pasiones desatadas en el corazón de los humanos.

La mitología helénica nunca desarrolló tampoco la idea de un juicio final en el que los dioses harían justicia a los mortales. Sin embargo, el pueblo de Israel entendió siempre que todas las naciones de la tierra eran responsables de sus acciones delante del Dios todopoderoso. Los profetas enviados por Dios para la historia en aquél tiempo en el que el conocimiento de su Palabra prevalecerá; el terror, el miedo y el mal serán erradicados del mundo y toda guerra desaparecerá. De la misma manera, la fe cristiana condujo también a la idea de una historia que espera en Dios.

No obstante, cuando se examina el estado actual de la humanidad y se comprueba la extremada pobreza en que vive más de la mitad de la población mundial, los numerosos conflictos armados, los cientos de miles de víctimas de la represión, la descomposición moral, las idolatrías del poder, del dinero o del placer, la xenofobia y el terrorismo... es fácil convencerse de que el mal sigue reinando sobre el bien y de que no es posible hablar de salvación de la historia ni, casi tampoco, de salvación en la historia.

Es como si la realidad de Cristo fuera incapaz de cambiar el mal de este mundo. Incluso es posible preguntarse si ha fracasado el reino de Dios en la historia. ¿Qué se puede responder ante todo esto? ¿qué explicación hay desde la fe?

De la misma manera en que la vida del Señor Jesús no alcanzó la consumación del proceso salvífico de la humanidad hasta después de su muerte y resurrección, tampoco la salvación por antonomasia del ser humano que cree y la consiguiente erradicación completa del mal, pueden realizarse antes de la muerte y resurrección del hombre entero.

Esto quiere decir que la salvación se da más allá de la historia. Aunque el nacido de nuevo sepa que ya es salvo en Cristo Jesús, es evidente que no puede disfrutar con plenitud de su salvación hasta después de la muerte y resurrección. Sin embargo, esto no significa que la salvación, esté fuera de la historia o que no tenga nada que ver con la realidad presente.

Debe hacerse presente en la historia pero, en cualquier caso, el fracaso histórico de la salvación no demuestra tampoco que ésta sea históricamente inútil ya que la historia todavía no ha terminado. El hecho de que en la historia no se dé la plenitud de la salvación, no prueba que ésta haya fracasado.

Lo que demuestra, en todo caso, es que los hombres en cuanto tales sí hemos fracasado. La salvación que Dios ofrece no falla, quienes fallamos somos los creyentes que debíamos anunciarla y vivirla y, quizás, no hemos sabido hacer bien ni una cosa ni la otra. Sea como sea, tenemos que aprender a vivir con esas preguntas que taladran el alma, acerca de una creación en la que sigue habiendo tanto mal.

Desde la pura racionalidad humana, no será posible jamás justificar el problema del mal en la historia. La única alternativa deseable continúa siendo asumir el riesgo de la fe. Acogerse con cordura a la locura de una resurrección de los muertos y una justicia final en Cristo Jesús.

Guiones para estudiantes Wesley

**INTRODUCCIÓN A LA
SOCIOLOGÍA**

Clase 5



AUGUSTE COMTE (1798-1857).

El mito de los tres estados de la humanidad o de que el hombre moderno ya no necesita a Dios

“Según esta doctrina fundamental, todas nuestras especulaciones, cualesquiera, están sujetas inevitablemente, sea en el individuo, sea en la especie, a pasar sucesivamente por tres estados teóricos distintos, que las denominaciones habituales de teológico, metafísico y positivo podrán calificar aquí suficientemente, para aquellos, al menos, que hayan comprendido bien su verdadero sentido general.

Aunque, desde luego, indispensable en otros aspectos, el primer estado debe considerarse siempre, desde ahora, como provisional y preparatorio; el segundo, que no constituye en realidad más que una modificación disolvente de aquél, no supone nunca más que un simple destino transitorio, a fin de conducir gradualmente al tercero; en éste, el único plenamente normal, es en el que consiste, en todos los géneros, el régimen definitivo de la razón humana”.

El autor de estas ideas fue un claro exponente de la educación universitaria que se impartía en la Francia revolucionaria de la primera mitad del siglo XIX. Vivió de forma apasionada como librepensador y defensor de las consignas de la Revolución. Durante toda su vida se propuso llevar a la práctica de manera “positiva” tales concepciones y a este propósito contribuyó sin duda su habilidad mental, ya que desde la infancia destacó por su gran genio matemático.

Comte fue el primero en usar el término “sociología” para definir la nueva disciplina científica que pretendía crear

ESPACIO ANTROPOLÓGICO: NUCLEO DEL ESPACIO FILOSÓFICO



Masonry



Joseph Smith Jr



Brigham Young



Knights
Templar



Merovingians



Pierre Jean De
Smet, Jesuit Priest

Sin embargo, la mayoría de los sociólogos actuales parecen aceptar con disgusto que él sea el patrón de la ciencia de lo social. Es cierto que su deseo fue ése, crear una ciencia, pero la verdad es que terminó elaborando una religión laica. Un nuevo culto a la humanidad del futuro.

Auguste Comte fue un hombre moralmente obsesionado por la anarquía moral que observaba en su tiempo y, por tanto, pretendió combatirla, por medio de su propuesta de regeneración social. Un sistema autoritario de normas éticas que debía partir siempre de la razón humana y nunca de la religión tradicional. En realidad, a pesar de haberle dado nombre a la sociología, no fue el descubridor del objeto de la misma. Muchos de los enunciados que expuso como propios habían estado ya flotando en el ambiente intelectual del siglo XVIII, en Francia y Escocia.

Tampoco puede afirmarse que su pensamiento encajara con el de los demás estudiosos que, incluso en su misma época y años después, se dedicaron también al análisis sociológico. Desde Alexis de Tocqueville hasta el propio Karl Marx, la mayoría de los sociólogos pensaban que el racionalismo y el cientifismo eran negativos para la vida humana, ya que provocaban la desaparición de los valores tradicionales y fomentaban el individualismo de la sociedad burguesa.

Por el contrario, Comte creía que la Ilustración racionalista y científica era la única ideología que podía mejorar al ser humano en sociedad.

No obstante, Comte se enfrentó a un serio problema. ¿Qué ocurría con aquellos fenómenos humanos que todavía no habían sido explicados, como los sociales y políticos? ¿existían leyes de lo social susceptibles de ser descubiertas por el método de la ciencia? ¿podía la filosofía positiva dar cuenta de ellas? Este es el principal reto al que el pensador francés pretendió responder.

A pesar de tales críticas de sus sucesores, lo cierto es que a Comte se le recuerda sobre todo por su famosa Ley de los Tres Estados; un intento teórico que pretendía explicar la evolución histórica de la humanidad;

un mito social que procuró eliminar al Dios del universo a cambio de divinizar el universo de los hombres, o sea, la historia del ser humano.

Analizaremos más tarde tales ideas míticas, mientras tanto veamos cómo transcurrió la vida de este singular pensador.

Datos personales de Auguste Comte

Comte nació el 19 de enero de 1798 en la ciudad francesa de Montpellier, en el hogar de una familia católica y monárquica.

Empezó sus estudios en el Liceo de dicha ciudad y pronto destacó por su inteligencia y disciplina, aunque también por su rebeldía a los convencionalismos de la sociedad. Su salud fue siempre delicada y su aspecto físico algo desgarrado.

Tenía las piernas cortas en comparación con las proporciones de su cuerpo y cabeza, lo cual supuso una fuente de problemas sobre todo con las mujeres pero también con los demás compañeros. Comte era miope y sufría frecuentes enfermedades de estómago. No obstante, su carácter fue siempre voluntarioso, casi testarudo y bien dotado para el estudio, lo que le llevó con frecuencia a aislarse de la gente y concentrarse en sus propios pensamientos.

A los quince años aprobó el examen de ingreso en la École Polytechnique de París, pero tuvo que esperar un año más para poder entrar en la misma ya que aún no tenía la edad requerida.

En esta época ya se había declarado republicano, librepensador y ateo, avergonzando así a su familia al renunciar a la religión católica que ésta profesaba. Pronto empezó a leer las obras de Fontenelle, Maupertuis, Adam Smith, Hume, Condorcet, etc., y a familiarizarse con sus ideas. De esta manera, llegó a pensar que llegaría a ser el sumo sacerdote de una nueva religión de la razón científica. Pero Comte murió de ictericia aumento de los pigmentos biliares en la sangre- el día 5 de septiembre de 1857 en París.

Auguste Comte Discurso sobre el espíritu positivo

Versión y prólogo de Julián Marías



Sociología
Alianza Editorial

José M. Petit Sullá

Filosofía, política y religión en AUGUSTO COMTE



JUSTO PRIETO



LA VIDA INDÓMITA DE AUGUSTO COMTE

EL APÓSTOL DE UNA RELIGIÓN SIN DIOS

EDITORIAL AYACUCHO

Auguste Comte: The Foundation of Sociology

Comte Auguste

Les grands philosophes
français et étrangers



AUG.COMTE

VALD BARNHORN Edition: 1968, 1969, 1970, 1971, 1972, 1973, 1974, 1975, 1976, 1977, 1978, 1979, 1980, 1981, 1982, 1983, 1984, 1985, 1986, 1987, 1988, 1989, 1990, 1991, 1992, 1993, 1994, 1995, 1996, 1997, 1998, 1999, 2000, 2001, 2002, 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010, 2011, 2012, 2013, 2014, 2015, 2016, 2017, 2018, 2019, 2020, 2021, 2022, 2023, 2024, 2025

CAMBRIDGE
TEXTS
IN THE
HISTORY
OF
POLITICAL
THOUGHT

Comte

Early Political
Writings

EDITED BY
H. S. JONES

La Ciencia que mató a Dios para inventar la Religión.

Lo que contribuyó a forjar el mito de los tres estados de la humanidad en la mente del padre de la sociología fue, sin duda, la idea de progreso característica de los pensadores ilustrados. Comte quiso hacer de tal pensamiento una auténtica ley.

Según esta visión de la historia, la humanidad progresaba constantemente a lo largo del tiempo pasando de un estado imperfecto de barbarie y primitivismo a otro futuro de civilización, en el que se alcanzaría de forma definitiva la sociedad perfecta y feliz. Comte estaba convencido de que tal sociedad sólo podía surgir en el mundo moderno europeo, el único absolutamente válido.

Por tanto, todos los demás pueblos y culturas de la tierra tenían que desembocar finalmente en la sociedad que se había creado en el corazón de la vieja Europa. De ahí que se le haya llamado “el sociólogo de la unidad humana o de la unidad de la historia humana” (Aron, 1996: 1, 89).

Comte explicó su ley de los tres estados diciendo que el hombre había pasado por tres etapas sucesivas a lo largo de su evolución histórica. De la edad religiosa o teológica a la metafísica y de ésta a la científica o positiva. En la primera, el espíritu humano se preocupó sobre todo por las causas originales y finales. Los interrogantes que inquietaban en aquella época eran: ¿de dónde venimos? ¿quiénes somos? ¿a dónde vamos?

Cada civilización respondió a su manera pero la tendencia general apuntaba siempre hacia las explicaciones absolutas.

Los hombres estaban culturalmente tan desarmados que interpretaban los fenómenos de la naturaleza atribuyéndolos a fuerzas sobrenaturales, dioses o seres poderosos que se parecían bastante a los humanos. Este sería el estado teológico o ficticio que a su vez habría pasado por tres fases, primero la del fetichismo, después el politeísmo y finalmente la del monoteísmo.

Según afirmaba Comte, esta etapa correspondía a la infancia de la humanidad, en la cual el primitivismo religioso se manifestaba en la adoración de los astros, en la creación de un universo imaginario poblado de dioses buenos o malos y, por último también, en la creencia judeo- cristiana en un único Dios todopoderoso que no sólo había creado el cosmos, sino que podía a la vez mantener una relación personal con cada individuo. En definitiva, puras quimeras religiosas que sirvieron para tranquilizar la conciencia humana durante estos primeros tiempos, pero que también la incapacitaron para entender la naturaleza y actuar sobre ella.

Comte pensaba que la idea de Dios había sido útil a la humanidad primitiva pero en la época moderna ya había quedado anticuada y superada.

No obstante, en la época actual, llamada por los sociólogos y filósofos postmoderna, se ha producido el desengaño de la razón moderna y un progresivo retomo de lo sagrado (Cruz, 1997:113).

Contra las profecías de Comte que vaticinaban el funeral del sentimiento religioso en la sociedad industrial, lo que se observa hoy es precisamente todo lo contrario, el florecimiento de la religión.

El mundo tecnificado que según las intuiciones ilustradas iba a cobijar una sociedad feliz y plenamente realizada, se ha transformado en un recinto de competencia salvaje que aísla a las personas, las desampara física, psíquica y espiritualmente generando en lo más profundo de su ser una incertidumbre existencial.

Tal ambiente constituye un trampolín que impulsa al hombre a la búsqueda de algún tipo de sacralidad que pueda ofrecerle seguridad, satisfacción emocional, realización personal y calidez espiritual en medio de una sociedad fría y despersonalizada.

¿Cuando vuelva Jesucristo ¿hallará fe en la tierra?

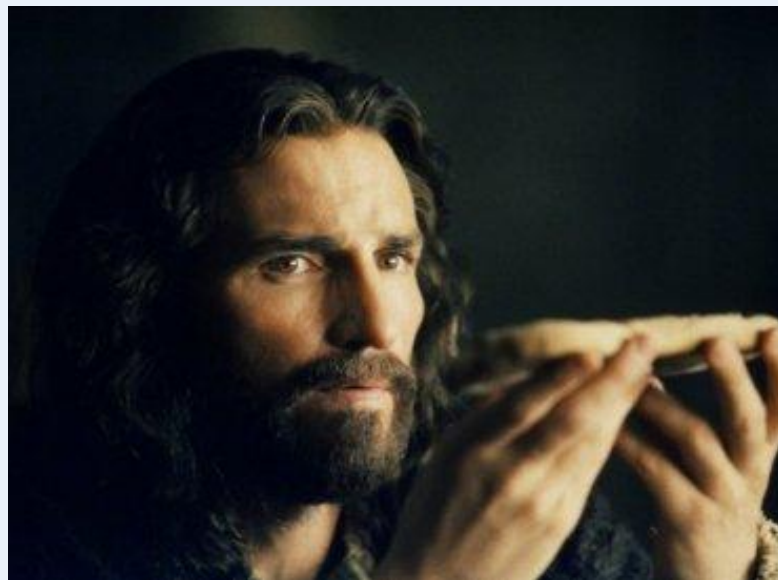
La sociología que propuso Auguste Comte se sostenía sobre unos pilares sumamente débiles. Dio por supuesto que el progreso moral de la humanidad iba paralelo al desarrollo tecnológico y que ambos eran además inevitables; asumió que cualquier creencia religiosa era falsa en sí misma y que el mejor método para estudiar la sociedad era el propio de las ciencias naturales. Todas estas “evidencias” juntas, aunque en la actualidad se les pretenda quitar importancia, estaban en la base de su particular física social. Una disciplina que se relacionaba directamente con el humanismo ateo de su tiempo.

El positivismo que Comte elaboró pretendió eliminar el concepto de “revelación” y llegó a decir que la Biblia no tenía nada que decirle al hombre. Lo sobrenatural no existía, únicamente lo natural era lo que conformaba la realidad.

De ahí que tanto el mito de los tres estados como su consecuencia final, la pretendida religión científica de la humanidad, constituyan una especie de instauración de aquello que el apóstol Pablo escribió a los romanos, refiriéndose al error de ciertos hombres que:

“cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador” (Romanos 1:25). Esta fue la gran equivocación de Comte, no darse cuenta de que existe un conocimiento exterior a cualquier contexto social de este mundo; que hay una manifestación veraz procedente de la Trascendencia y, por tanto, proveniente de afuera, la revelación de Dios y de que, por encima de lo social y humano, está el Creador del universo. Como afirma el sociólogo cristiano, David Lyon:

“Nuestro pensamiento sociológico deberá reflejar nuestra firme creencia de que ni el individuo ni la sociedad son el árbitro final del conocimiento. Dios no sólo debe tener la última palabra, sino también la primera.” (Lyon, 1979: 50).



**“Confiamos en Dios,
pues sabemos que él
nos oye, si le pedimos
algo que a él le
agrada.”**

1 Juan 5:14 (Traducción en lenguaje actual)



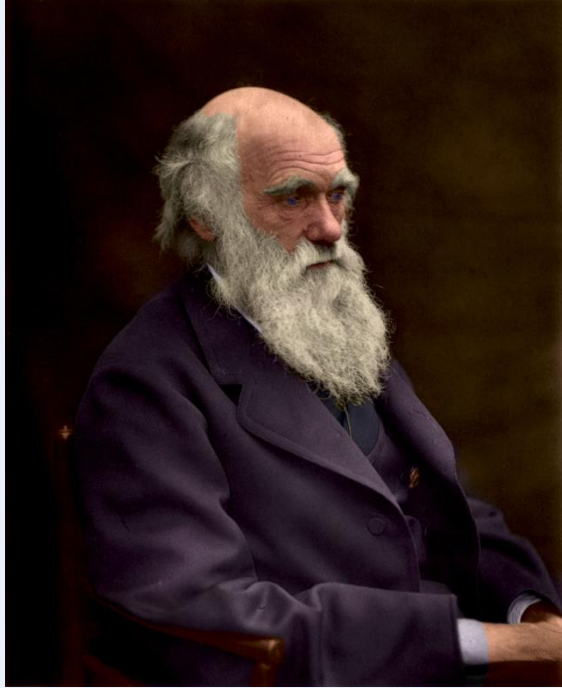
Comte quiso crear una religión del amor a la humanidad, un culto en el que los hombres procuraran amar de forma altruista a otros hombres, pero su soberbia le impidió ver que, en realidad, eso ya se había hecho. El Dios cristiano se hizo hombre. Eso sí fue verdaderamente amar a la humanidad.

El Creador se humilló y entró en la historia humana para morir como un malhechor, colgando de una cruz. Tal es el escándalo del cristianismo. La locura de la omnipotencia de Dios en la impotencia amorosa de la cruz. Dios se convirtió en no-Dios por amor al hombre.

La iniciativa fue suya porque “Él nos amó primero”. Y este Dios hecho hombre en Jesucristo formuló en cierta ocasión la pregunta: “Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas. 18:8). ¿Quedarán seguidores del Maestro cuya fe les inspire una vida vigilante de oración y amor al prójimo?

Tal pregunta supone un reto a los cristianos de todas las épocas, pero especialmente al creyente de hoy. En medio de una sociedad postmoderna, pero también postsecularizada, el Evangelio continúa teniendo atractivo para dar sentido a la existencia del hombre y para reconciliar a la criatura con el Creador. Otras frases de Jesús aportan también la seguridad de que: “El cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán” (Mateo. 24:35). La validez de su palabra es eterna pero los cristianos debemos seguir orando, predicando y actuando sin desmayar. De esta manera cuando Cristo vuelva, la llama de la fe seguirá dando su brillo y su calor.

CHARLES DARWIN (1809-1882)



El mito del evolucionismo o de que el hombre ha evolucionado a partir de los animales

“Así pues, el objeto más excelso que somos capaces de concebir, es decir, la producción de los animales superiores, resulta directamente de la guerra de la naturaleza, del hambre y de la muerte. Hay grandeza en esta concepción de que la vida, con sus diferentes facultades, fue originalmente alentada por el Creador en unas cuantas formas o en una sola, y que, mientras este planeta ha ido girando según la constante ley de la gravitación, se han desarrollado y se están desarrollando, a partir de un comienzo tan sencillo, infinidad de formas cada vez más bellas y maravillosas.”

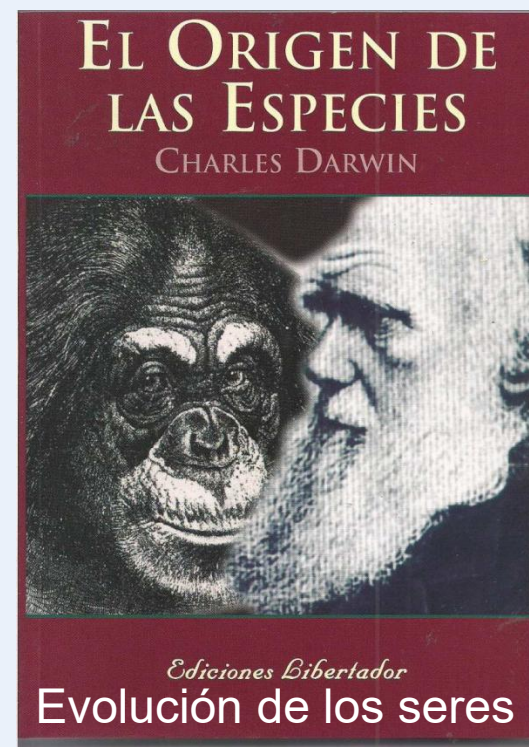
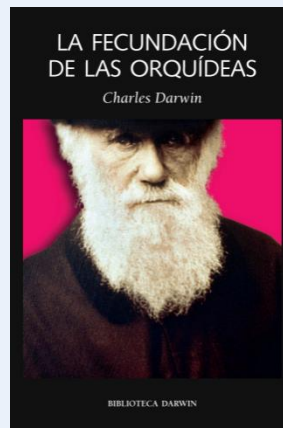
DARWIN, y el origen de las especies, (1980: 479).

Con estas palabras terminó Darwin su obra por excelencia, **El origen de las especies**. Seguramente la alusión al creador pretendió aminorar las críticas de sus adversarios ya que, de hecho, cuando este libro se publicó, su autor se confesaba agnóstico en la intimidad.

Pero, a pesar de las dudas e indecisiones, Charles Darwin fue el hombre que cambió sus creencias personales y las de millones de criaturas, originó divisiones en el mundo científico que perduran hasta hoy y provocó rupturas en el seno de la Iglesia cristiana. Con el transcurso de los años se fue convirtiendo de naturalista aficionado en investigador meticuloso y observador, que pudo dedicarse plenamente a esta ocupación gracias a poseer el dinero suficiente para no tener que depender de un trabajo remunerado.



Dios, Creador de todos los
animales y del hombre



Sus intereses científicos fueron tan amplios que le llevaron desde asuntos particulares, como el estudio de las plantas carnívoras, las lombrices de tierra o los fósiles de ciertos crustáceos, a temas mucho más generales y abstractos, como la herencia biológica, las variaciones geográficas que experimentaban los seres vivos, el dimorfismo sexual o la selección artificial de los animales domésticos.

Puede afirmarse que su pensamiento acerca de la evolución de las especies constituye la síntesis de todas las ideas transformistas que se conocían en la época, pero una síntesis que las interpretaba a través del filtro de la lucha por la existencia y de la supervivencia del más apto.

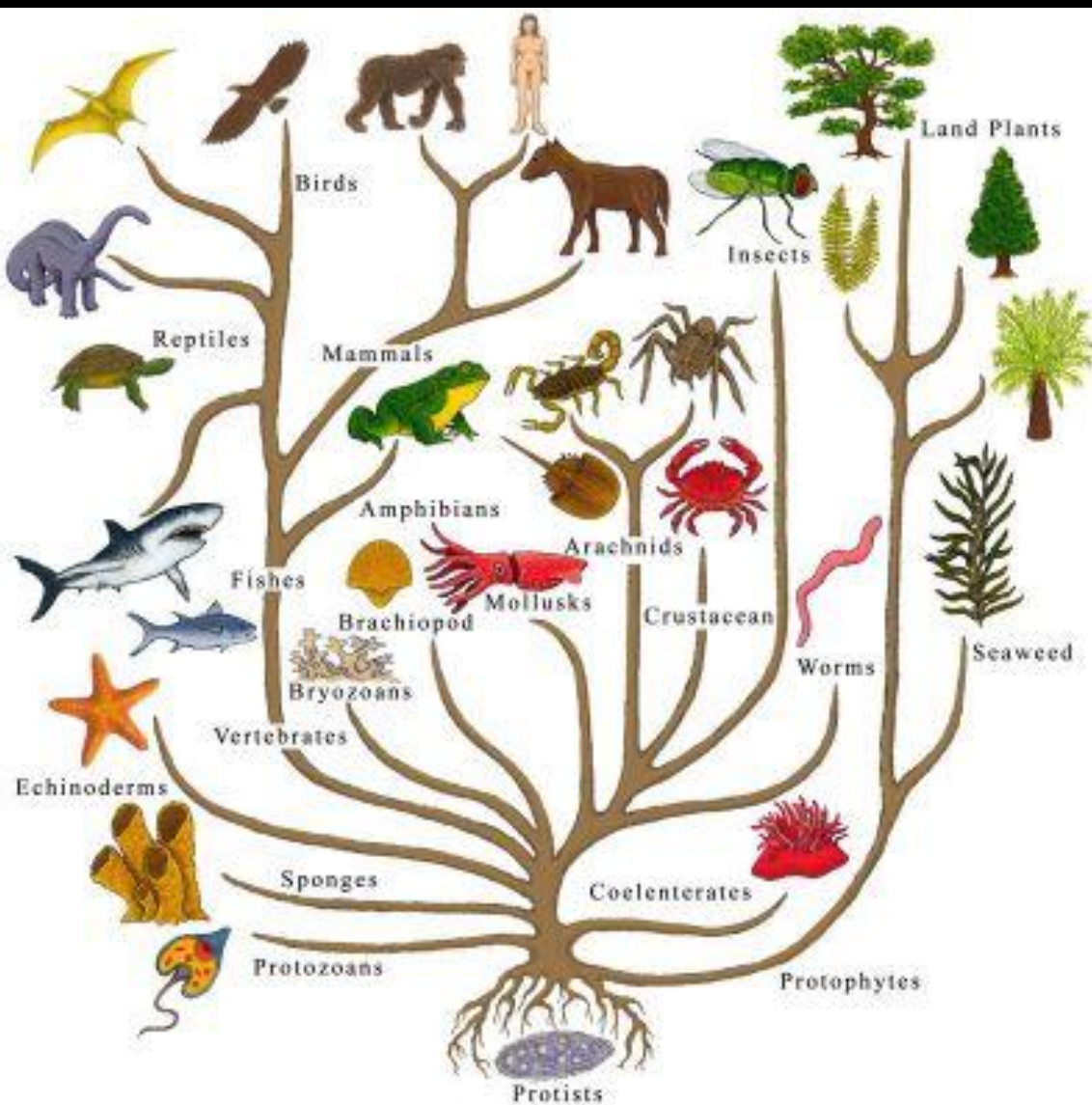
¿Por qué tardó tanto tiempo en hacer públicas sus conclusiones evolucionistas, a las que había llegado desde hacía más de veinte años? ¿Cómo es que se decidió a publicar su polémico libro sólo después de recibir el breve manuscrito que le envió Wallace?

Algunos biógrafos han señalado

En su obra, *El origen del hombre*, Darwin escribió que todos los seres humanos descendían probablemente de un antepasado común. No de un mono como los actuales, sino de alguna especie de primate simiesco que habría vivido en el continente africano. Muchos científicos empezaron a creer en la idea de que el hombre había aparecido de forma gradual por medios exclusivamente naturales y a rechazar que descendiera de una sola pareja creada por Dios hacía sólo unos pocos miles de años.

Lo que antes se atribuía al diseño divino y a la providencia, ahora se hacía depender de otra clase de divinidad: la Naturaleza y su mecanismo de selección natural.

Darwin manifestó: “Cuanto más estudio la Naturaleza, más me impresionan sus mecanismos y bellas adaptaciones; aunque las diferencias se produzcan de forma ligera y gradual, en muchos aspectos... superan con gran margen los mecanismos y adaptaciones que puede inventar la imaginación humana más exuberante.”



Niche	Placental Mammals	Australian Marsupials
Burrower	Mole	Marsupial mole
Anteater	Anteater	Numbat (anteater)
Mouse	Mouse	Marsupial mouse
Climber	Lemur	Spotted cuscus
Glider	Flying squirrel	Flying phalanger
Cat	Bobcat	Tasmanian "tiger cat"
Wolf	Wolf	Tasmanian wolf

Datos personales de Charles Darwin.

Charles Darwin nació en Shrewsbury el 12 de febrero de 1809. Su padre, Robert Waring Darwin, que era una persona muy corpulenta, -media casi 1,90 de altura y pesaba más de 150 kilos- ejercía con éxito la medicina en esa ciudad. El pequeño Darwin siempre quiso mucho a su padre pero a la vez se sentía algo cohibido delante de él. A su abuelo, Erasmus Darwin, que también había sido un hombre de ciencia y miembro de la Royal Society, no le llegó a conocer ya que murió siete años antes de que él naciera.

La madre de Charles, Sussanah, murió también cuando él sólo contaba con ocho años de edad. A pesar de ello fueron una familia muy unida formada por el padre, cuatro hijas y dos hijos.

Ya en los años de colegial, Darwin manifestó una gran predilección por el coleccionismo.

Guardaba toda clase de conchas, minerales, insectos, sellos y monedas. A los nueve años ingresó en la escuela del doctor Butler donde pasó siete cursos en régimen de internado. Más tarde escribió que lo único que se enseñaba allí era geografía antigua y algo de historia.

Sin embargo, él prefería en aquella época la poesía, en especial la de Lord Byron y la de Shakespeare, así como los libros de viajes y de pájaros. Su afición a los experimentos científicos se satisfacía eventualmente mediante las demostraciones que le hacía su tío, el padre de Francis Galton, acerca del funcionamiento de instrumentos físicos, como el barómetro o las reacciones químicas que con su hermano mayor realizaban en un viejo almacén de herramientas.

A los dieciséis años, Darwin salió de la escuela para ingresar en la Universidad de Edimburgo. Su padre quiso que estudiara la misma carrera que él ejercía y la que también estudiaba su hijo mayor Erasmus. Sin embargo, esta no era la vocación de Charles ni tampoco la del hermano. Al poco tiempo ambos dejaron los estudios frustrando así el deseo paterno de tener un hijo médico que le sucediera.

En agosto de 1831, el reverendo John Stevens Henslow que además era profesor de botánica y amigo de Darwin, le escribió una carta informándole de la posibilidad de enrolarse como naturalista en el Beagle, un barco con misión cartográfica y científica que iba a dar la vuelta al mundo. Aunque su trabajo en la nave no sería remunerado, a Darwin le entusiasmó la idea y después de ciertas dificultades logró convencer a su padre para que le permitiera ir. Esto le llevó a formular su tercera premisa: el misterioso mecanismo era lo que Darwin llamó la “selección natural”.

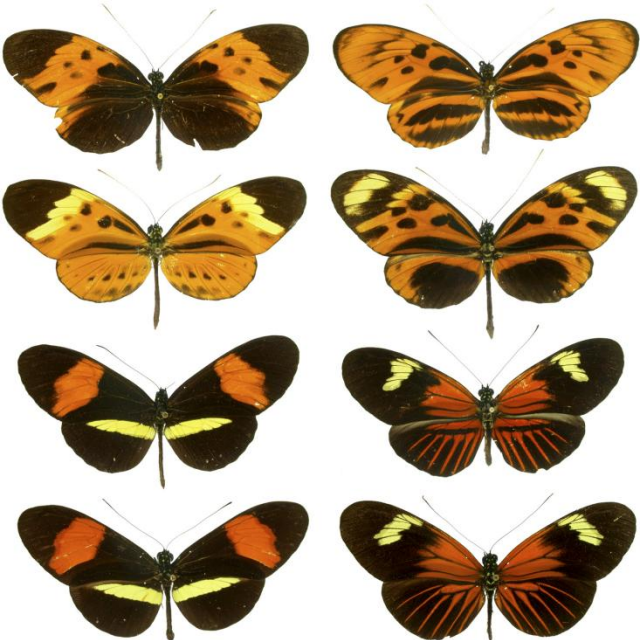
Las diferencias entre los individuos unidas a las presiones del ambiente provocaban el que unos sobrevivieran lo suficiente como para dejar descendientes, mientras que otros desaparecieran prematuramente sin haber tenido hijos.

En este proceso siempre perdurarían los más aptos, no por ser superiores sino por estar mejor adaptados a su ambiente. Cuando las condiciones de éste cambiaran, entonces serían otros con diferentes características los herederos del futuro.

Por tanto, la conclusión a la que llegó Darwin era que la selección natural constituía la causa que originaba nuevas especies. El cambio evolutivo que provocaba la aparición de nuevos organismos debía ser lento y gradual ya que dependía de las transformaciones geológicas ocurridas a lo largo de millones de años. Unas especies se extinguían mientras otras surgían de manera incesante.

Hacia el final de sus días, Darwin presentó la teoría de lapangénesis, que resultó ser un planteamiento totalmente equivocado.

Él era consciente de que a la teoría de la evolución le faltaba algo importante. Como se ha señalado antes, en aquella época no se conocían los mecanismos de la herencia. Sólo después de más de cincuenta años de investigación, se pudo disponer de una teoría satisfactoria sobre la herencia y conocer la existencia de las mutaciones en los genes. Pero en su tiempo y con sus limitados conocimientos,



Esto le llevó a formular su tercera premisa: el misterioso mecanismo era lo que Darwin llamó la “selección natural”.

Las diferencias entre los individuos unidas a las presiones del ambiente provocaban el que unos sobrevivieran lo suficiente como para dejar descendientes, mientras que otros desaparecieran prematuramente sin haber tenido hijos.



La ley de la supervivencia del más apto condujo inevitablemente a la supervivencia y el predominio de los hombres que eran eficaces en la guerra y que le encantó porque eran eficaces.

–Elihu Root

Darwin intentó explicar los fenómenos hereditarios mediante unas hipotéticas partículas que procedían de los distintos tejidos del organismo y eran transportadas a través de la sangre hasta los órganos reproductores o allí donde fueran necesarias. Hoy se sabe que la teoría de la pangénesis no era cierta, pero el mérito de Darwin, según sus más fervientes seguidores, los neodarwinistas, consistió en aferrarse a la selección natural y rechazar los principios del lamarkismo.

Cuando la biología se convierte en sociología

Las ideas de Darwin dividieron el mundo de su época. No sólo se le opusieron la mayoría de los líderes religiosos sino también prestigiosos hombres de ciencia, como el zoólogo Phillip Gosse que se mantuvo siempre en el creacionismo; el profesor de geología Adam Sedgwick quien le censuró por haber abandonado el método científico de la inducción baconiana.

El prestigioso paleontólogo y especialista en anatomía comparada, Richard Owen, que era discípulo del gran científico francés, Georges Cuvier, padre de esas mismas materias y enemigo declarado del transformismo. También en Estados Unidos se levantaron voces contra la teoría de la evolución, como la del naturalista de origen suizo, Louis Agassiz, que poseía una gran reputación como zoólogo y geólogo.

Imposibilidad de la generación espontánea de la vida

Antes de la invención del microscopio y del descubrimiento de la complejidad de ese mundo en miniatura que escapa al sentido de la vista humana, los naturalistas pensaban que ciertos animales pequeños podían aparecer de forma súbita a partir de la materia orgánica putrefacta. Se creía que insectos, gusanos, anguilas o ranas surgían de manera natural en el barro, mediante la transformación de la materia inorgánica en orgánica.

Cuando se comprobó que esto no era así, el ámbito de la generación espontánea de la vida se fue reduciendo cada vez más. Louis Pasteur se dio cuenta de que si se protegían convenientemente los alimentos, éstos no eran capaces de generar microbios ni insectos, por lo que en 1862 demostró definitivamente que la generación espontánea era una quimera.

No obstante, tal teoría fue asumida por los partidarios del darwinismo, como Ernst Haeckel, para explicar el origen de las primeras células. En aquella época se creía que la célula era un simple grumo de carbono que había surgido por evolución de la materia inanimada. Hoy se sabe que las células son muchísimo más complejas de lo que se creía entonces.

¿Pudo el ojo producirse por evolución?

Acerca de los órganos que presentan una perfección y complicación extremas como puede ser el ojo, Darwin escribió: “Parece absurdo de todo punto, -lo confieso espontáneamente,- suponer que el ojo, con todas sus inimitables disposiciones para acomodar el foco a diferentes distancias, para admitir cantidad variable de luz y para la corrección de las aberraciones esférica y cromática, pudo haberse formado por selección natural... Pero, la razón me dice que si puede demostrarse que existen numerosas gradaciones desde un ojo sencillo e imperfecto a un ojo complejo y perfecto, [...] entonces la dificultad de creer que... pudo formarse por selección natural, aunque insuperable para nuestra imaginación, no sería considerada como destructora de nuestra teoría. [...] (No obstante)

Si pudiera demostrarse que existió algún órgano complejo que tal vez no pudo formarse por modificaciones ligeras, sucesivas y numerosas, mi teoría se vendría abajo por completo” (Darvin, 1980: 196,199).

Comprender la mente de Dios

El mito del evolucionismo propuesto por Darwin se ha venido utilizando, durante todo el siglo XX, por los partidarios del materialismo puro para corroer la creencia en un Dios creador. Muchos pensadores cristianos, como Pierre Teilhard de Chardin y otros, procuraron hacer frente a tal ataque conciliando la teoría transformista con la fe, abundando en la posibilidad de que la creación hubiera ocurrido mediante un proceso de evolución darwinista dirigido por Dios. Se elaboró así una moderna cosmogonía evolucionista-teísta que suavizaba el relato bíblico, reduciéndolo a una especie de parábola constituida por verdades simbólicas que no debían interpretarse en sentido literal.

De esta manera se pretendía que la Biblia no entrara en conflicto con los enunciados transformistas de la ciencia que, en aquella época, se consideraban verdaderos. Como resalta el catedrático de Antropología Social de Cambridge, Ernest Gellner:

Sin embargo, a principios del siglo XXI, los últimos descubrimientos de la ciencia parecen sugerir que esta batalla era innecesaria.

Hay evidencia de la variabilidad que existe dentro de las especies, pero no la suficiente como para explicar las profundas transformaciones requeridas por el darwinismo. Los seres vivos prosiguen reproduciéndose según su género y no salen del cuadro estructural al que pertenecen, tal como afirma el relato del Génesis.

Los cambios observados tampoco van siempre de lo simple a lo complejo, como se suponía, sino que desde el principio las estructuras celulares y los procesos metabólicos demuestran una alta complejidad que se mantiene hasta hoy y que sólo puede ser interpretada apelando a un creador inteligente.

Toda la información de que dispone la ciencia en la actualidad apunta hacia un principio del universo en el tiempo y el espacio. La física y la cosmología han descubierto que la materia no es eterna como antes se creía, sino que empezó a existir en un momento determinado. Miles de acontecimientos físicos y químicos se dan la mano de forma asombrosa en el planeta Tierra para hacer posible la vida humana y del resto de los organismos. Pero, a la vez, la ciencia ha demostrado que en ningún lugar del planeta aparece actualmente la vida de manera espontánea, como consecuencia de las leyes naturales.

El descubrimiento del ADN y de la sofisticación del género humano, así como de la complejidad irreductible que hay en cada célula viva, sugieren también la necesidad de un diseñador que lo haya planificado todo. No obstante, el acto mismo de la creación sigue envuelto en la bruma del misterio y aunque nos fuera explicado por el mismo Dios, seguramente tampoco seríamos capaces de entenderlo.

El nivel de los conocimientos científicos actuales no está a la altura requerida, aunque lo que cada vez resulta más evidente es que tal proceso creador no es ni mucho menos el transformismo lento y azaroso propuesto por Darwin, sino que más bien se perfila como un diseño perfecto, complejo y consumado desde el primer momento.



El estudio de los orígenes continúa siendo uno de los principales retos para la ciencia del tercer milenio. En lo más hondo del alma humana sigue latiendo el deseo de desentrañar los misterios que hay detrás de las leyes que rigen el universo y de los seres vivos que lo habitan. Es el eterno desafío de intentar comprender la mente del creador. Pero conviene reconocer que hay cosas que la ciencia nunca podrá hacer, como revelar el carácter del supremo diseñador o su plan de salvación para la criatura humana. Esto es algo que pertenece a la teología.

Resumen

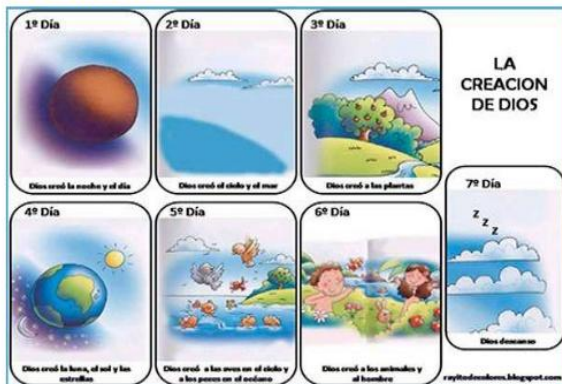


Imagen tomada de: <http://instituto-logos-oweb.org/la-idea-creadora-de-dios/>



A pesar de ello, la evidencia de designio y propósito en la naturaleza interpela directamente a cada ser humano.

De tal manera que como afirma el apóstol Pablo: “las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:20).

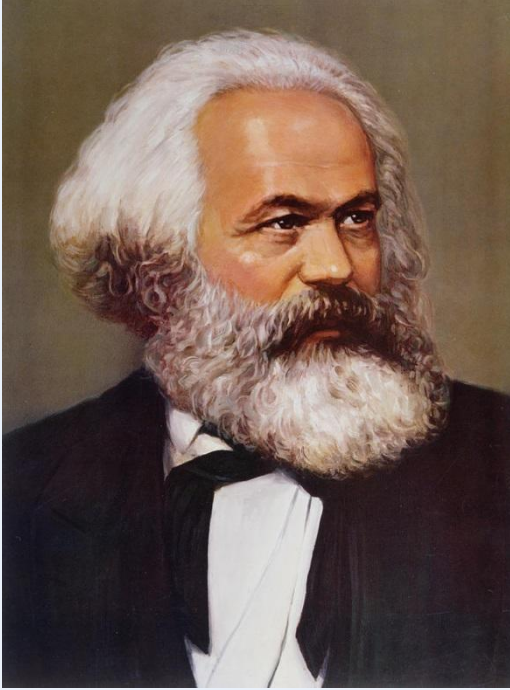
El diseño inteligente demanda una respuesta de cada persona. Una actitud de aceptación o de rechazo. Dios se ha manifestado también en el mundo natural y, por tanto, no valen las ambigüedades. La creación es la evidencia del creador y seguirá siendo el fundamento de la visión cristiana del mundo.

Guiones para estudiantes Wesley

**INTRODUCCIÓN A LA
SOCIOLOGÍA**

Clase 6

KARL MARX (1818-1883).



El mito de la redención proletaria o que los pobres heredarán la tierra y serán libres

“El primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia. **El proletariado se saldrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.”**

Marx fue un pensador revolucionario que vivió el conflicto entre su vocación de estudioso de la sociedad y su deseo de convertirse en profeta de la justicia social de su tiempo. Lo importante para él no fue limitarse a interpretar el mundo, sino intentar cambiarlo. En su opinión, los análisis filosóficos de la realidad social eran estériles si no conducían a una praxis concreta, a una aplicación práctica que contribuyera a mejorar la vida de los hombres.

“Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de distintos modos; de lo que se trata es de transformarlo” (Marx, 1970: 668). La verdad del pensamiento sería siempre -según él- de carácter práctico y consistiría en aclararle a los hombres sus problemas reales para que pudieran solucionarlos. De ahí que la filosofía marxista sea profundamente humanista; una reflexión de protesta cargada de fe en el hombre y en su capacidad para liberarse de cualquier opresión.



Al mito democrático del pueblo soberano creado por Rousseau, Marx, opone el mito socialista del proletariado, de esta clase redentora, llamada la voz pública ...

La ética marxista

- En contraste con la moral burguesa, la moral proletaria defiende la solidaridad y ayuda mutua
- No favorece el egoísmo, sino que expresa los intereses de la humanidad trabajadora
- Nace de las necesidades humanas
- Se proclama como ideología salvadora de la humanidad



Esta confianza en las posibilidades de la humanidad, tan característica de los pensadores de la época moderna, contrasta notablemente con la falta de esperanza que se vislumbra hoy en el mundo postmoderno. Y es que las atrocidades cometidas por el ser humano durante todo el siglo xx le han bajado los humos a la humanidad, provocando la transformación de aquella fe utópica en el hombre que tenía Marx, en un sentimiento creciente de desengaño y resignación.

Karl Marx quiso mejorar la situación social de los obreros de su época a pesar de que él nunca fue un obrero sino más bien todo lo contrario, un sólido burgués Victoriano de pies a cabeza, tanto en sus valores como en sus sentimientos más íntimos.

Sin embargo, la sociología que desarrolló para lograrlo -si es que se la puede llamar así- resultó ser sumamente primitiva y simplista, vista desde la perspectiva actual.

Datos personales de Karl Marx

Karl Marx nació el 5 de mayo de 1818 en Tréveris, ciudad Prusiano-Renana con abundante industria y repleta de monumentos que recordaban su pasado latino, francés y germánico. En la actualidad se la denomina Trier y está muy próxima a la frontera entre Alemania y Luxemburgo. Su familia era de origen judío y pertenecía a la clase media. El padre, Hirschel Marx, que trabajaba como abogado del tribunal supremo, se convirtió al protestantismo y fue bautizado a los 35 años de edad. Era un hombre liberal que había leído a Voltaire, Rousseau y Kant y se había apartado poco a poco del judaísmo, aunque siempre mantuvo su fe en Dios.

En repetidas ocasiones recomendó a su hijo esta creencia deísta, que podía encontrar también en pensadores como Locke, Newton o Leibniz, y que constituía, según él, un buen apoyo para la moral. Heinrich dejó de leer el Antiguo Testamento a sus hijos, como solían hacer los padres judíos y en su lugar les leía a Voltaire y sobre todo a Rousseau. Algunos biógrafos creen que la conversión del padre de Marx pudo estar condicionada por la necesidad de seguir ejerciendo la abogacía ya que en 1815, llegó a la conclusión de que toda la sociedad estaba montada sobre un impresionante malentendido.

Aquello que enseñaban los economistas de la época no tenía absolutamente nada que ver con lo que ocurría de verdad. La apariencia de la sociedad no era su realidad.

El mundo de la modernidad, justo e igualitario, que pregonaban los teóricos del liberalismo, no era en la práctica más que la explotación sistemática del trabajador por parte del capital. Lo que en verdad provocaba el desarrollo de la sociedad burguesa era algo que se ocultaba a los hombres.

Fuerzas que actuaban bajo mano y permanecían escondidas a la mayoría de los individuos. Sólo los perspicaces eran capaces de intuirlos y descubrirlas.

Fenómenos como la política, que en el fondo era el engaño de los pocos; la religión, el triste consuelo de los muchos; la familia o la explotación a pequeña escala del sistema de clases; la ciencia, base técnica del poder económico o, en fin, el arte que hace creer a la gente que el mundo es un lugar bello y pacífico.

Toda la realidad social no era más que pura apariencia. Marx llamó a esta situación de ignorancia generalizada, el “inconsciente social” y la hizo responsable del incremento de las desigualdades en el seno de la sociedad. El sociólogo Paul Claval resalta también el valor de esta teoría:

“La noción de inconsciente se vuelve indispensable para explicar la mayor parte de las situaciones y constituye, para las ciencias sociales, un progreso indiscutible. Gracias a ella, es posible ir más allá de las interpretaciones, ingenuas o interesadas, que los protagonistas de la vida social tienden a dar de sus acciones y de las reglas vigentes de su mundo.” (Claval, 1991:175).

Sin embargo, Marx, después de llegar a esta conclusión del inconsciente social, no actúa como cabría esperar. No empieza su estudio a partir de los hechos visibles de la sociedad para continuarlos con aquellos otros desconocidos y que pasan desapercibidos a la mayoría de las personas, sino que se niega a aplicar el sentido común.

En vez de estudiar el mundo real, prefiere basar su interpretación en el estudio de lo que no se ve, en el mundo de las intuiciones, las ideas y los conceptos, renunciando así a cualquier recurso a la experimentación o a las pruebas demostrativas. La debilidad principal de la visión sociológica de Marx es precisamente ésta, considerar que el análisis de la vida en sociedad sólo se puede hacer de forma teórica.

La historia de la humanidad

¿es la historia de la lucha de clases?

Tanto para Marx como para su amigo Engels la respuesta a esta pregunta es evidente y absolutamente afirmativa. En el Manifiesto comunista escriben:

“En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos: en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales (1998: 211). Si cada estamento social buscara sólo su propio beneficio, ¿no habría que pensar también en el Estado, o en la clase dirigente, como en un instrumento de dominio? ¿que garantías habría para confiar en que los gobernantes buscarían ante todo el bienestar social de los ciudadanos?

En la evolución de las comunidades humanas tiene que haber algo más que el puro egoísmo individualista y corporativista propuesto por la lucha de clases.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

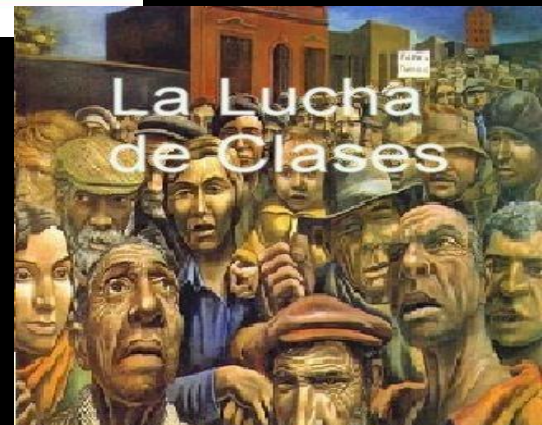
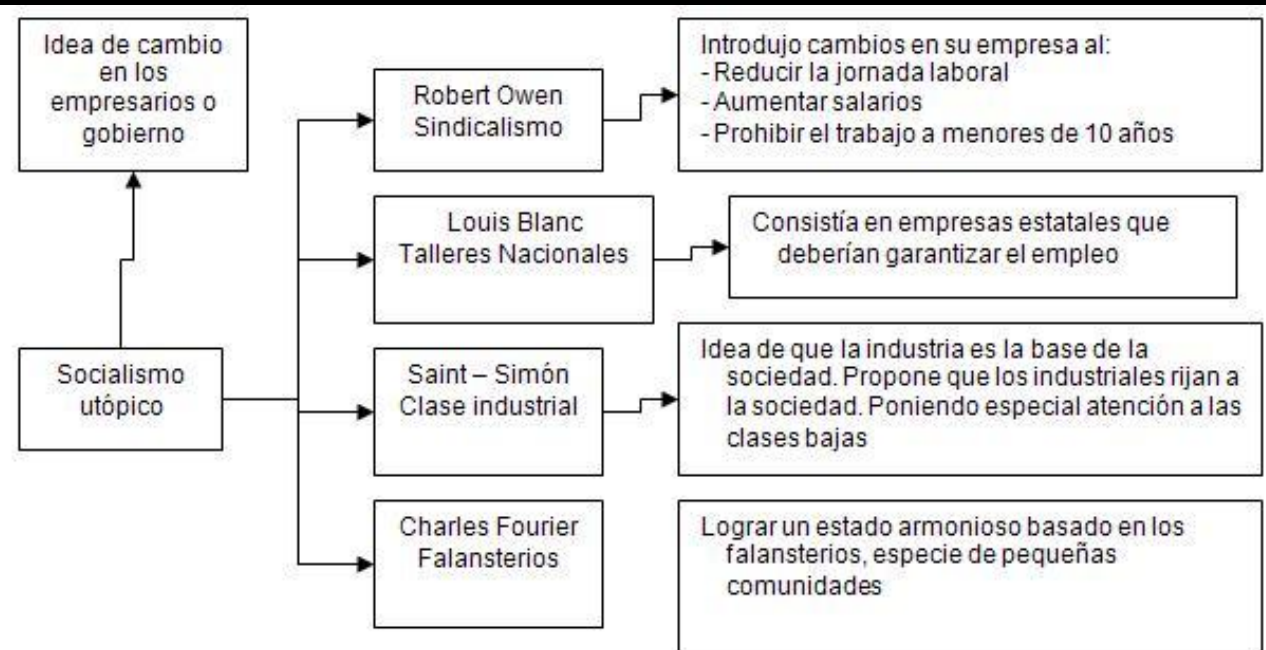
Karl Marx creyó haber encontrado en su concepción de la historia y en su crítica del capital, los fundamentos científicos para la liberación de la clase obrera.

La emancipación de los trabajadores de todo el mundo iba a ser, según su teoría, el inicio de la emancipación de toda la humanidad.

Estas ideas le llevaron a participar en la organización de la clase obrera europea así como en su revolución contra el sistema. Procuró aunar su creación teórica con su militancia práctica.

Sin embargo, Marx no se hizo proletario ni tampoco sus convicciones le llevaron a renunciar a los privilegios de clase. Es verdad que pasó épocas de miseria y privaciones pero no por ser fiel a sus principios sino debido a los avatares propios de su existencia.

Marx fue siempre un burgués, no un obrero. El interés por la injusticia social que sufrían los trabajadores se le despertó tardíamente.



Sea como fuere, Marx se convirtió en el profeta teórico de la lucha obrera augurando que la revolución supondría el fin de las clases y de la sociedad capitalista. Aceptó el mito de las revoluciones de Hegel, creyendo que las revueltas sociales no eran accidentales sino que constituían la expresión de una necesidad histórica y que ocurrían en el momento oportuno, allí donde se daban las condiciones adecuadas.

La religión como opio del pueblo

La famosa frase que afirma que “la religión es el opio del pueblo” está tomada en realidad, como tantas otras, de Bruno Bauer (1809-1882), amigo personal de Marx y miembro de la izquierda hegeliana. El sentido de la misma es manifestar que las religiones eran como sedantes o narcóticos que creaban una felicidad ilusoria en la sociedad; drogas que contribuían a evadir al hombre de su realidad cotidiana; prejuicios burgueses detrás de los que se ocultaban los verdaderos intereses del capitalismo.

Marx combatió la religión degradada de su tiempo porque creía que alienaba al ser humano y no satisfacía sus verdaderas necesidades; pensaba que tal religión sólo servía para persuadir a los individuos de que el orden actual de la sociedad era aceptable e irremediable y, por tanto, desviaba sus deseos de justicia y felicidad del mundo humano al mundo divino.

En este sentido, la religión era la medida de la miseria terrena del hombre; la conciencia invertida del mundo porque lo concebía al revés, injusto e inhumano; algo que legitimaba las injusticias sociales del presente creando a la vez una esperanza ilusoria de justicia definitiva en el más allá.

Por tanto, lo que había que hacer para superar tal alienación religiosa era cambiar las condiciones económicas y sociales por medio de la revolución y crear un paraíso en la tierra que hiciera innecesario el anhelo religioso.

Aportaciones del marxismo

Quizá el planteamiento de la lucha de clases entre esas dos entidades sociales tan polarizadas, proletarios y capitalistas, que hizo Marx en su momento, pueda resultar hoy excesivamente simplista.

No obstante, es indudable que el panorama global actual continúa siendo, a pesar de las ventajas que pueda tener la mundialización, el de una minoría rica y dominante (Primer Mundo) y el de una gran mayoría pobre, oprimida por el peso del hambre, la miseria y la deuda externa (Tercer y Cuarto Mundo).

Teología de la liberación

Las ideas marxistas se encuentran desacreditadas actualmente como teoría política en casi todo el mundo.

Sin embargo, el neomarxismo continúa vivo en varios movimientos actuales de liberación.

Simplemente que el concepto de proletariado ha sido sustituido por el de la mujer, los homosexuales o cualquier grupo étnico oprimido que reivindique sus derechos (Colson, 1999). Además de esto, el pensamiento de Marx ha influido también en la religión.

Sus ideas fueron analizadas en los 60 por ciertos teólogos cristianos y dieron lugar a la famosa “teología de la liberación” que se extendió casi por todo el mundo. En América Latina se inició mediante la labor de hombres como Gustavo Gutiérrez, José Míguez Bonino, Rubén Alves, Leonardo Boff, José Severino Croatto, José Porfirio Miranda, Hugo Assmann y Juan Luis Segundo; entre la población negra de Sudáfrica fue promovida por líderes como Desmond Tutu; algunos negros norteamericanos la aceptaron a través de James Cone e incluso existe una teología de la liberación feminista que tiene también sus raíces en el movimiento latinoamericano.

A pesar de que habitualmente se cree que la teología de la liberación es un movimiento de origen católico surgido en la ciudad colombiana de Medellín en el año de 1968, en el seno del Concejo General del Episcopado Latinoamericano.

¿Eran comunistas los primeros cristianos?

El evangelista Lucas describe la comunidad de bienes en la Iglesia primitiva con estas palabras:

“Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno.

Y perseveraban unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo.”

(Hechos 2:44-47a).

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos.

Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad.” (Hechos 4:32-35).

Algunos teólogos de la liberación sostienen que estos textos se refieren claramente a una forma incipiente de comunismo llevado a la práctica por los primeros cristianos y que tal experiencia fracasó porque se produjo en una comunidad muy minoritaria rodeada por un gran mundo capitalista que la absorbió.

Pero si aquel intento se describe en el Nuevo Testamento no es sólo para conocer la historia antigua de la Iglesia, sino para que también hoy los creyentes procuren poner en práctica ese estilo de comunismo cristiano. Por tanto, la cristiandad contemporánea debería triunfar allí donde la primitiva no lo consiguió.



“Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseveraban unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo.” (Hechos 2:44-47a).



No obstante, es conveniente realizar algunas matizaciones previas. En primer lugar, la comunidad que describe Lucas no fue la única que practicó esta costumbre de tener todas las cosas en común. También otros grupos no cristianos como los esenios de Qumrán o los terapeutas judíos que llevaban una vida ascética practicaban este tipo de vida comunal (Gnuse, 1987: 222).

Aparte de esto, las diferencias existentes entre tales experiencias y lo que hoy se entiende por comunismo son evidentes. Quienes compartían sus bienes lo hacían siempre voluntariamente y no presionados por ninguna autoridad estatal; no todas las posesiones se ponían en común sino que seguía habiendo propiedad privada; esta costumbre sólo se dio en Jerusalén y no hay constancia de que los cristianos de

Antioquía o de otros lugares la llevaran también a la práctica; no parece que hubiera una organización muy estructurada para el reparto de los bienes, sino que el texto más bien sugiere que se hacía de forma entusiasta y espontánea; está claro que la experiencia duró poco y quizá en su fracaso pudo influir el hecho de que la venida del Señor no fue tan inminente como algunos esperaban. De todo esto es posible deducir que la práctica del comunismo fue una experiencia temporal que no tenía por que tener necesariamente una finalidad normativa para la vida de las futuras generaciones de cristianos. Para servir a los pobres y crear una sociedad más justa e igualitaria no es imprescindible recurrir a las ideas de Marx o del liberacionismo, basta sólo con obedecer el mensaje que desde hace dos mil años está escrito en las páginas del Nuevo Testamento.

La revolución fundamental de este mundo es la resurrección que inauguró Jesús y que implica transformación radical del ser humano; con Cristo hasta las mandíbulas de la muerte que parecen triturarlo todo se desvanecen como un sueño y permiten el camino a la verdadera vida.

Por eso los creyentes debemos hoy, más que nunca, poner en práctica el ministerio social que se desprende del Evangelio de Jesucristo para que el reino de Dios siga implantándose en este mundo y para que la vida gane finalmente la batalla a la muerte, la injusticia y el sufrimiento. Como recomendó el apóstol Pedro:

Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.” (1ª Pedro 4:10, 11).



Misionero en el Perú



Maestro de Escuela Dominical

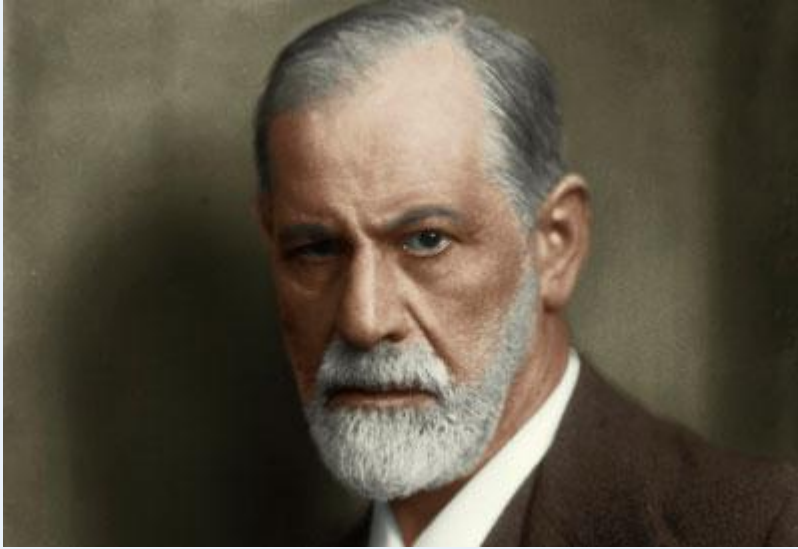


**Pastor Fernando
Martínez, Colombia**



**Dra. Jo Ann Lyon
Concejera en asuntos
migratorios en la Casa
Blanca. Misionera en
África. Superintendente
General Iglesia
Wesleyana**

SIGMUND FREUD (1856-1939)



El mito de Edipo o de la religión que surgió del sentimiento de culpabilidad.

Sigmund se manifestó durante toda su vida como un hombre testarudo y valiente. Fue un investigador constante capaz de enfrentarse con temas delicados, como el de la sexualidad, que chocaban contra la moral tradicional de la época.

Explicó ciertas perversidades o desviaciones sexuales como si se tratasen de enfermedades o patologías psíquicas y no como pecados morales. Revalorizó el papel de la sexualidad en el desarrollo psíquico de la persona, lo cual le obligó a luchar durante toda su vida contra la incomprensión o el rechazo de muchos de sus colegas y amigos.

El interés por los autores clásicos, griegos y latinos, le llevó a leer la tragedia, Edipo Rey de Sófocles. Pronto quedó impresionado por la lectura de este mito que le acompañó durante toda su vida.

El héroe de tal obra, Edipo, era hijo del rey de Tebas, Layo, y de su esposa Yocasta. Un oráculo le había predicho a Layo que sería asesinado por su hijo y que después éste se casaría con su propia madre. Cuando Edipo fue mayor huyó de su país natal y en Fócida se peleó con un viajero al que dio muerte: era Layo, su padre, a quien no reconoció.

Más tarde llegó a Tebas, donde la Esfinge le propuso los enigmas que planteaba a todos los viajeros; Edipo supo responder acertadamente y la Esfinge murió.

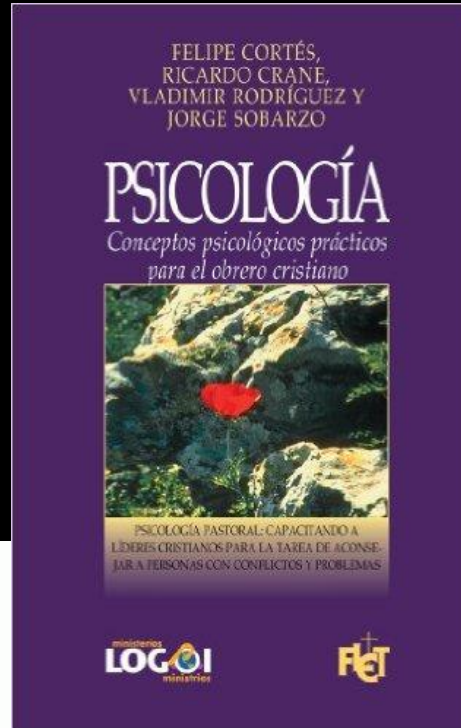
En agradecimiento, los ciudadanos de Tebas le hicieron rey y él, sin saberlo, se casó con Yocasta su madre: el oráculo se había cumplido. Según Sófocles, después de descubrir la verdad, Yocasta se ahorcó y Edipo se cegó.



La Teología, la Psicología
Cristiana y el Dr. Jesucristo
Convergencia entre la psicología
y la vida cristiana

Dr. Elvin Heredia, PhD

Convergencia entre la psicología y la teología en reflexiones y análisis de casos bíblicos. Respuestas y una nueva visión desde una perspectiva psicológica sobre asuntos de la vida cristiana que nos inquietan.



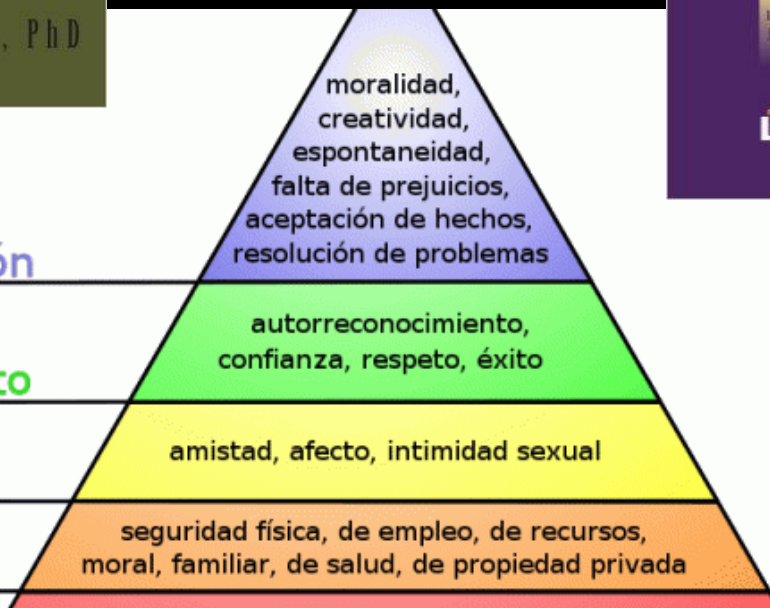
Como cristianos tenemos una obligación: «Ayúdense unos a otros a llevar sus cargas y así cumplir la ley de Cristo» (Gálatas 6.3). ¿Cómo cumplir con este mandato? Un grupo de psicólogos cristianos de Santiago de Chile se han unido para darnos ayuda y respuestas prácticas a este deber.

Autorrealización

Reconocimiento

Afiliación

Seguridad



TEORIAS DE LA PERSONALIDAD



La teoría
psicoanalítica de
Sigmud Freud
(1856-1939)

El Psicoanálisis

Descenso a las profundidades de la mente.

Freud llegó a la determinación de que los sueños eran realizaciones más o menos encubiertas de los deseos reprimidos y, por tanto, debían ser convenientemente interpretados. Los traumas psíquicos contenidos en el inconsciente podían de esa manera salir a la luz y ser curados.

A esto contribuía también la adecuada lectura de los actos fallidos como las equivocaciones al hablar o escribir, errores de lectura, olvidos, pérdidas, etc. Freud estudió muchos casos de “lapsus linguae” ya que, en su opinión, ninguno de estos fallos se debía a la casualidad sino que todos procedían del inconsciente y eran motivados por sentimientos que se intentaban reprimir en la mente del sujeto, pero sin éxito.

La psicología del siglo xix interpretaba los sueños como puros fenómenos mentales de carácter residual que carecían de interés científico.

Sin embargo, Freud se fijó en el significado profético y religioso que habían tenido para los pueblos de la antigüedad.

Tanto los egipcios, como los griegos y romanos habían intentado descubrir el futuro analizando los sueños; muchos profetas del Antiguo Testamento habían recibido consignas o revelaciones especiales por medio de sus visiones oníricas y también en el Nuevo Testamento Dios se había manifestado en sueños a ciertas personas. No obstante, Freud les dio un significado muy diferente al que tenían en el mundo antiguo. Para él los sueños eran auténticos caminos que conducían al inconsciente.

“Se hizo posible demostrar que los sueños poseen un sentido y adivinar éste. Los sueños fueron considerados en la antigüedad clásica como profecías; pero la ciencia moderna no quería saber nada de ellos, los abandonaba a la superstición y los declaraba un acto simplemente “somático”, una especie de contracción de la vida anímica dormida. [...] Podemos, pues, decir justificadamente que el sueño es la realización (disfrazada) de un deseo (reprimido) y vemos que se halla construido como un síntoma neurótico.” (Freud, 1970: 60, 63).

Otro gran estudioso del desarrollo infantil, el profesor de la Universidad de Chicago, Georges H. Mead (1863-1931), aunque sostuvo ciertas ideas parecidas a las de Freud, llegó a la conclusión de que la personalidad humana estaba menos sometida a tensiones de lo que suponía el padre del psicoanálisis. En su opinión, los bebés empiezan a desarrollarse como seres sociales imitando las acciones de las personas que les rodean y para ello utilizan el juego. Los niños pequeños adoptan así el papel de otro y desarrollan su autoconciencia al verse a sí mismos como los ven los demás. Tanto para Freud como para Mead, alrededor de los cinco años el niño es ya capaz de sentirse autónomo y desenvolverse fuera del contexto familiar.

Freud creía que esto se debía a la fase edípica, mientras Mead afirmaba que era consecuencia de la capacidad para desarrollar la autoconciencia.

Mead no estaba de acuerdo en que lo que ocurría entre el nacimiento y la primera infancia tuviera necesariamente que determinar toda la vida posterior de la persona.

Pensaba que la capacidad de aprendizaje social propia de la adolescencia era tan importante o más que la ocurrida durante la primera infancia. Las hipótesis de Mead no dependían tanto del inconsciente y no fueron tan polémicas como las de Freud, aunque también influyeron de forma importante en la psicología posterior.

El discípulo de Freud, Alfred Adler (1870-1937), médico de origen judío, pronunció cuatro conferencias en 1911 bajo el título general: Crítica de la teoría sexual freudiana.

Las ideas que expresó en este ciclo supusieron su expulsión, así como la de siete médicos más, del círculo psicoanalítico de Viena. Su versión de la teoría psicoanalítica fue mucho más rica y matizada desde el punto de vista científico que la de Freud, ya que se avenía mejor con aquello que era posible observar en la práctica.

Críticas a la psicología freudiana.

A pesar de que las ideas psicológicas de Freud continúan disfrutando de una gran influencia y probablemente muchas de las aportaciones del psicoanálisis son válidas; aún reconociendo que la mayoría de los estudiosos de la mente humana acepta hoy que existen aspectos inconscientes del comportamiento que podrían haberse originado, según el modo de enfrentarse a la ansiedad, durante los primeros años de la infancia, tal como él señaló; es menester reconocer también que las teorías de Freud han sido muy criticadas y, en ocasiones, han suscitado reacciones bastante hostiles. Algunos psicólogos rechazaron la idea de que los niños pequeños manifestaran deseos eróticos o que aquello que ocurría durante los primeros años de vida pudiera crear ansiedad para siempre (Giddens, 1998).

El cristianismo de Cristo no es neurosis sino liberación. A pesar de las afirmaciones de Freud en cuanto al origen de las religiones, hasta hoy no se ha encontrado la hipotética “religión primitiva” de la que, según se dice, habrían evolucionado todas las demás.

¿Es el cristianismo una de esas manifestaciones religiosas alienantes que conducen a la neurosis, como decía Freud? Parece obvio que, como todas las creencias, la fe cristiana puede sufrir deformaciones o adulteraciones capaces de crear problemas a ciertas personas.

No obstante, el genuino cristianismo de Cristo no es una neurosis sino todo lo contrario, una liberación radical del ser humano. Cuando el individuo llega a conocer la verdad de la revelación, descubre la auténtica libertad.

Jesús dijo que quien permanece en su palabra, conoce la verdad y ésta le convierte en una persona libre (Juan. 8:31, 32). Pero “permanecer en la palabra de Cristo” implica poseer voluntad y responsabilidad moral.

Cada criatura humana es responsable de sus actos delante de Dios y es libre para decidirse a favor o en contra de él. Sin embargo, este sentido de la responsabilidad moral es el que pretenden destruir los planteamientos de Freud. ¿Hasta qué punto es el ser humano responsable de sus actos si éstos vienen determinados por fuerzas o impulsos inconscientes que no se pueden controlar?

Si las pulsiones que experimentamos vienen de la parte más antigua del cerebro (del Ello) que todavía subsiste de cuando éramos animales irracionales, ¿cómo es posible decir que tales deseos poco evolucionados son moralmente malos y no el simple producto de esa parte cerebral más antigua y animal? ¿hasta qué punto podemos ser responsables de tales pulsiones?

Las hipótesis freudianas conducen a considerar los errores del comportamiento no como resultado de la corrupción moral del individuo sino como simples respuestas aprendidas por nuestros antepasados y guardadas en el inconsciente. No obstante, cuando se niega la visión cristiana del mundo se está rechazando también la idea de responsabilidad moral y de pecado.

Bajo el disfraz de una concepción “científica” de la vida humana, lo que se hace es robarle dignidad al ser humano y tratarlo como si fuera una máquina o un animal. Al negar la realidad de la conciencia y de la maldad que anida en el corazón de las personas, se genera caos moral y corrupción a todos los niveles. Como escribe Colson: “¿Consumen drogas? ¿Son alcohólicos? ¿Son aptos para el trabajo. pero se niegan a trabajar? ¿Están teniendo hijos sin la más mínima intención de mantenerlos económicamente? No importa. Igualmente tienen derecho a los beneficios del gobierno, y no hay que hacer preguntas. De modo que estos patrones de conducta disfuncionales se robustecen, y el ciclo continúa.

A los ciudadanos no se los alienta a asumir responsabilidad moral o personal para su vida. No nos sorprendamos, entonces, de que la idea de bienestar social ha engendrado una clase social subordinada en donde la conducta disfuncional e ilegal es norma. Al ignorar la dimensión moral, al reducir los desórdenes sociales a problemas técnicos que deben tratarse con soluciones científicas, hemos creado caos moral.” (Colson, 1999: 168).



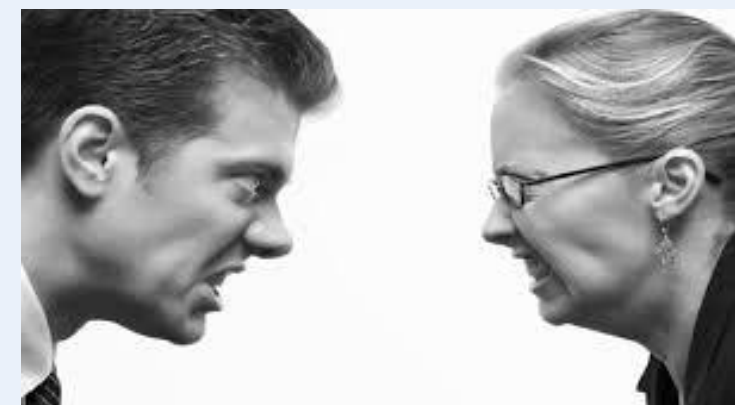
El egoísta construye sobre él los principios de la vergüenza y la culpabilidad.

(William Cowper)

akifrases.com

ROMANOS 14:10,12

- **Todos tendremos que comparecer ante el Tribunal de Dios!...Así que cada uno de nosotros tendrá que dar cuentas de sí a Dios.**



Las ideas de Freud están en la raíz de ese liberalismo que entiende siempre el crimen y la delincuencia como producto exclusivo de la pobreza o de otros males sociales.

Es evidente que el ambiente que rodea a muchos individuos puede contribuir negativamente sobre ellos y hacer que muchos lleguen a convertirse en delincuentes. Sin embargo, no todos los que se han criado o viven en tal ambiente se convierten necesariamente en criminales.

El hombre es hombre precisamente porque es capaz de tomar decisiones propias moralmente significantes. Pero cuando se niega esta responsabilidad individual y se sitúa el origen del crimen en fuerzas abstractas e impersonales de la sociedad, entonces resulta que nadie es responsable de nada.

Negando el pecado y la culpa no es posible mejorar la sociedad. Por el contrario, lo que ocurre es que se le resta significado a las decisiones y a las acciones humanas, se mengua la dignidad del ser humano y se corre el riesgo de dejar sueltas las fuerzas más negativas de este mundo.

Freud contempló la religión, según se ha visto, como una neurosis de carácter edípico que sólo servía para ilusionar a las personas y hacerles creer en un Dios caritativo y paternal, sin embargo su psicología atea ha contribuido a recrear otro gran mito que ha tenido mucho éxito: el mito, ya anunciado por Rousseau, de la bondad innata del ser humano.

La creencia en la autonomía del yo y en la inexistencia de verdades objetivas; la convicción de que la moralidad está sujeta a las preferencias de cada cual; la concepción de que cada individuo es su propio dios y de que no hay que rendir cuentas a nadie.

No existe Dios, ni pecado, ni culpa. Pero ¿no es posible decir también que estas creencias ateas son ilusiones interesadas? Si la religión, según Freud, no es más que la proyección de un deseo, ¿por qué no pueden tales ideas ser a su vez proyecciones del deseo de vivir sin Dios, sin ser responsables de nada y sin tener que dar razón de nuestros actos a nadie?

El argumento de la proyección puede aplicarse tanto en un sentido como en otro. La principal neurosis de nuestro tiempo no es la religión, ni mucho menos el cristianismo, sino la falta de orientación en la vida, la ausencia de valores, de normas éticas y de responsabilidad individual.

La carencia de sentido y el vacío existencial que caracteriza al hombre contemporáneo es consecuencia directa de la represión que hoy sufre la moralidad y el sentimiento religioso. En nuestro tiempo se reprime lo espiritual y los resultados pueden verse por doquier. Pero lo cierto es que, a pesar de todas las teorías y mitos humanos, el cristianismo continúa siendo la mejor visión del mundo que todavía está al alcance de las personas. Es la creencia que mejor se ajusta a la realidad del hombre y que responde de manera sabia a sus preguntas fundamentales. Esto es así, sencillamente, porque el cristianismo de Cristo es la auténtica liberación y la Verdad con mayúsculas.

**Guiones para estudiantes
Wesley**

**INTRODUCCIÓN A LA
SOCIOLOGÍA**

Clase 7

Globalization



GLOBALIZACIÓN Y PROTESTANTISMO.

¿Es posible que en plena época postmoderna todavía subsistan ciertos mitos sociales propios de la modernidad y que influyan en las creencias religiosas de las personas? ¿Hay síntomas de tal persistencia mítica en el seno del mundo protestante?

En mi opinión, la mayor parte de los mitos tratados en este libro no han desaparecido de ciertos ambientes evangélicos sino que, por el contrario, brotan con fuerza en la actualidad originando ideas, doctrinas y actitudes que se alejan de la ortodoxia bíblica o que son claramente contrarias al Evangelio de Cristo.

El extraordinario desarrollo de las comunicaciones que está en la base del actual proceso globalizador, hace hoy posible que tales errores o comportamientos equivocados se difundan con rapidez traspasando las fronteras y anidando en el seno de muchas congregaciones locales.

En este sentido, el mito maquiavélico de creer que el fin justifica los medios empleados hilvana desde el influjo consumista que se detecta en cierta música y literatura religiosa dirigida por mentes no creyentes, hasta el sensacionalismo, la publicidad engañosa o la creación de tantos fetiches pseudoespirituales como anidan por doquier. Con la utilización indiscriminada de cualquier medio de comunicación de masas para presentar el mensaje evangélico ocurre lo mismo. Es cierto que la proliferación de teleevangelistas famosos ha servido para llevar muchas criaturas a los pies de Jesús, pero lamentablemente ha fomentado también la sustitución del culto en la iglesia local y la fraternidad entre los hermanos, por el incremento del individualismo espiritual que provoca la ceremonia televisada.

El surgimiento de ciertas estrellas de la predicación virtual ha hecho que en muchas ocasiones se dé más valor al mensajero que al propio mensaje transmitido.



Todo esto converge en el surgimiento de un cristianismo exclusivamente vertical, egoísta, generador de ídolos y apartado de la solidaridad con el hermano, que conduce al sentimiento equivocado de que no es necesario cambiar los males sociales porque, al fin y al cabo, Cristo viene pronto.

Si el mito cartesiano de la razón influyó de manera decisiva en la aparición de la teología racionalista moderna con su tendencia a la desmitologización del texto bíblico, no cabe duda que las tendencias actuales se han pasado al polo opuesto.

Hoy se experimenta todo lo contrario, el auge del mito del sentimiento que inunda casi todos los ambientes donde hay celebración de culto. La liturgia de la mayoría de las iglesias protestantes se ha visto afectada por una ola de emocionalismo religioso.

La alabanza ha adquirido un papel preponderante sobre la doctrina. La música religiosa y sentimental se ha transformado en un negocio floreciente para los empresarios avispadados, desplazando a la literatura cristiana de calidad que es la que permite la reflexión personal y el crecimiento en la fe.

La afición a cierta escatología-ficción y la búsqueda exclusiva de temas como la guerra espiritual está provocando el desarrollo del esoterismo y la superstición pseudobíblica en algunas comunidades evangélicas.

Esto conduce finalmente a una religiosidad idolátrica y superficial, que es característica de la época postmoderna, pero que no es capaz de transformar radicalmente a la persona ni de disminuir la corrupción social de los pueblos. La conversión se queda así sólo en un cambio externo que no llega a modificar significativamente la interioridad del ser humano.

La estética predomina sobre la ética y sobre el comportamiento personal. El desinterés de otros sectores evangélicos por las cuestiones sociales y políticas en las que viven, contribuye a la proliferación de iglesias “ghetto”, Iglesias exclusivas preocupadas solamente por el “más allá” y ciegas a la realidad social del “más acá”.

Esta tendencia actualiza de alguna manera el mito de Hobbes acerca del contrato social, ya que tal despreocupación política permite la inmunidad de ciertos soberanos y les da vía libre para gobernar despóticamente, convertirse en dictadores corruptos o comerciar con el ser humano como si éste fuera un simple medio y no un fin en sí mismo según indica la Escritura.

Por otra parte, las ideas de Locke sobre la propiedad privada se evidencian también hoy en esa preocupación exclusiva por el triunfo personal, tanto en el ámbito profesional como en el espiritual, que reduce el Evangelio a mero “exitismo” o búsqueda ansiosa de todo tipo de bienes.

El dolor, la pobreza y la injusticia se ignoran como si no formaran parte de la realidad o como si siempre fueran el resultado de la pereza o la indolencia. Tales actitudes pasan por alto la especial sensibilidad social que mostró siempre el Señor Jesús en su relación con los pobres, enfermos y maltratados de aquella época.

El mito de la sociedad culpable mediante el que Rousseau pretendió quitar la culpa al ser humano, asegurando su bondad natural, mientras estigmatizaba a la vez cualquier creación de la sociedad, ha calado en el mundo evangélico.

La única modificación a tales ideas es que ahora la maléfica sociedad ha sido sustituida por el maléfico Satanás. Éste sería siempre el culpable de todo, el único responsable del pecado y la maldad humana. La criatura volverla a ser inmaculada y buena por naturaleza.

De ahí la imperiosa necesidad de expulsar al príncipe del mal de sus múltiples fortalezas físicas: el pico del Everest en la cordillera del Himalaya, la ciudad griega de Tesalónica, el monumento a las Cibeles en Madrid o la pirámide de Teotihuacán en México. Tales exorcismos a Satán vendrían a aliviar o eliminar la responsabilidad moral y espiritual que tiene cada persona delante de Dios. Este mito transformado levanta la carga del pecado de la espalda humana, la coloca en la del príncipe de las tinieblas y el hombre deja así de ser responsable del mal social que le rodea. ¿Es éste el auténtico mensaje de la Biblia?

La imagen de Hegel se transparenta también a través de ciertas interpretaciones que conciben los desastres naturales, las epidemias o los accidentes que ocurren a diario como si fueran castigos enviados por Dios a la humanidad a consecuencia de su pecado y desobediencia. Así, la terrible enfermedad del SIDA, las guerras, los genocidios, el terrorismo, los terremotos, los huracanes o las erupciones volcánicas se convierten en armas arrojadas de origen divino que pretenden contrarrestar la indiferencia espiritual o la pecaminosidad del ser humano.

Tal sería el precio a pagar para que en el futuro pudiera alcanzarse el bien y se realizaran adecuadamente los planes de Dios. Su proyecto requeriría de las lágrimas, el dolor, la maldad y la muerte del ser humano.

Esta equivocada teología del castigo entronca, en ciertos círculos, con el mito de que Dios usaría el mal para lograr el bien y realizar así su plan histórico. Nada más alejado de la verdad.

Es evidente que el mito de los tres estadios de la humanidad con el que Comte pretendía liquidar la religión, asegurando que ésta desaparecería durante la época moderna, se ha estrellado contra el despertar religioso que se detecta hoy por doquier. Sin embargo, este resurgir “postmo-demo”, de la espiritualidad está preñado de reminiscencias esotéricas y gnósticas que no tienen nada que ver con el cristianismo.

Por desgracia tales influencias han penetrado también en las prácticas y creencias que sostienen determinados grupos evangélicos. En este trabajo tendremos ocasión de analizar algunas de ellas para distinguirlas de la sana doctrina que se enseña en el Nuevo Testamento.

Los últimos descubrimientos de la ingeniería genética constituyen una mala noticia para los racismos inspirados en el mito evolucionista. El conocimiento del genoma humano demuestra la inexistencia de bases genéticas sólidas sobre las que se pueda apoyar una clasificación racista de la especie humana.

Desde el punto de vista de los genes, por ejemplo, puede existir mayor diferencia entre dos españoles blancos nacidos en Madrid que entre uno de ellos y un aborígen australiano. Esto confirma la idea bíblica acerca de que el racismo y la xenofobia no tienen razón de ser.

¿Qué sentido puede tener entonces la existencia de iglesias exclusivas para blancos o para negros? ¿congregaciones evangélicas de ricos y congregaciones de pobres? ¿la práctica del eugenismo, (clase superior), espiritual que ve con malos ojos los matrimonios interraciales? El mito de Darwin sigue vivo en el ámbito de las creencias y continúa dividiendo a los hombres según su origen, incluso dentro de las mismas iglesias que se denominan cristianas.

Quizá sea la idea marxista acerca de la redención del proletariado la que de forma más clara se haya visto frustrada a finales del siglo XX. A partir de la estruendosa caída del muro de Berlín ya nadie se cree que los pobres vayan a dominar la Tierra.

Como se verá, los desposeídos de hoy son los excluidos del proceso globalizador que experimentan en sí mismos el incremento de las diferencias entre ricos y pobres. ¿Se ha contagiado a las iglesias evangélicas esta enfermedad de la resignación y la pasividad por la existencia de los excluidos? ¿no existe acaso una teología de la prosperidad que culpabiliza de manera automática al pobre por el hecho de ser pobre? ¿no se sospecha de cualquier acción social dentro de algunas iglesias o se la acusa inmediatamente de marxista y de ser partidaria de la teología de la liberación? El mito de Marx parece haber muerto pero las injusticias sociales que lo hicieron nacer siguen muy vivas.

Por último, con Freud y su mito edípico la Iglesia se enfrenta al reto de la fe y la conducta. Estamos de acuerdo en que el cristianismo no es enfermedad neurótica sino liberación radical.



El mundo es mi parroquia.

(John Wesley)

akifrases.com



AcontecerCristiano.Net



Pero, ¿cómo vivimos la fe en la práctica diaria? ¿en qué consiste nuestra religiosidad evangélica? ¿no se manifiestan a veces, en el seno de ciertas congregaciones, comportamientos espirituales enfermizos? Dios no es un tirano dictador que se complace en hacer sufrir a sus criaturas o en castigarlas y hacerles pagar por sus deslices, pero tampoco es un criado del ser humano que está siempre esperando nuestras peticiones para realizarlas inmediatamente.

La predicación que deifica al hombre o al diablo y que disminuye la acción de Dios o de su hijo Jesucristo, además de ser herética es capaz de generar deformaciones y desequilibrios del espíritu en los creyentes que la escuchan. A la vista de tal subsistencia de mitos en el interior del cristianismo protestante contemporáneo, quizá sea conveniente plantearse la necesidad de una nueva reforma que nos haga volver a beber las aguas cristalinas de la Palabra de Dios, la única fuente incontaminada capaz de saciar completamente la sed espiritual del ser humano.

¿Cómo puede hacerse esto en los inicios del nuevo mundo que la globalización está inaugurando? ¿En qué medida influye este proceso de internacionalización sobre las iglesias y los líderes cristianos? ¿Acaso la mundialización puede contribuir a la generación de nuevos mitos sociales en el seno de las congregaciones evangélicas?

¿Contra qué nuevas perversiones religiosas propias de la postmodernidad es menester luchar dentro del protestantismo actual? ¿Cómo afecta la llamada “sociedad red” al individuo, al creyente y a la familia? ¿Qué ventajas e inconvenientes puede aportar la globalización al cristianismo? ¿Nos dirigimos hacia la creación de una nueva ética globalizada? ¿Cómo será el cristianismo del futuro?

Son muchas las inquietudes que se despiertan en esta nueva era de la comunicación. Empezaremos definiendo los conceptos fundamentales del proceso globalizador para terminar por sus posibles implicaciones religiosas.

¿GLOBALIZACIÓN O MUNDIALIZACIÓN?

Estas dos palabras suelen utilizarse en ocasiones como si fueran sinónimas. Sin embargo, ciertos autores emplean el término “globalización” para referirse a la relación económica creciente que existe entre todos los países del mundo y que hace posible el libre intercambio de bienes y servicios. Uno de los primeros en usar este concepto fue Theodore Levitt en 1983. No obstante, otros sociólogos reservan la palabra “mundialización” para señalar la unificación progresiva del planeta que ha sido interconectado y se ha vuelto interdependiente gracias al desarrollo de la tecnología electrónica e informática.

Por tanto, según tales concepciones, la mundialización sería un fin en sí misma, algo deseable que contribuiría a la mejora social de la humanidad, mientras que la globalización se entendería sólo como un medio que, en la práctica, vendría a ser lo mismo que “capitalismo global”. Independientemente del debate etimológico, lo que parece claro es que ambos términos apuntan hacia la aparición del nuevo mundo que está naciendo a principios del siglo XXI.

Desde finales del siglo xx el planeta Tierra se ha visto inundado por una serie de novedades que han contribuido a cambiar radicalmente la vida del ser humano. Las computadoras y los chips electrónicos han inaugurado esta lista de innovaciones tecnológicas haciendo que las telecomunicaciones reduzcan el espacio y el tiempo en los que se desenvuelve el hombre.

No sólo las coordenadas espacio-temporales pueden ser ya modificadas sino también la propia vida que caracteriza el planeta azul. La manipulación genética ha roto las fronteras naturales que separaban a las especies y se perfila como la gran esperanza médica para el futuro. Los mercados financieros operan ya en tiempo real y a escala global controlados electrónicamente.

De igual forma la economía capitalista se ha apoderado del mercado mundial, mientras que el imperio soviético y la ideología comunista que lo caracterizaba han desaparecido junto con la guerra fría.

Al mismo tiempo, en la mayoría de las sociedades se está produciendo una lucha contra todo autoritarismo, así como una infravaloración del patriarcado tradicional que afecta decisivamente a la familia y al papel de la mujer en la vida social. Todo esto, que es nuevo en la historia de la humanidad, lleva a concluir a ciertos sociólogos que actualmente estamos ante la aparición de un nuevo mundo (Castells, 1999).

Sin embargo, no todo es bueno y justo en este nuevo mundo naciente. Como escribe el profesor Néstor García Canclini: “Es curioso que esta disputa de todos contra todos, en la que van quebrando fábricas, se destrozan empleos y aumentan las migraciones masivas y los enfrentamientos interétnicos y regionales, sea llamada globalización.

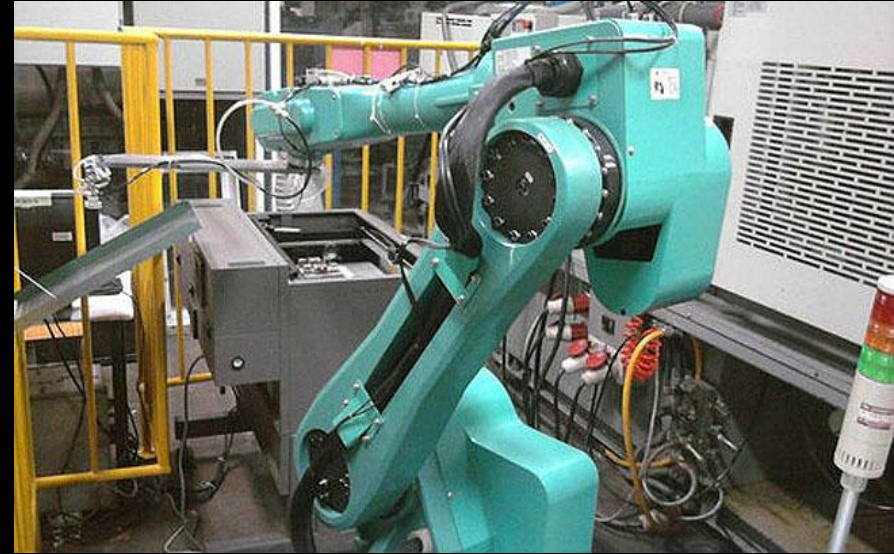
Llama la atención que empresarios y políticos interpreten la globalización como la convergencia de la humanidad hacia un futuro solidario, y que muchos críticos de este proceso lean este pasaje desgarrado como el proceso por el cual todos acabaremos homogeneizados.” (García Canclini, 1999: 10).

A pesar de esta cara oscura de la globalización que intentaremos descubrir más adelante, lo cierto es que no se trata de un proceso que afecte exclusivamente a la economía y a las comunicaciones internacionales. Lo global se ha colado en nuestra vida sin que nos demos cuenta, globalizándonos también la propia biografía (Beck, 2000:110).

Los contrastes económicos entre los países, la mezcla de distintas culturas, la contaminación del planeta, el perjuicio que supone desde el agujero de ozono hasta el SIDA, las vacas locas o la fiebre añosa, todo ello afecta y agita lo más íntimo de la vida humana



Empleados que pierden su trabajo



Robots programados reemplazan la mano de obra del obrero



Empleados en huelga por la congelación de salarios

La globalización no sólo ocurre fuera del individuo sino en el núcleo de la propia vida, afecta a la persona, a las relaciones conyugales, a la familia, al mundo laboral; influye en el círculo de los amigos, en la escuela, en la alimentación, en el ocio e incluso en la vida religiosa y espiritual.

Lo global, se quiera o no reconocer, conforma absolutamente toda nuestra existencia terrena. De ahí la necesidad de estudiar minuciosamente el tema para saber cómo debemos vivir y cómo nos conviene actuar hoy frente a este nuevo fenómeno social.

Desde la perspectiva cristiana y con el fin de evitar los malos entendidos, es conveniente adelantarse a decir aquello que no es este fenómeno contemporáneo.

En primer lugar, no creo que la globalización sea el cumplimiento de ninguna profecía bíblica, como en ocasiones se sugiere, en el sentido de que guarde relación con la moneda del Anticristo, por ejemplo, con el famoso euro de la Unión Europea. (¿Por qué siempre tiene que ser el euro y no el dólar?).

Tampoco creo que tenga que ver con ningún hipotético microchip que se implantaría bajo la piel de la mano o en la frente de todas las personas que serían así controladas por un futuro gobierno mundial. La globalización no tiene nada que ver con la escatología ni con la profecía bíblica.

Hace irnos años cuando la Unión Europea estaba formada por diez países, ciertos creyentes aficionados a la futurología pseudobíblica, empezaron a señalar que esta agrupación nacional era en realidad el cumplimiento de la profecía bíblica acerca de las “diez naciones”, los “diez cuernos” y los “diez reyes” de Apocalipsis. Al poco tiempo, cuando España y Suecia entraron también a formar parte de dicha Unión Europea, los números ya no encajaban.

Eran doce países en lugar de diez. Los adivinos del futuro enmudecieron pero lamentablemente sus obras publicadas contribuyeron al descrédito e hicieron daño a la extensión del reino de Dios en la Tierra.

La postmodernidad contempla los fracasos del racionalismo y le da más importancia al existencialismo, las relaciones humanas, y su propio punto de vista es el punto de partida para analizar todos los acontecimientos.

HISTORIA DE LAS COSMOVISIONES

RELIGIOSA:	-La religión local determinaba la cosmovisión.
CIENCIA OCC.:	-Mezcla de todas las areas de conocimiento.
CIENCIA FÁCTICA:	-Sólo existe lo que se puede ver y tocar.
FINAL DEL SIGLO XX:	-La razón humana no consigue proveer una verdad absoluta.
POSTMODERNIDAD:	-Existe lo que la razón puede y no puede comprobar. -No existe una sola verdad.

ECONOMÍA SIN FRONTERAS.

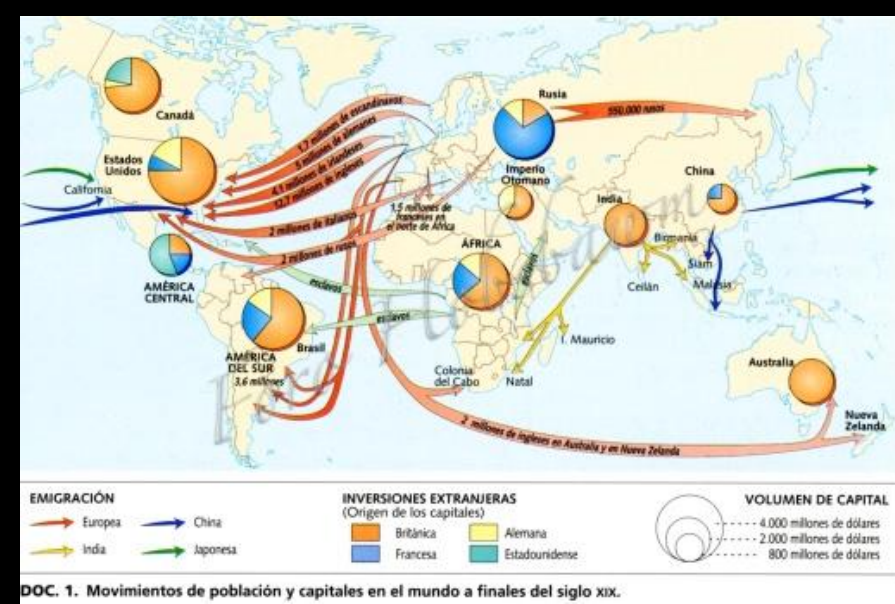
La mayoría de los sociólogos coincide en reconocer que una de las características más evidentes de la globalización es que se trata de un fenómeno en expansión del modelo de desarrollo capitalista y neoliberal. Este modelo se basa en la especulación sobre la inversión productiva sostenible; la concentración de riqueza en pocas manos sobre la redistribución de la misma y el crecimiento económico por encima del progreso social equitativo.

Tal horizonte económico trasciende ya los estrechos límites nacionales y se ha abierto a todo el mundo. Hoy ciertas decisiones tomadas por determinados individuos en un lugar de la Tierra repercuten sobre otras personas que viven a miles de kilómetros de distancia. Como suele decirse en economía “cuando Wall Street se resfría, el resto del mundo contrae una pulmonía” (González-Carvajal, 2000: 28).

La globalización hace que el futuro de cada persona se elabore ya a escala mundial. La internacionalización del comercio permite que en cualquier aldea de la montaña más remota puedan encontrarse productos fabricados en diferentes partes del mundo.

La proliferación de empresas multinacionales no sólo permite que sus productos se vendan en países distintos a donde fueron producidos, sino que hasta el mismo proceso de producción se ha internacionalizado también. Un vehículo Ford Mondeo, por ejemplo, está fabricado con piezas procedentes de 112 lugares distintos, repartidos por 16 países de 3 continentes.

La empresa suiza de alimentación, Nestlé, que fue fundada 1867 está hoy presente en 150 países y su negocio en Suiza es muy poco importante. Entre sus diez máximos dirigentes, sólo dos son suizos. Los ocho restantes pertenecen a cinco naciones diferentes. La lista de empresas con similares características es larga y sigue creciendo.



Otro famoso ejemplo lo constituye la muñeca Barbie (De la Dehesa, 2000). La materia prima para su fabricación procede de Taiwan y de Japón. El ensamblaje se realiza en Indonesia, Malasia y China. Los moldes y las pinturas provienen de Estados Unidos, mientras que China aporta el algodón para los vestidos. Las muñecas son exportadas desde Hong Kong a un precio de dos dólares por unidad, pero en Estados Unidos se venden a diez dólares. Cada segundo que pasa se compran dos muñecas Barbie en el mundo, lo que le permitió a la empresa Mattel, que la comercializa, obtener unas ganancias en el año 1995 de 1.400 millones de dólares. Las compañías multinacionales como ésta son el principal canal mediante el cual la globalización se está desarrollando en la actualidad. Como veremos más adelante, el rápido crecimiento de tales empresas ha levantado todo tipo de críticas.

Especialmente por parte de los gobiernos de países pequeños. Como las multinacionales mueven mucho dinero, los gobiernos nacionales tienen que doblegarse ante las exigencias de las empresas privadas, lo cual les hace pensar que pierden soberanía. Hay que tener en cuenta que entre las 60 mayores unidades económicas del mundo, aproximadamente la mitad corresponden a multinacionales, mientras que la otra mitad está formada por países. La internacionalización de los capitales es quizá la característica más sobresaliente del actual proceso globalizador. Hasta hace poco el movimiento de capital entre los países era más bien escaso ya que existía un sistema de cambio fijo. Sin embargo, con la desaparición de éste en 1972 y gracias a la eliminación de otros controles, el capital financiero se empezó a mover de unos países a otros generando una inestabilidad económica sin precedentes..

Por ejemplo, en la actualidad es posible apretar un botón de una computadora y conseguir que veinte mil millones de dólares pasen de Nueva York a Hong Kong en segundos y al minuto siguiente, es posible que esta cantidad se transforme en marcos alemanes y vaya a parar a Berlín.

De ahí que tales cantidades viajeras hayan sido denominadas “capitales golondrina” porque vuelan de un continente a otro con gran facilidad. Este trasiego especulativo tiene lugar durante las 24 horas del día y contribuye a crear lo que se ha llamado la “sociedad del riesgo” (Beck, 2000; Giddens, 2000). Aunque, de hecho, a este riesgo del colapso de la economía mundial, habría que añadir también el riesgo ecológico, el nuclear, el de los alimentos modificados genéticamente, el del calentamiento global del planeta, el de los accidentes de tráfico e incluso el del divorcio, los fundamentalismos violentos, etc. Todos absolutamente imputables a la acción del propio ser humano.



NACIONALISMO VERSUS GLOBALIZACIÓN.

La globalización no afecta sólo a la economía mundial sino que influye también en la política, la cultura, la ciencia, el arte, la sociedad, la familia e incluso en las propias vivencias religiosas.

La democracia, por ejemplo, como sistema que permite la competencia entre los diferentes partidos y en la que existe libertad de expresión para todos los miembros de la población, se ha visto favorecida y difundida por la globalización. Desde mediados de los años setenta la cantidad de regímenes democráticos se ha duplicado sobradamente.

Sin embargo, se está produciendo un fenómeno paradójico. Mientras en la mayoría de los países que han evolucionado recientemente hacia gobiernos más tolerantes, la democracia se está expandiendo, en aquellos otros que ya llevan muchos años disfrutando de una democracia madura, se detecta un cierto desencanto democrático entre los ciudadanos.

En la mayoría de los países democráticos el prestigio social y moral de la clase política ha caído en picado. Las pocas personas que votan lo hacen sin apenas ilusión por el resultado. En el fondo se piensa que, salga victorioso el partido que salga, todo va a continuar igual. Especialmente las generaciones jóvenes se muestran escépticas en política y poco participativas en las urnas. ¿Por qué está ocurriendo esto?

La globalización está contribuyendo de alguna manera a destradicionalizar el mundo. Los líderes políticos no pueden recurrir ya a las antiguas formas éticas o de conducta, que eran socialmente admitidas por todos, para justificar lo que hacen.

Pero, por otro lado, tampoco pueden imponer nuevos comportamientos. Además, en muchas ocasiones, su propia actitud moralmente vacilante los deslegitima ante el pueblo y esto hace que la política parlamentaria se aleje de la realidad o de los cambios que llenan la vida de las personas.

La permisividad liberal que fomentan ciertos partidos contribuye a la desorientación moral de muchos jóvenes. Esto conduce a situaciones como la que se da entre la población española, en la que el 74% de los muchachos entre 18 y 24 años no tiene criterios sólidos para discernir entre el bien y el mal (Mardones, 1996).

A pesar de esto, cierto sector de los jóvenes sigue prefiriendo asuntos más prácticos y reales como los ecológicos, los derechos humanos, la ayuda al Tercer Mundo, las cuestiones sexuales o la política familiar. Han pasado de una militancia política a una militancia humanitaria.

Ante semejante situación se ha sugerido que el futuro de la globalización debe pasar por “democratizar la democracia” (Giddens, 2000).

Es decir, empezar a poner en práctica una devolución del poder allí donde esté excesivamente centralizado a nivel nacional; emplear medidas anticorrupción a todos los niveles; practicar una mayor transparencia en los asuntos políticos; tener más en cuenta la opinión de los jurados populares y de los sondeos electrónicos; colaborar mejor con los grupos y asociaciones ciudadanas, etc.

Si todo esto se realiza bien, el equilibrio entre el gobierno, la economía y la sociedad civil podrá seguir sustentando ese insustituible edificio que es la democracia.

Por otro lado, es evidente que los nacionalismos están experimentando en la actualidad un notable auge. Desde que se inició el proceso descolonizador, el número de países ha ido aumentando por todo el mundo.

Así, por ejemplo, en 1946 había 74 países en la Tierra, mientras que hoy este número se acerca a los 200 y continúa creciendo.

¿Cómo es posible que en pleno proceso globalizador, en el que todo parece tender hacia la unificación, se esté produciendo a la vez este fenómeno de proliferación nacionalista?

Quizá sea precisamente esa tendencia mundial a la homogeneidad la que fomenta en las personas el deseo de buscar lo individual, lo corporal, lo diferente, lo local, aquello propio que distingue de los demás.

Es la revalorización de la patria chica, la nación, la etnia, la lengua, las costumbres de cada pueblo o la cultura autóctona, frente a la globalización que impone una sola cultura sobre las demás.

No obstante, lo curioso es que el mismo proceso de globalización y apertura de los mercados está permitiendo este auge nacionalista.

Como escribe el economista español, Guillermo de la Dehesa:

“La descolonización de África dio origen a 48 nuevos Estados.

La desmembración del imperio soviético ha permitido el nacimiento de 15 nuevos países: Yugoslavia ha pasado a convertirse en cinco países distintos. Ellos y otros muchos tendrían grandes dificultades de supervivencia si no existiese una economía cada vez más abierta y globalizada en el mundo.” (De la Dehesa, 2000: 108).

De manera que, según esta opinión, los países pequeños son los que más se benefician de la globalización ya que al no disponer de recursos para ser autosuficientes tienen que vivir necesariamente del comercio internacional. Por tanto, el proceso globalizador no sólo es la razón del resurgimiento de las identidades culturales locales sino que además tiende a favorecer los separatismos nacionalistas por todo el mundo.

En una Tierra más igualitaria y abierta, las minorías étnicas identificadas por la misma lengua y cultura podrían empezar a negociar democráticamente su independencia del país en el que están integradas. Seguramente esta tendencia se incrementará en el futuro.

Algunos sociólogos creen que los temores de que la globalización acabe con los Estados nacionales y, por ende, con la democracia, son del todo infundados (Beck, 2000). Más bien, lo que puede ocurrir en el futuro es la colaboración transnacional y la creación de provincias a nivel mundial.

Es verdad que actualmente pocos países del mundo están en condiciones de defenderse por ellos mismos ante una supuesta guerra química, nuclear o bacteriológica. Desde luego, la seguridad nacional pasa hoy por la integración con otros países en organizaciones supranacionales o internacionales. Pero también ocurre lo mismo con otros muchos problemas de carácter global como las mafias internacionales, la droga, el terrorismo o las crisis medioambientales.

Una nación sola es incapaz de luchar contra todo esto, de ahí la necesidad de la cooperación internacional y de la creación de grandes áreas de integración regional. Sin embargo, esto no significa que el Estado- Nación vaya a desaparecer bajo la inmensa rueda de molino de la globalización. Ahora bien, es probable que sufra cambios importantes derivados de ceder soberanía a las instituciones políticas supranacionales y también a los gobiernos locales que existen dentro de la misma nación.



¿CÓMO SERÁ EL CRISTIANISMO DEL FUTURO?

¿Somos la última generación de cristianos de la historia? Esta pregunta tiene hoy, en pleno proceso globalizador, muchos motivos para ser formulada de manera coherente ya que si una sola generación, como podría ser la nuestra por ejemplo, dejara de educar en la fe a la siguiente, el cristianismo podría estar en peligro de extinción.

En algunos países como España este peligro no es algo irreal, sobre todo si se tiene en cuenta la opinión de los jóvenes al respecto. Sólo el 2,7% de ellos creía, en 1999, que la fe cristiana podía aportar ideas válidas para orientarse en la vida (González-Carvajal, 2000).

Máxime cuando el tema religioso ha dejado prácticamente de tratarse en las escuelas y hoy casi resulta de mal gusto hablar en público o mantener conversaciones acerca de las creencias personales. La religión se ha recluido al ámbito de lo privado y esto está provocando que su práctica caiga en picada. De ahí que algunos pensadores se pregunten si somos los últimos cristianos.

No creo que seamos la última generación cristiana de la historia porque Dios en su misericordia hacia la humanidad no dejará que se apague la luz que su Hijo Jesucristo encendió. Por fortuna, el futuro de la Iglesia depende de Dios y no del hombre y el Sumo Hacedor es capaz de confundir las mejores predicciones sociológicas fundadas en hechos, como ha sucedido a lo largo de la historia. Además, tenemos la promesa de Jesús, hecha a Pedro, de que las fuerzas del mal no prevalecerán sobre la Iglesia (Mateo. 16:18).

Sin embargo, esto no nos garantiza que la Iglesia llegará al final de los tiempos pujante, ni que vaya a mantenerse vigorosa en todos los lugares donde antiguamente tuvo una rica presencia. Por ejemplo, en Asia Menor (lo que hoy es Turquía) el cristianismo fue muy importante durante los primeros siglos y se extendió con fuerza

El apóstol Pablo realizó allí sus primeras misiones apostólicas. Los primeros concilios de la cristiandad se celebraron en aquellas tierras que vieron florecer grandes iglesias y en las que el reino de Dios se difundió rápidamente.

Pero de pronto llegó la religión islámica y empezó el retroceso de las iglesias cristianas. De los 54 millones de habitantes que hoy tiene el país, sólo 140.000 dicen profesar la fe cristiana. El cristianismo pasó también a través del Imperio romano a Europa y de aquí al resto del mundo. No obstante, ¿acaso no está ahora también disminuyendo la fe en la vieja Europa, mientras que a la vez surge con fuerza en Latinoamérica y en otros continentes?

Nada nos garantiza que en el futuro no vaya a ocurrir en Europa lo mismo que en Asia Menor. Por tanto, está perfectamente justificado preguntarse por el futuro del cristianismo en nuestros países occidentales.

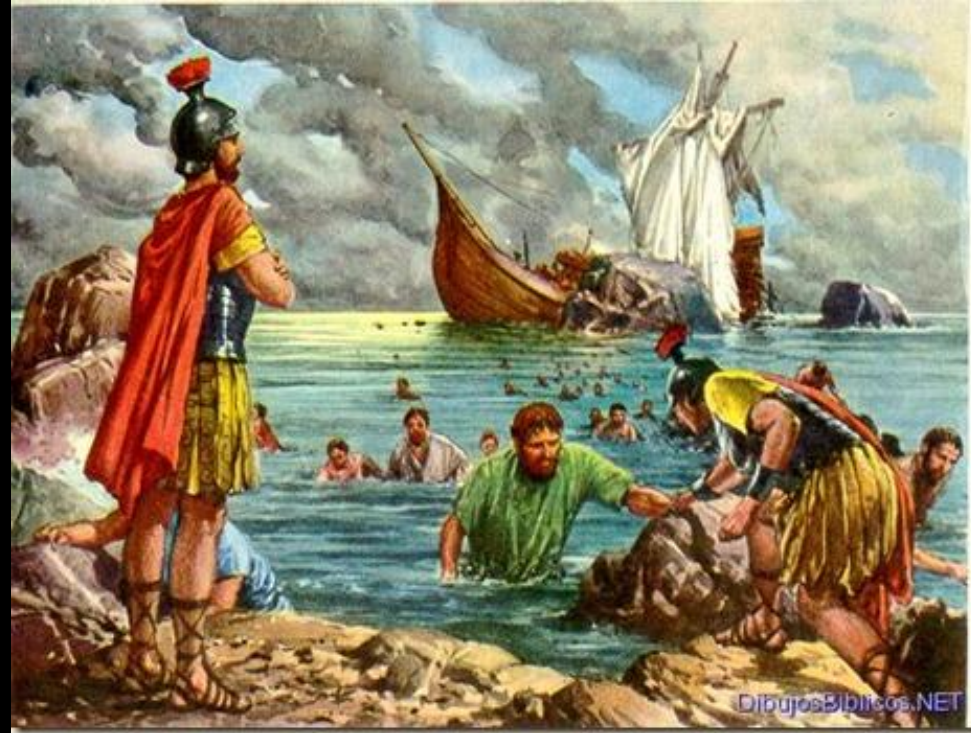
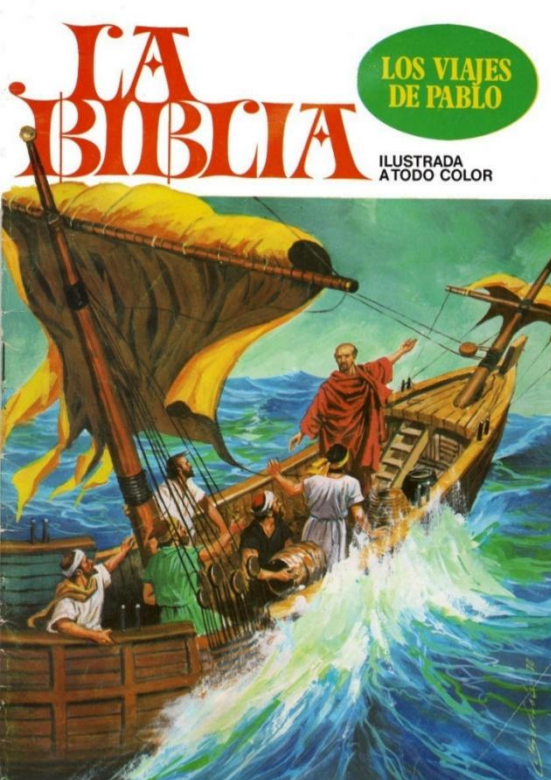
Si no queremos que tales augurios se hagan realidad quizá los cristianos debemos actuar en consecuencia y centrar más el mensaje evangélico en el significado último y en el propósito de la vida humana.

Siempre se ha insistido en que el fin primordial de toda religiosidad es la relación personal con Jesucristo a través de la meditación en su Palabra y de la oración, pero hoy más que nunca debemos seguir poniendo el énfasis en el individuo, en la persona concreta, en sus dilemas individuales y familiares.

El Evangelio da soluciones prácticas a toda problemática humana y muchas veces estas soluciones se consiguen a través del grupo de hermanos, del pequeño grupo fraternal con el que nos relacionamos frecuentemente en la iglesia.

Es posible que el poder de atracción del cristianismo futuro dependa, en buena medida, de la creación de congregaciones donde las personas se sientan tratadas como en familia.

Pequeños y abundantes oasis de amor cristiano en medio de enormes ciudades, por desgracia, despersonalizadas e inhumanas.



Grupos celulares para la iglesia Cristiana



Tenemos que pedirle a Dios sabiduría para acertar en la formación de estas iglesias que creen sensación de hogar y de seguridad fraternal. Lugares de culto donde además de ofrecer protección espiritual y material, exista espacio para la libertad del ser humano.

La religiosidad de hoy, se quiera o no reconocer, debe pasar por la experiencia afectiva y emocional. Por supuesto que no hay que olvidar la doctrina, el estudio bíblico y la racionalidad de la fe, pero sería un grave error marginar la libre expresión de los sentimientos y las emociones personales en los cultos y las celebraciones cristianas.

En esta época del feeling (sentimiento) el cristianismo sin experiencia sensible, sin fe cálida, no parece tener mucho atractivo. Por eso la conversión, como experiencia que hace vibrar el corazón y supone un arrepentimiento capaz de cambiar el estilo de vida, continúa siendo imprescindible en el inicio de la vida cristiana.

Está bien manifestar interés por lo doctrinal y lo institucional pero actualmente necesitamos un cristianismo más sensible a los problemas humanos, una fe que sea más solidaria con el hombre.

La denuncia de los innegables excesos que se cometen en nuestra sociedad en temas relacionados con el sexo, el culto al cuerpo o la moralidad pública es menester mantenerla, pero no podemos ser menos sensibles a otros asuntos que también degradan al ser humano y atentan contra su dignidad, como son la idolatría del sistema, el dios del mercado, el consumo, la discriminación o la mercantilización de los medios de comunicación.

El cristianismo tiene hoy la responsabilidad de desenmascarar todas aquellas falsedades del mundo global que humillan al ser humano. Creer en la resurrección de Jesucristo significa aceptar que hay solución a todos los problemas generados por el pecado, que hay un futuro para el hombre y que ese futuro ha empezado ya a través del mensaje de Jesús.

El cristianismo está empapado de esperanza para todo aquél que se acoge a la cruz de Cristo. Por esto, si las iglesias protestantes actuales desean recuperar su atractivo sociocultural deben ser críticas, ilustradas, actualizadas, tolerantes, no dogmáticas, tener la suficiente sensibilidad hacia lo personal y estar preparadas para presentar defensa reflexiva de su fe en Jesucristo.

La nueva sensibilidad espiritual del ser humano de la globalización pasa por la valoración del símbolo religioso y de la estética en el culto y en la celebración. Frente a tanto nuevo misticismo, esoterismo, gnosticismo y paganismo como hoy se detecta por doquier, en religiosidades como la Nueva Era que promueven una especie de reencantamiento del universo, el cristianismo debe promover un redescubrimiento de los signos evangélicos.

Hay que recuperar la frescura de la celebración de la Mesa del Señor con todas sus connotaciones, no sólo del sacrificio de Cristo en la cruz sino también de renovación de la esperanza en su regreso glorioso.

Conviene darle al bautismo cristiano su verdadero valor doctrinal y no restarle importancia cúllica o reducirlo a puro trámite casi privado. La recuperación de la liturgia que practicaban los cristianos primitivos es algo que puede enriquecer el culto actual y evocar sugerentes imágenes en la mente del ser humano de hoy, tan sensibilizado por la cultura de la imagen y los medios audiovisuales.

Debemos aprender a valorar en su justa medida el lenguaje de los signos y del cuerpo.

Asimismo será menester empezar a recuperar esa presencia más globalizadora y misteriosa de Dios en la creación.

Desgraciadamente el hombre se ha portado siempre como un tirano para el mundo natural que al principio se le confió.

El cristianismo tiene que descubrir de nuevo el amor y la sabiduría de Dios en toda la creación no humana y empezar a predicar la protección de los sistemas ecológicos naturales, a través de la remodelación y el equilibrio del desarrollo. El ser humano que acepta a Jesucristo como salvador personal debe asumir también su responsabilidad de ser colaborador del creador en el mundo natural, del que es mayordomo y administrador.

Ante todo esto es pertinente cuestionarse acerca de cómo deberán ser los cristianos del siglo XXI. Aquellos que tendrán que ser capaces de afrontar todos estos retos pastorales y estos serios interrogantes para la fe. En primer lugar, creo que serán personas con una experiencia de Dios. Muy pronto, será imposible creer en Dios, sin tener algún tipo de experiencia personal con él.

La fidelidad a la oración es una cuestión de vida o muerte para el creyente. En el futuro, desaparecerán los creyentes intelectuales que no estén curtidos por la oración a solas, que es la que da fuerzas para vivir contracorriente.

A la vez, deberán ser personas que vivan la radicalidad evangélica. La principal tragedia del cristianismo fue que, de la noche a la mañana, se convirtió en la religión oficial de un gran imperio. Las persecuciones y las catacumbas fueron pronto tan sólo un recuerdo en los libros de historia.

Y aconteció lo que Max Weber llamó: “el retomo de los revolucionarios a la vida cotidiana”. Aquellas palabras de Jesús acerca de “cargar con la cruz” para ser discípulos suyos, (Mt. 10:38-9), es como si ya hubieran dejado de tener sentido, y hoy encontramos mucha gente que ni cree ni deja creer.

Sin embargo, esta situación no puede prolongarse por más tiempo. En el tercer milenio no va a ser posible ser cristiano, sin serlo radical y apasionadamente. Los creyentes que sean poco o nada practicantes, se convertirán en indiferentes casi sin darse cuenta y serán arrastrados por la corriente general.

Por último, creo que los cristianos del futuro serán individuos que constituirán congregaciones de contraste, abiertas a los demás. Para mantener la fe en un clima de desdén, de desprecio o de indiferencia religiosa, los cristianos del siglo XXI, deberán estar integrados en iglesias vivas. No se trata de crear un submundo evangélico dentro de la sociedad, con sus medios de comunicación, sus partidos políticos y servicios de todo tipo, como algunos defienden.

La sal debe mezclarse con los alimentos, así como el fermento con la masa. Pero sí será necesario disponer de pequeñas comunidades cristianas que contrasten con la sociedad, en las que exista fe compartida, calor humano, relación fraternal, apertura a los forasteros, etc.

Y que, además sepan dispersarse en la sociedad para dar testimonio de su fe. Conviene tener en cuenta que el cristianismo nunca será un fenómeno de masas, sino algo minoritario.

Por supuesto que hay que evangelizar y aspirar a una iglesia lo más numerosa posible, porque Jesús quiso que intentáramos “hacer discípulos a todas las gentes”, pero lo que importa no es tanto el crecimiento numérico de la Iglesia, sino la implantación del reinado de Dios sobre la tierra. El fermento no tiene por qué ser muy abundante. Lo que se requiere es que tenga capacidad para hacer fermentar la masa.



Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.
(Lucas 12:1)

6 ...¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?
(1 Corintios 5:6)

LA PASTORAL CRISTIANA EN EL TERCER MILENIO.

Hoy más que nunca, la tarea del pastor debe ser más dialogante que en cualquier otra época de la historia ya que vivimos en la era del diálogo y la comunicación. En el mundo globalizado casi todo se soluciona mediante el intercambio de ideas y la negociación.

Desde las teorías acerca del origen del universo hasta la convivencia en el seno del hogar, todo parece resolverse sobre la mesa de las negociaciones. Esto plantea un inconveniente a la hora de presentar verdades absolutas como la idea de Dios o la realidad de la fe.

A diferencia del hombre de la Ilustración que se declaraba abiertamente ateo o creyente, el ser humano de la época postmoderna no es tan tajante en cuanto a la existencia de Dios y ni la niega, ni la acepta. Se impone así un relativismo que tiende a diluir las fronteras precisas entre las diferentes creencias.

Quienes defienden este relativismo de la globalización ideológica preconizan que el mayor contacto y el diálogo entre las culturas terminarán por limar las principales divergencias entre las religiones y surgirá una creencia común. Una especie de “esperanto religioso” aceptado por todos los pueblos de la tierra. ¿Qué se puede decir ante semejante idea?

Es evidente que las verdades absolutas de la fe cristiana no son ni deben ser objeto de debate. No es factible colocar la revelación divina sobre una mesa de negociaciones y empezar a recortar o a pactar sobre aquello que para nosotros es palabra inspirada.

El mensaje del Evangelio no es materia que pueda ser modificada o silenciada. Lo que sí puede modificarse son las formas o los métodos mediante los que se transmite tal mensaje a los diferentes pueblos o culturas humanas. La verdad, en sí misma, es innegociable.



TIEMPO DE ORACIÓN



“Orad sin cesar”

1 Tesalonicences 5: 17



Pero los criterios personales o culturales, los particulares puntos de vista, las opiniones subjetivas o las valoraciones que se hacen sobre la verdad, sí que pueden negociarse e incluso modificarse. Hay que ser conscientes de que ciertas cosas que en ocasiones se interpretan como verdades absolutas no son más que reduccionismos o interpretaciones forzadas.

Así ocurre, por ejemplo, en determinadas explicaciones científicas, éticas, sociológicas o proféticas de las verdades que se describen en la Biblia. Ésta no es un tratado científico, ni histórico, ni tan siquiera un libro de sociología.

La Biblia es un libro de fe que partiendo de la realidad indemostrable de la existencia de Dios, muestra su amor hacia el ser humano y revela el desarrollo de su maravilloso plan que, por medio de la fe en su Hijo Jesucristo, es capaz de redimir a la criatura humana. Nada más y nada menos.

La Palabra de Dios afirma que el ser humano es una creación divina y le advierte al creyente que es templo del Espíritu Santo, estableciendo el principio del respeto a la vida humana. Esto es materia de fe.

Sin embargo, la Biblia no prohíbe específicamente cosas tan secundarias como, por ejemplo, beber vino, café o Coca-Cola. Nada dice acerca de la longitud que deben tener las faldas de las mujeres o si pueden, o no, llevar pantalones como los hombres. Tampoco dice si es lícito que los varones usen faldas como hacen los escoceses en su folklore particular.

En la Biblia no se habla tampoco del mapa del genoma humano, ni de la manipulación genética o de clonaciones y alimentos transgénicos. Todo esto plantea debates éticos que han aparecido después gracias al desarrollo científico y que dependen de las costumbres, la cultura o la moral de la época en la que han aparecido.

Esto no significa, sin embargo, que no pueda acudir a la Escritura para buscar posibles respuestas o situaciones similares capaces de arrojar luz sobre tales problemas contemporáneos.

Pero debe tenerse siempre muy en cuenta que no se trata de cuestiones de fe, sino de situaciones éticas que deben ser analizadas o debatidas partiendo del principio bíblico fundamental del respeto a la vida y a la dignidad del ser humano. De ahí que la actitud del líder cristiano deba ser la firmeza en las cuestiones inamovibles de fe y, a la vez, la tolerancia, o el diálogo abierto, en los asuntos que dependan de la opinión personal y sean, por tanto, susceptibles de debate.

Ante la actual despersonalización que sufre el ser humano en todos los ámbitos de la sociedad postmoderna, en la que muchas veces se ve reducido a un simple dígito o a un número grabado en una computadora, el líder cristiano que siente la llamada pastoral debe redescubrir esa grandeza del Evangelio que radica precisamente en su acción personalizadora. Aunque la fe deba vivirse en comunidad, el compromiso directo es claramente personal.

El cristianismo no es sólo mediación corporativa o relación de estructuras sino, ante todo, relación directa del individuo con Dios.

Esto quedó muy claro con la Reforma, pero también mucho antes, ya que el Evangelio contenía un buen número de mensajes de Jesús, en los que se revelaban grandes verdades teológicas acerca del carácter de Dios. Muchas de tales predicaciones fueron dirigidas ¡a una sola persona! Lo mismo puede decirse de las epístolas paulinas, cuatro de las doce que existen, es decir, una tercera parte, son también de carácter personal.

El hombre y la mujer de hoy necesitan el calor del abrazo, el apretón de manos, la intimidad del tu a tu y esto es muy difícil que pueda darse a través de las mega-iglesias con miles de miembros por muy bien estructuradas que estén.

Los creyentes necesitan el contacto personal sincero entre ellos mismos pero también con el pastor. Sin embargo, cuando esta relación se despersonaliza y se convierte en mero “clientelismo”, toda la estructura eclesial empieza a peligrar.



No hay que olvidar que la Iglesia primitiva creció en los hogares particulares y se forjó en el ambiente de las catacumbas. Cuando se empezaron a edificar grandes templos y a construir mega-estructuras, comenzó también la corrupción y la decadencia. No es de extrañar que estén apareciendo ya por todo el mundo, con notable éxito, los grupos celulares y las iglesias en los hogares. La pastoral cristiana para la globalización ha de ser una pastoral personalizada que sea sensible a las necesidades del individuo concreto.

En relación con la problemática actual de los jóvenes, los líderes cristianos deben tener en cuenta todos los conflictos sociales que repercuten de forma decisiva sobre ellos.

Desde el desempleo, motivado por los avances tecnológicos que han hecho necesaria una mayor especialización de los trabajadores y una disminución de los puestos de trabajo, hasta la crisis del sistema educativo, los cambios en la realidad familiar y los problemas dentro de las propias iglesias evangélicas.

Actualmente existe una grave desmotivación en los estudios debida, sobre todo, a la falta de relación entre lo que se aprende en las aulas y las necesidades del mercado laboral. En España, los cambios en los planes de estudios han provocado un alto índice de fracaso escolar en los diversos niveles educativos. Los estudios técnicos y especializados han ido perdiendo la dimensión humanista de la cultura. A ello hay que sumar los problemas de la violencia en las escuelas y la crisis de autoridad. La pastoral cristiana no puede desvincular el mensaje del Evangelio de la revalorización de la cultura. Hay que continuar inculcando a los adolescentes y a los jóvenes los valores del estudio y el esfuerzo personal como parte fundamental de la misión del creyente en este mundo.

Otra de las cosas que más ha cambiado y sigue cambiando durante la globalización es el concepto tradicional de familia. Hay pocos países en el mundo donde no se esté dando un debate intenso sobre la igualdad sexual, la regulación de la sexualidad y el futuro de la familia. Son muchas las dificultades que encuentran los jóvenes para formar sus propias familias. La estancia en el domicilio de los padres se prolonga cada vez más ya que no encuentran los recursos necesarios para emanciparse.

La permisividad moral y la inestabilidad de muchos matrimonios dificultan la maduración psico-afectiva de los muchachos. Si a todo esto se añade la actual crisis de las utopías sociales, el vivir sin plantearse el sentido de la propia vida y del mundo, el consumismo y el hedonismo característico de la sociedad occidental, así como la idea de libertad personal entendida como un valor absoluto, resulta que el joven aparece en el mundo post- moderno de la globalización como un individuo fragmentado en su existencia, roto en la conciencia que tiene de sí mismo.

¿Será posible alcanzar a ese joven con los valores tradicionales del Evangelio? A pesar de toda esta problemática juvenil en que se vive hoy, no todo está perdido. Se percibe también en muchos ambientes jóvenes la existencia de unos ideales y valores que son signos positivos de esperanza.

Hay auténticos deseos de cambio y de buscar una sociedad mejor. Algunos luchan todavía por implantar la solidaridad, la amistad, el pluralismo, el respeto a las demás culturas, la paz y la justicia. Muchos poseen una gran sensibilidad ante la violación de los derechos humanos y una aversión ante la corrupción, la mentira y la hipocresía.

Se detecta también entre las jóvenes generaciones una revalorización del papel de la mujer en la familia, en la sociedad y en las iglesias, así como un talante más alegre o festivo ante la vida y las celebraciones religiosas.

Se está produciendo una mayor valoración del testimonio personal por encima de las palabras y de las profesiones de fe. De manera que no todo son dificultades para la pastoral cristiana.

Ahora bien, ésta deberá entrar a fondo en la problemática de la familia y tendrá que definir claramente los límites del sexo, así como el papel de la mujer pero sin simplificaciones de la realidad, sin reduccionismos pseudo-bíblicos sino estableciendo unos valores cristianos y una moral evangélica que sea como una brújula indicadora del norte que representa Jesucristo.

El líder cristiano de la globalización está llamado a desarrollar su labor pastoral en un mundo saturado de información. Necesita, por tanto, estar bien informado. Debe saber con exactitud lo que está predicando, lo que aconseja, por qué lo dice, a quién lo hace y cómo debe decirlo.

Desde luego que todo pastor debe tener el llamamiento de Dios para dedicarse a esta tarea y la vocación personal necesaria para hacerlo pero, inmediatamente después, tiene que prepararse por medio del estudio y la lectura.

Nadie pone en duda que el apóstol Pablo, por ejemplo, además de ser un gran hombre de fe, fue también una persona cultivada de enorme talla intelectual. Pablo fue un enamorado de la lectura y de la escritura, lo cual le permitió moverse con soltura en el mundo global de su tiempo y llegar con el Evangelio a personas y lugares donde nadie más hubiera podido llegar.

Pues bien, en mi opinión, este es también el principal reto para la pastoral de nuestro tiempo: la lectura, el estudio y la preparación intelectual del líder cristiano. Hemos de imitar al apóstol Pablo y seguir su consejo a Timoteo: “Entre tanto que voy, ocúpate en la lectura” (1 Timoteo. 4:13).

Tu Testimonio .org



¿Cómo es que llegaste a Cristo?



VALORES EVANGELICOS PARA UN MUNDO GLOBALIZADO.

La fe del cristiano no es como un iglú cálido por dentro pero aislado en medio del polo Norte, frío y desértico. El cristianismo nos vincula a otras personas no sólo en el espacio sino también a través del tiempo.

Con toda seguridad, si no hubiera sido por la llama de la fe que cada generación pasó a la siguiente a lo largo de la historia, nosotros hoy no conoceríamos al Señor Jesús como salvador personal. Estamos metidos, por tanto, en el mismo fluido histórico que nos comunica con otras generaciones anteriores y posteriores en el tiempo.

El cristianismo nos liga a Cristo pero también a la comunidad de los creyentes que poseen una misma historia y un mismo legado cultural. Por tanto, no podemos renunciar a los valores de la fe que ha venido manteniendo el testimonio cristiano a lo largo de los siglos.

No debemos creer que esos valores y esa herencia no nos pertenecen o que sólo forman parte del patrimonio de otras iglesias, como la católica o la ortodoxa.

La dignidad que hoy se otorga a cada ser humano, así como el respeto al otro, la preocupación por la verdad, la búsqueda del bien común, de la libertad, la responsabilidad y la solidaridad, así como la negativa a emplear cualquier método para conseguir un determinado fin, por muy noble que éste sea, son todo ello valores que nacieron del cristianismo y que, a pesar de que sufrieron mucha oposición, han sido asumidos por la conciencia laica del actual mundo globalizado.

Pero no debe olvidarse que hunden sus raíces en la predicación de Jesucristo y en la cultura judeocristiana. Todos ellos nacieron de la Biblia y hoy forman parte importante de la cultura occidental. Esto es algo que en ocasiones no se quiere reconocer o no se tiene suficientemente en cuenta.

Sin embargo, los creyentes no debemos contentarnos con eso. La realidad de la globalización y del acelerado cambio que, como se ha visto, se está produciendo en el mundo ha afectado también a la vigencia de los valores heredados.

Muchos de los principios que sirvieron a nuestros padres se están poniendo hoy en duda o se rechazan decididamente en la actualidad. De ahí la necesidad de establecer un nuevo sistema de valores que nos sirva ante las creencias del hombre contemporáneo y que, a la vez, respete los principios inamovibles del Evangelio.

Frente a valores dominantes propios de la modernidad que todavía subsisten en nuestra sociedad, como la competitividad, la producción, el consumo ilimitado, el crecimiento indefinido, el bienestar particular o la seguridad personal, quizás debiéramos proponer desde la fe otros valores más evangélicos como podrían ser: la cooperación, el trabajo socialmente útil, el consumo responsable, el crecimiento sostenible, el bienestar global y la disposición para la flexibilidad o la movilidad.

Uno de los principales valores que proporciona la fe cristiana es el de la identidad de las personas. Las tres cuestiones fundamentales del ser humano: ¿quién soy? ¿de dónde vengo? y ¿a dónde voy?, el creyente se las responde afirmando que “soy de Dios porque vengo de él y voy a él”.

De manera que, en realidad, las tres preguntas son la misma y, por tanto, tienen la misma respuesta. Nuestra identidad es la de ser hijos de Dios y esto es un don que la divinidad nos ha otorgado. Gracias a la fe, el ser humano sabe quién es y por qué está en este mundo. Se da cuenta de que su misión primordial es la entrega a Dios y a los demás que se inicia ya aquí, pero que irá creciendo hasta alcanzar la gloria eterna.

Juan 17:15-17

¹⁵No te pido que los quites del mundo, sino que los protejas del maligno. ¹⁶Ellos no son del mundo, como tampoco lo soy yo.

¹⁷Santifícalos en la verdad; tu palabra es la verdad.



Este conocimiento de la propia identidad tiende, en la vida del cristiano, a relativizar todas las demás falsas identidades con las que los hombres se separan de los hombres, como puede ser la que crea el color de la piel, el idioma que se habla, las ideas políticas que se tienen o los bienes materiales de que se disfruta.

A lo largo de estas páginas hemos visto que la sociología es capaz de decir muchas cosas acerca de las sociedades humanas. Sin embargo, lo que no puede decir es si la humanidad mejora o empeora con el tiempo desde el punto de vista moral y espiritual. Para realizar tal análisis los sociólogos tendrían que disponer de la historia en su totalidad.

Deberían poder juzgar el resultado al final del desarrollo histórico completo. Desde la perspectiva bíblica, es posible considerar a la persona que durante su existencia terrena no logra acogerse a la salvación que Jesús ofrece gratuitamente, después de haber tenido la posibilidad de hacerlo, como un ser humano fracasado en su destino eterno.

El hombre que le da la espalda a Dios equivoca su vida entera. Este sería también el método de la sociología cristiana para evaluar todo período histórico. Aquél pueblo, cultura o época que haya sido más permeable a la Palabra de Dios y haya vivido con mayor coherencia el mensaje de Jesucristo, habrá progresado más que quienes no lo hayan hecho.

La vida humana sin la fe en Dios es un auténtico sinsentido. De ahí la necesidad que tiene el creyente de ser coherente con su fe. No podemos vivir como si Dios no existiera. Por eso la coherencia es uno de los valores fundamentales del cristianismo en medio de un mundo plural y globalizado.

Hoy se habla mucho de un valor que tampoco fue ajeno a Jesús ni debe serlo, por tanto, al cristianismo contemporáneo, se trata de la tolerancia. Y la tierra de la que se nutren las raíces de este valor, revalorizado en la postmodernidad, es precisamente el amor al prójimo.

Tolerar es acoger, aceptar, sobrellevar, servir, comprender, respetar y muchas cosas más. Sin embargo, hay un límite claro para la tolerancia. El de la complicidad. El cristiano no puede ser cómplice ni tolerar el pecado, la injusticia o la maldad.

Cuando Pablo dice que “Cristo es el todo, y en todos” (Col. 3:11) no sólo está reafirmando la unidad de todos los creyentes en Jesucristo, sino que también indica indirectamente que de la misma manera en que el Hijo de Dios se hizo “todo para salvamos a todos”, los cristianos debemos poner en práctica esta tolerancia bien entendida con todos los seres humanos, pero con la intención final de transmitir siempre el testimonio evangélico.

Tolerancia no será nunca sinónimo de indiferencia o de cerrar los ojos a la realidad y la mente a la reflexión moral.

El libro de Proverbios afirma taxativamente: “Instruye al niño en su camino, y aún cuando fuere viejo no se apartará de él” (Pr. 22:6).

Este consejo del AT que se ha venido entendiendo como un valor pedagógico fundamental a lo largo de la historia, hoy está siendo cuestionado por educadores postmodernos. Algunos profesores y maestros defienden una educación neutra, sin valores, y además obligatoria para todo el mundo.

Se propone instruir a los niños en todos los caminos y, al mismo tiempo, en ninguno. Fomentar la acumulación de conocimientos pero olvidando por completo los valores morales y espirituales. ¿A qué puede conducir todo esto? ¿no se abona así un futuro moralmente caótico?

La educación para la existencia ha sido siempre un valor característico de la cultura cristiana y debe continuar siéndolo. El principal objetivo de la enseñanza de los niños y jóvenes que nacen en hogares cristianos tiene que ser el de mostrarles que son seres trascendentes.

Cada persona, además de adquirir un nivel cultural y una profesión que le permita vivir, debe aprender también cómo puede acceder a la vida eterna.

De ahí que la formación cristiana sea el núcleo principal de la labor educativa. La civilización de Occidente debe también a la Biblia el valor de la unidad del género humano. Dios otorgó al hombre del Antiguo Testamento el don de considerar al hombre semejante al hombre.

Valor que no existía en ninguna otra cultura de la antigüedad ya que cada pueblo se consideraba superior a sus vecinos. Sin embargo, el valor de la igualdad aparece claramente reflejado en el respeto hacia el extranjero que siempre anidó en el alma de Israel, así como en las palabras del apóstol Pablo contra la discriminación entre judíos y griegos, esclavos y libres u hombres y mujeres.

Según la Escritura, la desigualdad y el racismo siempre son consecuencia de la increencia y del alejamiento humano de la voluntad de Dios.

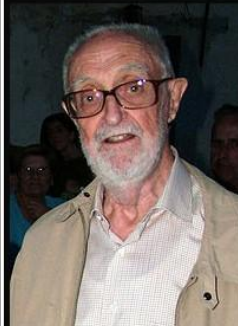
Frente al estilo de vida consumista y depredador que caracteriza el tiempo presente, la Palabra de Dios nos recuerda otro valor que en muchas ocasiones se pasa por alto, el de la austeridad. En Deuteronomio puede leerse:

“Cuídate de no olvidarte de Jehová tu Dios, para cumplir sus mandamientos, sus decretos y sus estatutos que yo te ordeno hoy; no suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas en que habites, y tus vacas y tus ovejas se aumenten, y la plata y el oro se te multipliquen, y todo lo que tuvieres se aumente; y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios” (Deuteronomio. 8:11-14).

El progreso económico y la abundancia de bienes materiales ha conducido también, en líneas generales, a la cultura de Occidente hacia una creciente paganización y un olvido de la perspectiva sobrenatural. El corazón del hombre moderno se ha enfriado y su hijo primogénito, el post- moderno, no sólo a perdido la fe en Dios sino también en la ciencia y en las posibilidades del propio ser humano.

Ante esta situación actual, el cristianismo evangélico debe continuar reivindicando la virtud bíblica de la austeridad y la moderación. Tiene que recordar las palabras de Jesús: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día.” (Lucas. 21:34).

Debemos oponernos al consumismo anticristiano e insolidario en que vive sumido el hombre de hoy para, con nuestro ejemplo, poder contagiar a muchas criaturas que viven atrapadas sin darse cuenta por esa esclavitud materialista. Sólo la vida sobria que propone el Evangelio puede devolver la libertad de espíritu y la felicidad que anhela el ser humano. Hoy como ayer, sigue siendo cierto que no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita para vivir.



La austeridad es muy triste cuando nos la imponen,
pero no cuesta ningún trabajo cuando se tiene

(José Luis Sampedro)

CONCLUSIÓN.

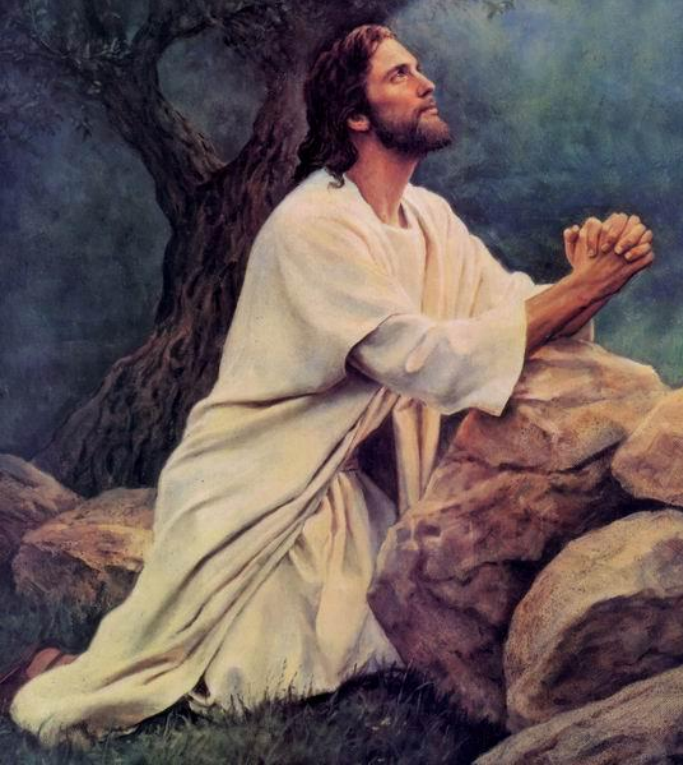
La misteriosa singularidad de Jesucristo, que por la fe nos hace verle como Dios y como hombre verdadero, supone un reto intelectual de considerable magnitud para todo sociólogo. El hecho de que Dios se haya hecho hombre y haya querido pertenecer a nuestra especie, sentir como corría sangre humana por sus propias venas y saberse poseedor de ADN como nosotros, significa que el creador del universo a través de su Hijo pertenece también a la sociedad de los hombres.

Esta especial convicción cristiana contribuye a relacionar íntimamente la teología con la sociología. Si Dios se ha hecho humano y presente en la sociedad, entonces toda sociedad humana es de algún modo también divina. Dios está presente en la sociedad de los hombres y, por tanto, quien desee estudiar teología deberá interesarse también por el estudio de lo social.

El evangelista San Juan describe en una dramática escena los últimos momentos de la vida humana de Jesús y su relación con Pilato mediante estas palabras:

“Así que, entonces, tomó Pilato a Jesús, y le azotó. Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura; y le decían: ¡Salve, Rey de los judíos! y le daban de bofetadas. Entonces Pilato salió otra vez, y les dijo:

Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él. Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre! Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces, diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él. Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios.” (Juan. 19:1-7).



¿Quería Dios Padre que Jesús muriese con gran sufrimiento en la cruz?

PildorasdeFe.net

Ningún sufrimiento del hombre le es ajeno a Jesucristo. A partir de ese momento, su persona se convirtió en el recipiente inmenso de todo dolor.

Hay muchas personas en nuestro tiempo que creen en la existencia de Dios pero rechazan el hecho de que Jesús sea en verdad el Hijo de Dios, y que haya resucitado después de muerto, como afirman los Evangelios.

Según ellas, Cristo sería sólo un personaje histórico, un gran pensador moralista que murió por defender sus ideas, pero nada más. Un hombre al fin y al cabo. De hecho, esta creencia dista sólo un paso de lo que cree el islam. Los musulmanes, por ejemplo, aceptan a Dios (Alá) pero consideran a Jesús como un profeta más. Su fe podría definirse así: “Dios sí, Jesús no”.

No obstante, hay también otras personas, que incluso pueden considerarse a sí mismas como cristianas, pero que por diversos motivos, no aceptan la existencia de Dios aunque conservan, sin embargo, una cierta simpatía hacia el personaje, Jesús de Nazaret, sobre todo en su dimensión social y revolucionaria.

Este sería, por ejemplo, el caso del “Jesús de los ateos” del existencialista Albert Camus y de tantos otros autores marxistas. Su creencia sería por tanto: “Dios no, Jesús sí”. Sin embargo, ¿por qué elegir entonces sólo a Jesús y no a Buda, Sócrates, Mahoma o Gandhi, que fueron también importantes figuras para la humanidad?

En mi opinión, ninguna de estas dos opciones puede ser considerada como alternativas cristianas. Ni “Dios sí, Jesús no”, ni su contraria, “Dios no, Jesús sí”, son creencias que puedan extraerse de las páginas de la Escritura. ¿Quién es, en realidad, Jesús según la Biblia? La lectura del evangelio de Juan pone de manifiesto el reto que supuso el Maestro para los judíos de su tiempo y que sigue suponiendo hoy para cada ser humano.

Según la ley hebrea había blasfemado al pretender hacerse pasar por Hijo de Dios y quien blasfemaba debía ser castigado con la pena de muerte (Levítico. 24:16).

Sin embargo, Jesús había sido examinado por las autoridades romanas y éstas no habían encontrado ningún motivo para condenarlo a la pena capital. Cuando Pilato dijo: “¡He aquí el hombre!” {Ecce homo), sin ser consciente de ello, pronunció en realidad lo que verdaderamente era Jesús: el “Hijo del Hombre”, el “Hombre-Humanidad”, el “verdadero Adán”; la realización máxima del proyecto de Dios en una persona que renuncia a todo dominio y se pone al servicio de los hombres porque no pretende someter a ninguno, sino que invita a todos y acepta a los que responden a su voz. Un rey que es la negación de la realeza del mundo porque predica un reino de Dios en base a la libertad, la solidaridad y el amor.

Jesús quiso demostrar a sus compatriotas, durante toda su vida, que el Mesías no era un rey político humano, sino el Rey de paz y de amor que deseaba reinar en el corazón de cada persona. La frase de Pilato: “He ahí el Hombre” encierra el dolor de todos los seres humanos, que somos sus hermanos.

Ningún sufrimiento del hombre le es ajeno a Jesucristo. A partir de ese momento, su persona se convirtió en el recipiente inmenso de todo dolor. Ninguna angustia será ya jamás inútil. Ningún padecimiento se perderá en el olvido. El anciano Job, algunos siglos antes, había apretado los puños y había dicho: “Yo quisiera hablar y razonar con Dios” (Job 13:3).

Y es posible que también nosotros hoy tengamos réplicas que hacerle a Dios, tengamos porqués íntimos que constituyen un muro que a veces nos impide acercarnos a él: ¿Por qué tuvo que morir mi hijo? ¿por qué millones de criaturas mueren cada año de hambre? ¿por qué los lamentos de ese muchacho accidentado que no se puede mover y tiene que pasar su vida en una silla de medas? ¿por qué la desesperada soledad de tantos ancianos? ¿por qué aquella mujer se muere de cáncer gritando: “no puedo más”? ¿por qué la muchacha violada que pide auxilio encuentra sólo la indiferencia general?

¿por qué el terremoto segó tantas vidas? ¿por qué ese pequeño féretro blanco acompañado al cementerio entre sollozos de los familiares? ¿qué nos puede decir Dios a todo esto? La respuesta vino hace dos mil años por parte de Pilato: "He ahí el Hombre". He ahí a tu hermano de desventura, a tu consanguíneo en el dolor imposible.

Dios no ha venido a eliminar el sufrimiento humano. No ha venido a presentarnos un tratado teológico sobre el problema del mal en el mundo. No nos ha dado explicaciones. Sin embargo, ha hecho algo mucho más necesario, algo locamente divino.

Ha venido a compartir, a participar, a tomar sobre sí el dolor de los hombres. Esto es lo que representa la cruz, la solidaridad de Dios con el dolor humano. ¡Qué otra divinidad hubiera sido capaz de tal sacrificio! En el cuerpo desangrado de Jesucristo (en el Ecce Homo) no se ha olvidado nada.

Está el grito del joven de veinte años que se encuentra paralizado, la tragedia del despedido, el hambre de los niños, el drama de la muchacha engañada y hasta el último estertor del moribundo. Ya nada se pierde porque “el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido” (Le. 19:10). Ha venido a buscar nuestro dolor que a veces se considera “inútil” y ahora avanza tambaleándose bajo el peso de la cruz. Desde ese día, Dios comulga por medio de Jesucristo con el dolor de todos los hombres.

Cristo crucificado es como un espejo en el que podemos ver a Dios y también conocemos mejor a nosotros mismos. Comparado con el ideal de otras religiones, Jesús resultará siempre altamente alarmante. Ante el ideal griego y romano de lo bueno y lo bello, Cristo se da a conocer más bien como todo lo contrario. Es accesible a toda clase de criaturas cargadas de enfermedades y defectos, desde fiebre hasta ceguera, posesos y leprosos, traidores a su nación y prostitutas maleducadas.

Habló de Dios a los despreciados y a los sin-dios, a los injustos les anunció la justicia de la gracia divina, a los pecadores les perdonó sus pecados. Se identificó con los “no-hombres” de la sociedad, para llamarlos y tratarlos como seres humanos. A los hambrientos y encarcelados les llamó “mis hermanos más pequeños”.

Por eso la muerte de Cristo iguala a todas las personas. Como escribió el teólogo Jürgen Moltmann: “Así como en una calavera no se ve si fue la de un rico o la de un pobre, de un hombre justo o de un injusto, en la miseria humana que se manifiesta en el crucificado... se hacen reales,... todas aquellas diferencias con las que los hombres se separan de otros hombres” (Moltmann, 1986: 38).

Dios se hizo hombre para, de unos dioses orgullosos e infelices, hacer hombres verdaderos. Por eso la cruz de Jesucristo será siempre el punto de diferenciación entre el cristianismo y las demás religiones del mundo.

No hay ningún credo religioso que se fundamente por entero en la resurrección de un hombre, no ha existido jamás ningún profeta, pensador o filósofo, que se haya levantado de la tumba después de haber muerto. Sólo Jesús de Nazaret, de ahí su extraordinaria singularidad.

Por eso a la pregunta, tantas veces formulada, de si es la fe en el resucitado como una droga espiritual, como un narcótico alucinógeno que nos distrae de la realidad, haciéndonos creer en una vida después de la muerte. Nuestra respuesta es negativa porque conocemos a Jesús. Creemos, en efecto, que la resurrección fue un acontecimiento histórico pero también estamos persuadidos de que fue algo más que eso. También fue un acto creativo de Dios, una nueva creación.

Y esto significa que si él resucitó, nosotros podemos también nacer a una nueva vida, cuando lo reconocemos y lo entendemos realmente. Y con esta clase de fe se inicia para nosotros la auténtica libertad.

Ciertas personas cuando se les habla del más allá responden: “¡oh sí, el más allá, no conozco a nadie que haya vuelto de la muerte para contarlo!” Y son sinceras, están diciendo la verdad, porque no conocen a Jesucristo.

Sólo él murió en una cruz y al tercer día de estar muerto volvió de la tumba para contárnoslo. Su explicación está relatada en las páginas del Nuevo Testamento y después de resucitar se apareció: “a Cefas, y después a los doce.

Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí (escribe Pablo)” (1ª Corintios. 15:5-8).

Cuando hablamos de la resurrección de Cristo, no nos estamos refiriendo sólo a un acontecimiento de hace dos mil años, sino a un suceso del pasado que marca también el presente, pues abre las puertas al futuro de la vida eterna. La resurrección no es un opio de ultratumba que entretiene con vanas promesas, sino la fuerza que permite que la vida renazca.

Quien pone su esperanza en la resurrección de los muertos y en la nueva creación en la cual la muerte dejará de existir para siempre, entra en el ámbito del Espíritu de Dios y experimenta ya aquí las fuerzas de ese mundo venidero. ¿Cómo? En el amor a los demás.

El apóstol Juan escribió: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos” (1 Juan. 3:14). Incluso aunque no piensen como nosotros, aunque tengan otro carácter, aunque reconozcamos sus defectos porque nosotros también tenemos.

El amor en el cristiano puede llegar a ser tan fuerte como la muerte, pues en el amor ya experimentamos el triunfo de la vida. La muerte produce ruptura, división, separación y dolor; el amor, en cambio, contrarresta todos esos efectos ya que une, consuela, reinserta, repara familias y da vida.

Allí donde se experimenta la esperanza de la resurrección, el temor a la muerte desaparece junto con el miedo a la vida. Y en este espíritu de la resurrección podemos vivir plenamente, amar plenamente y morir plenamente aquí en la tierra porque sabemos que algún día también hemos de resucitar plenamente. Tal es la esperanza en la que se fundamenta toda sociología cristiana.